
UN JUEGO PELIGROSO
CON EL
HIGHLANDER
DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

UN JUEGO PELIGROSO CON EL HIGHLANDER

DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Un juego peligroso con el highlander

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©octubre, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Paula

Siempre había creído que la cocina era el único lugar del mundo donde el caos podía ser algo hermoso.

Encendí la luz principal del estudio, que en realidad era mi cocina, mi rincón más sagrado, y respiré hondo. El aire olía a lavanda, a madera recién pulida y a una pizca de vainilla que aún flotaba en el ambiente desde los muffins que había horneado por la mañana. Todo estaba en su sitio: las cacerolas de cobre colgadas de los ganchos que mandé a poner yo misma, los frascos de vidrio con etiquetas escritas a mano, las hierbas secándose cerca de la ventana, la encimera de mármol blanco que reflejaba la luz como si fuese un plató de televisión, que, al fin y al cabo, lo era.

Ese espacio era mi vida. O, mejor dicho, mi vida en directo.

Desde hacía cuatro años, mi canal de cocina *"Sabores de Paula"* había sido mi tabla de salvación, mi red de seguridad y mi manera de no volverme loca tras el divorcio. Lo que empezó como una idea improvisada, grabando con un móvil desde un piso alquilado, se convirtió en un canal con cientos de miles de seguidores, colaboraciones con marcas de alimentación, libros, talleres online y un pequeño equipo que trabaja conmigo. Aunque, para ser sincera, yo seguía controlando cada detalle. No porque fuera una jefa difícil, o al menos eso creía, sino porque esto era mío. Siempre lo había sido. Era lo único que sentí realmente mío desde hacía mucho tiempo.

Mi casa estaba en el barrio de la Judería, en Córdoba. Era una vivienda de dos plantas con fachada blanca encalada, ventanas con rejas de forja y macetas rebosantes de geranios. Abajo estaban la cocina y el estudio; arriba, mi dormitorio, una habitación de invitados y un baño amplio con azulejos andalusíes que restauré con mimo. No era una mansión, pero tenía alma. Como mi cocina.

Aún podía recordar cuando busqué esta casa. Fue justo después de que firmé el divorcio. Necesitaba empezar desde cero. Abandoné el piso donde habíamos vivido mi exmarido y yo, y durante semanas, caminé por las calles más antiguas de Córdoba buscando una casa que "me hablara". Cuando vi esta, supe que era la mía. Las baldosas del suelo, las puertas de madera tallada, la luz que entraba por el patio… Era imperfecta, algo desgastada, pero hermosa. Como yo, en ese momento.

Estuve casada cinco años. Me enamoré joven, con esa pasión que no admitía dudas, con esa necesidad de creer que "para siempre" era una promesa y no un error de cálculo. Él era arquitecto. Brillante, encantador, con sonrisa fácil y mirada inquieta. Durante los primeros años, todo fue como debía ser: cenas compartidas, viajes, risas, planes de futuro. Pero con el tiempo, su atención empezó a dispersarse. Trabajaba hasta tarde, salía más con sus amigos que conmigo y, cuando estaba en casa, parecía estar en otro sitio.

Yo intentaba aferrarme a lo que éramos. Cocinaba, proponía escapadas, trataba de hablar con él, pero él siempre tenía prisa o sueño o estrés. Hasta que un día, simplemente, dejé de intentarlo. Me miré en el espejo y no reconocí a la mujer que veía. Estaba agotada, frustrada, sola. Así que me fui.

Fue doloroso, no voy a mentir. Me sentí como si me hubieran arrancado una parte de mí. Pero también fue liberador. Descubrí que podía volver a reinventarme. Me apunté a talleres de cocina, viajé a Marruecos, a Italia, a Japón. Empecé a grabar vídeos, al principio solo para mí, y después, para quien quisiera mirar. Y resultó que muchos querían mirar.

Mi madre, Isabel, fue mi roca durante todo ese proceso. Nunca me dijo "te lo advertí", aunque estaba segura de que en algún momento lo pensó.

Siempre fue muy intuitiva con la gente, y a él nunca terminó de verlo claro. Aun así, nunca intentó interferir. Solo estuvo ahí, lista para cuando me caí.

Mi madre era una mujer fuerte. No en el sentido rudo de la palabra, sino en esa forma silenciosa en que las madres se convertían en pilares de nuestras vidas. Perdió a mi padre cuando yo tenía seis años. Él era policía y murió en un tiroteo mientras intentaba detener un robo a mano armada. Aún recordaba que esa noche no entendía por qué mamá lloraba en la cocina sin dejar de remover la sopa. Yo le pregunté si papá ya no volvería, y ella solo me abrazó tan fuerte que pensé que me rompería.

Nunca se volvió a casar. No porque no tuviera oportunidades, sino porque decía que ya había amado lo suficiente para una vida. Crecí viendo su capacidad de sacrificio, su generosidad, su orden. Era secretaria en una asesoría legal, y todavía seguía trabajando allí, a pesar de que yo le insistía, día sí y día también, que lo dejara y me ayudara a mí, que a ella lo de la cocina le encantaba. Pero a ella le gustaba tener una rutina. Decía que, si se quedaba quieta, se oxidaba.

Nuestra relación tenía sus altibajos, como todas, supongo. A veces me costaba que entendiera mi estilo de vida, lo de vivir de las redes, los horarios raros, los viajes, los contratos con marcas. Pero lo intentaba. Era gracioso verla manejar Instagram para comentar mis publicaciones, aunque a veces escribía en mayúsculas como si estuviera gritándome en público. “¡QUÉ BONITO EL BIZCOCHO!” “¿ESA CAMISA NO TE LA COMPRÉ YO?” Cosas así. Pero me encantaba.

Y luego estaba Martina, Tina para los amigos.

Tina y yo nos conocimos en nuestro primer día de colegio hacía ya la tira de años. Desde entonces, no nos habíamos separado ni un solo día. Éramos más que amigas, éramos familia.

Tina era mi ancla. Era la que me daba paz cuando estaba a punto de explotar por una colaboración que se caía o un guiso que se quemaba justo en medio de una grabación. Ella era monitora de yoga, vivía en un piso no muy lejos de mi casa y llevaba siempre ropa cómoda, como si pudiera ponerse a meditar en cualquier esquina. Era la que me decía que respirase, que no todo

tenía que salir perfecto. Y tenía razón. Siempre la tenía, aunque no se lo dijera mucho, por no darle ese gusto.

Solíamos vernos los martes por la tarde. Ella venía a casa, charlábamos, cocinábamos algo juntas, o yo cocinaba mientras ella me ponía al día de su semana, y luego veíamos una peli antigua o nos sentábamos en el patio con una copa de vino blanco. Esa era una rutina que me salvaba.

A veces me preguntaba si ella también me veía como una salvación. No lo sabía. Pero había algo en nuestra amistad que era inquebrantable. Tina conocía todos mis secretos, incluso los que aún no había dicho en voz alta.

Una vez le dije a Tina que lo que más me dolió del divorcio no fue el final del amor, sino el silencio que vino después. Esa sensación de vacío. Y ella me respondió: “El amor no muere, se transforma. A veces en dolor, a veces en fuerza, a veces en recetas nuevas”.

Desde entonces, cada vez que creaba una nueva receta, pensaba en eso. En cómo había cocinado para salir del dolor, para canalizar la rabia, para honrar mi historia. Había algo profundamente humano en cocinar para otros. Como si, en cada plato, uno dijera: “Estoy aquí, existo, me importa que estés bien”.

Hoy había grabado un episodio especial para mi canal. Era sobre “platos reconfortantes para días lluviosos”, aunque en Córdoba no lloviera desde hacía semanas. Preparé una crema de calabaza con jengibre, pan de centeno tostado con queso de cabra y cebolla caramelizada, y un pastel de manzana con canela. El tipo de comida que te calmaba por dentro y por fuera.

Mientras editaba el vídeo por la tarde, me encontré sonriendo sin darme cuenta. Y eso me pasaba cuando me sentía en paz.

Sin embargo, esa noche, cuando ya tenía todo recogido y la casa en silencio, sentí un extraño presentimiento. Una de esas vibraciones sutiles que no sabías de dónde venían. No era miedo, pero sí inquietud. Como si algo estuviera a punto de cambiar.

Miré el reloj y, al ver que eran más de las once y media de la noche, me serví una infusión con un poco de miel y me senté en el patio. El cielo estaba

despejado. Las estrellas, quietas. Y, aun así, todo parecía moverse dentro de mí.

Poco podía imaginar en ese instante que, al día siguiente, iba a recibir una carta que lo cambiaría todo.

Capítulo 2



Paula

La carta llegó un miércoles por la mañana, justo cuando estaba batiendo huevos para preparar una tortilla francesa.

Tocaron el timbre con esa insistencia breve pero firme que solo tenían los repartidores. Dejé la sartén en fuego bajo y corrí a la puerta, limpiándome las manos en el delantal.

—¿Paula Gómez McAlister? —preguntó el joven, con la cara aún medio dormida.

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted. Es certificado. Tiene que firmar aquí —dijo señalando el lugar mientras me entregaba el boli digital.

Firmé sin mirar mucho, cogí el sobre y cerré la puerta. Era un sobre blanco marfil, con mi nombre y dirección escritos a mano en letra elegante, casi antigua. En la esquina superior izquierda, un membrete en dorado: *"J & M Solicitors - Glasgow"*.

Me quedé mirando el sobre unos segundos más, sin moverme. Algo en él me resultó familiar, inquietante, como si de pronto una puerta que creía cerrada se hubiera entreabierto sola. Entonces lo comprendí: esa procedencia… Escocia.

Se me encogió el estómago.

Apagué el fuego y me senté en la mesa de la cocina. Abrí el sobre con cuidado, sintiendo que lo que fuese que estaba a punto de leer, no era cualquier cosa. Y así fue.

«Señora Paula Gómez McAlister:

Me dirijo a usted en calidad de albacea testamentario de Lady Agnes Fiona McAlister, recientemente fallecida a la edad de ochenta y cinco años, en su residencia familiar de Glencoe, en las Highlands escocesas.

Lamento comunicarle su deceso, ocurrido el pasado catorce de septiembre. Lady McAlister, viuda, sin descendencia directa ni sobrinos en línea directa, ha dispuesto en su testamento que usted y su madre, Isabel McAlister Serrano, sean sus herederas legales y únicas de la propiedad conocida como Dunrannoch House, así como de las pertenencias y tierras asociadas.

Dada la naturaleza del legado, requerimos su presencia en Escocia para la apertura formal del testamento, así como para discutir las condiciones de la herencia y el estado actual del inmueble.

Agradecemos que se pongan en contacto a la mayor brevedad posible.»

La carta seguía, con fechas, contactos, direcciones y otros detalles. Pero ya no leía. Me quedé mirando el papel como si pudiera explicarme lo que acababa de pasar.

Lady Agnes había muerto. Y nos dejaba su casa.

Me recosté en la silla, con una mezcla rara de emociones que no sabía identificar bien. No era tristeza, al menos no inmediata. Agnes siempre me pareció una figura lejana, casi de leyenda. La hermana mayor de mi abuelo Alastair. La mujer que vivía sola en aquella mansión que parecía sacada de una novela gótica, con su acento cerrado y sus silencios densos como la niebla escocesa. Aún podía recordar su rostro anguloso, su moño apretado, su forma de observarlo todo como si lo estuviera juzgando en silencio.

Y, sin embargo, también recordaba sus manos. Frías, pero firmes. Y cómo me ofrecía galletas de avena cada vez que entrábamos en su salón, aunque después no dijera ni una palabra durante media hora.

Y la casa… Dios. La casa.

Tenía el tejado cubierto de musgo, escaleras que crujían, habitaciones que siempre parecían en penumbra. Pero también tenía una cocina con una chimenea gigantesca, ventanales amplios y un jardín tan salvaje que parecía que el bosque lo reclamaba poco a poco. De niña me daba miedo, pero también me fascinaba.

Dejé la carta sobre la mesa, me levanté y fui a llamar a mi madre.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Mi madre contestó al primer timbrazo, lo cual ya me puso en alerta. A esa hora normalmente estaba saliendo de casa para ir a trabajar.

—¿Estás en casa? —pregunté, sin responderle aún.

—Sí, me tomé el día. Anoche no dormí bien. ¿Ha pasado algo?

—Sí. O no sé… Bueno, no algo malo, pero… He recibido una carta. De Escocia.

—¿De quién?

—Del notario de Lady Agnes.

Hubo una pausa. Mi madre no habló durante varios segundos.

—¿Agnes ha muerto? —preguntó, y noté la sorpresa en su tono de voz.

—Sí. Hace unas semanas. Y… —Tragué saliva—. Nos ha dejado su casa.

El silencio al otro lado fue aún más largo. Pude imaginarla con una mano sobre el pecho, sentada en la cocina con su café a medio tomar.

—¿La casa… en Glencoe?

—Esa misma.

—¿Y qué dice la carta exactamente?

—Que somos las únicas herederas. Quieren que vayamos allí para leer el testamento oficialmente y ver todo el asunto de la propiedad.

Otra pausa. Luego, su voz volvió, un poco más baja, como si estuviera pensando en voz alta.

—Dios mío… Esa casa…

—Ya. Lo sé.

—Hace décadas que no volvemos.

—Yo no piso Escocia desde que tenía… ¿Qué? ¿Diez años?

—Once. Fue el último verano antes de que muriera tu abuelo. Después, la abuela Carmen ya no quiso volver. Y yo tampoco.

Pasamos el resto de la mañana hablando por videollamada. Mi madre rebuscó en su viejo álbum de fotos y me enseñó imágenes descoloridas de Glencoe: mi abuelo con su abrigo de lana y su gorra, la abuela Carmen con un delantal de flores, yo con un vestido rojo y coletas, subida a una roca. Y Agnes, de fondo, siempre recta, como si jamás se permitiera descansar del todo.

Hablamos de las caminatas entre los páramos, de los días grises que terminaban frente a la chimenea, del aroma de los arbustos mojados, del sonido de la lluvia sobre los cristales. Yo no tenía recuerdos muy claros, pero sí sensaciones. El frío que se metía en los huesos. El olor a humedad y a pino. La sensación de estar muy lejos del mundo.

Y, contra todo pronóstico, una parte de mí se sintió emocionada.

Por la tarde, fui a ver a Tina.

—¿Te acuerdas de mi tía abuela Agnes? —le pregunté mientras servía dos cafés.

—¿La escocesa de la casa tétrica? Claro. Me contaste que tenía un retrato tuyo en el salón como si fueras parte de la nobleza.

—Pues ha muerto.

—Oh. Lo siento. ¿Estabas muy unida a ella?

—No especialmente. Pero… me ha dejado su casa. A mi madre y a mí.

Tina se quedó mirándome, con una ceja arqueada.

—¿Cómo que te ha dejado su casa?

—Literal. Carta oficial. Herederas únicas.

—¿Y tú qué vas a hacer con una mansión en medio de las Highlands? ¿Abrir un *Bed & Breakfast* embrujado?

—No lo sé aún. Pero creo que voy a ir.

Tina dejó la taza en la mesa con cuidado.

—¿A Escocia?

—Sí.

—¿Estás segura?

—No. Pero… algo me dice que debo ir. No sé si es nostalgia, curiosidad, ganas de cerrar círculos, o todo junto. Pero siento que es importante.

Ella me miró en silencio unos segundos. Luego sonrió.

—Bueno, al menos lleva botas buenas. Y té. Mucho té.

Esa noche, mi madre y yo miramos los vuelos. Decidimos que viajaría yo sola a finales de mes. Haría una parada en Edimburgo, y de ahí alquilaría un coche hasta Glencoe. Ella se uniría a mí más adelante. Me costó convencerla; ella temía el frío, el idioma, "esa humedad que se te mete en los pulmones", pero al final cedió. Creo que también tenía una espinita clavada con su pasado. Y una parte de ella necesitaba cerrar esa historia.

Preparar las maletas fue raro. No sabía si llevar ropa cómoda o algo más formal, si necesitaría botas de montaña o tacones por si había alguna cena elegante, aunque luego pensé: ¿dónde demonios vamos a cenar elegante en medio del bosque?

Pero, en el fondo, lo sabía. No iba por turismo. Iba porque algo dentro de mí se había despertado con esa carta. Algo que tenía que ver con raíces, con identidad, con herencias que no eran solo casas viejas y documentos legales. Iba a buscar algo que ni siquiera sabía nombrar.

El día antes de partir, me quedé sola en la cocina. No encendí las luces. Dejé que el sol de la tarde lo bañara todo de un tono ámbar. Me senté en la encimera, descalza, y observé los frascos, las plantas colgadas, el horno que había usado tantas veces para dar sentido a mis días.

Pensé en lo mucho que había cambiado en cuatro años. En cómo me reconstruí con harina, cuchillos y fuegos. En cómo me había convertido en una mujer que ya no necesitaba que la eligieran, porque se había elegido a sí misma.

Y, sin embargo, algo dentro de mí seguía buscando respuestas. Tal vez no sobre el amor, ni siquiera sobre Agnes, sino sobre quién era yo cuando nadie me estaba mirando.

Así que, al día siguiente, cogería un avión hacia Escocia, hacia parte de mis raíces.

Sin saber que no solo iba a encontrar una casa. Sino toda una historia que esperaba ser contada.

Capítulo 3



Lachlan

No había silencio más auténtico que el que se escuchaba al amanecer en las Highlands.

Las montañas se despertaban envueltas en niebla espesa, y el rocío cubría la hierba como si la tierra sudara memorias antiguas. Desde la ventana del ala norte de la mansión, la que era mi habitación, podía ver el río que serpenteaba a lo lejos, oscuro y tranquilo, como si llevara siglos observándonos a todos. Todo lo que era, todo lo que había construido, comenzaba cada día con esa vista.

Vivía en *Craigmoor House*, la mansión que había pertenecido a los MacDuncan desde hacía generaciones. De piedra gris, con muros cubiertos de hiedra, tejado a dos aguas y gárgolas en la entrada principal que más de un turista había fotografiado sin permiso. Era un lugar sobrio, imponente, frío para quien no se había criado entre sus pasillos. Para mí, era mi casa.

La propiedad se asentaba sobre una loma que dominaba el valle, cerca del pueblo de Inverleigh. A un par de kilómetros, se alzaba la destilería *"MacDuncan & Grant"*, fundada por mi bisabuelo en mil ochocientos ochenta y seis, y que hoy, bajo mi dirección, exportaba whisky a más de treinta países. Podría decirse que el whisky corría por mi sangre tanto como la tozudez escocesa.

Mis días no comenzaban con desayunos tranquilos ni café en la cama. Me levantaba al alba, salía al campo si el tiempo lo permitía y recorría las tierras con Ross, el encargado de los jardines y del mantenimiento del bosque. Me gustaba saber qué había cambiado en la noche, qué ramas había derribado el viento, qué zonas necesitaban poda o revisión. No por romanticismo, sino porque lo que uno no cuidaba, se perdía. Y yo no pensaba perder nada de lo que me pertenecía.

Después, bajaba al ala este, donde Isla ya tenía lista una taza de té negro con avena caliente y pan con mantequilla. Isla había sido la cocinera de la familia desde que yo tenía doce años. Tenía manos de fuego y lengua de acero. Sabía cuándo hablar y, más importante aún, cuándo callar. Aunque a veces me lanzaba miradas como si leyera todo lo que no decía.

Moira, la mujer de la limpieza, se movía como una sombra por los corredores. Discreta, meticulosa. Nunca había oído una queja suya. Pero sabía que observaba. Lo sabía todo. A veces pensaba que conocía mis horarios mejor que yo.

Fergus, mi chófer y encargado del mantenimiento, se encargaba del garaje, los coches, la seguridad. Era hombre de pocas palabras, pero en sus silencios había más lealtad que en muchos discursos. Jamás había cuestionado una orden. Y eso, en mi mundo, valía oro.

Mi hermano Cameron, o Cam, como le gustaba que le llamáramos, vivía conmigo desde hacía tres años, dos después de perder a nuestros padres, que murieron con meses de diferencia, primero mi madre, luego mi padre, como si uno no pudiera vivir sin el otro. Él dejó Londres para regresar a casa. Fue una decisión natural, sin dramas. En la familia MacDuncan, la sangre hablaba más alto que el orgullo.

Cam era todo lo que yo no. Ligero, encantador, sociable. Donde yo veía cálculo, él veía oportunidad. Donde yo ponía límites, él improvisaba. Pero en el fondo, éramos parte del mismo fuego. Trabajábamos juntos en la destilería: él llevaba los contactos, las cenas, la parte social del negocio; yo supervisaba la producción, la tierra, el legado. Hacíamos buen equipo. Aunque a veces me exasperase su despreocupación.

Vivíamos en el mismo techo, pero raramente coincidimos más allá de las comidas o reuniones de trabajo. Él ocupaba el ala sur. Yo, el norte. Así había sido siempre: polos opuestos que, sin embargo, se sostenían.

Como decía, mis padres fallecieron hacía cinco años. Primero fue mi madre, en invierno. Una neumonía mal diagnosticada. Tenía manos suaves, pero carácter firme. Siempre decía que una casa debía oler a pan y lealtad. Después mi padre, en primavera. Un infarto fulminante. Se apagó como una hoguera sin leña. Sin mi madre, no quiso seguir. Ambos me enseñaron el valor del deber, del esfuerzo. No crecimos con caricias ni "te quieros" sueltos. Pero tampoco con indiferencia. En casa, se demostraba el amor cuidando lo que se heredaba.

Y eso era lo que había hecho desde entonces: cuidar el legado.

Sobre el amor había aprendido que no era confiable.

A los veintisiete estuve a punto de casarme. Su nombre era Helen Fraser, hija de un comerciante textil con más ambición que escrúpulos. Nos comprometimos, planeamos la boda, hicimos anuncios. Dos meses antes, la descubrí acostándose con un inversor que también me sonreía en las reuniones. Me dejó una nota y una botella vacía de *MacDuncan 21*.

Desde entonces, el amor era para mí lo que el humo en el whisky: algo que se apreciaba, pero no se tocaba.

No me faltan mujeres, pero tampoco las buscaba. A veces simplemente se daban. Una cena, una noche, y nada más. No había espacio en mi vida para juegos o ilusiones. O eso pensaba, hasta que Sera Halden volvió a cruzarse en mi camino.

Seraphina, o "Sera", como insistía en que la llamasen, era un vendaval con perfume caro.

Nos conocimos hacía seis años en una subasta benéfica en Edimburgo. Rubia, alta, impecable. Hablaba cinco idiomas, citaba a Wilde con facilidad y sabía exactamente cómo encenderme la sangre sin siquiera tocarme. Habíamos sido amantes intermitentes desde entonces. Cuando quería, volvía.

Cuando me cansaba, desaparecía. No me pedía compromiso, pero tampoco toleraba rivales. Y últimamente, había comenzado a hablar demasiado de “lo nuestro”.

Me conocía demasiado bien. Sabía por dónde atacar, qué hilos tirar. Era bella, inteligente y peligrosa. Y aunque me dijera a mí mismo que la tenía controlada, sabía que subestimarla sería un error.

Isla la detestaba. Dice que su perfume tapaba el olor a verdad. Cam, en cambio, la adoraba. Pero Cam adoraba todo lo que brilla… hasta que perdía el brillo.

Por las tardes, solía encerrarme en mi estudio, un salón de techos altos, madera oscura, chimenea de piedra y estanterías con primeras ediciones. Allí revisaba documentos, informes, planes de expansión. Estaba trabajando en abrir una línea boutique de whisky añejo en barricas de roble francés. Requería años, inversión, paciencia. Virtudes que heredé de mi padre, no de mi entorno.

Los sábados eran para supervisar el embotellado. Me gustaba estar allí. Ver cómo fluía el líquido dorado, olerlo, catarlo. Mi abuelo decía que cada barril tenía su alma. Y yo creo que tenía razón.

Esta vida era mía. Forjada con disciplina, marcada por pérdidas, sostenida por raíces profundas.

Y, sin embargo, había días en los que me despertaba con la sensación de que algo faltaba. Como si una nota disonante flotara entre las gaitas del pasado.

Pero siempre la ignoraba. Porque en esta tierra, los que se detenían a sentir demasiado, acababan tragados por la niebla.

Esa tarde, mi hermano Cam entró en mi estudio sin llamar, algo que por norma general solía hacer. La privacidad para Cam no entraba en su vocabulario.

—Lady Agnes ha muerto —dijo, con esa mezcla de desgana y curiosidad que siempre le ponía a las noticias inesperadas—. Agnes McAlister. ¿Sabías que todavía estaba viva?

Fruncí el ceño, dejando caer el vaso de whisky sobre la mesa. No había pensado en Agnes McAlister en años, ni siquiera en la vieja mansión de Glencoe que ella mantenía como un fantasma del pasado.

—Sabía que ya era mayor —respondí—, pero no que estuviera enferma. Y vivía sola.

Cam asintió, apoyado contra el respaldo del sillón, cruzando una pierna sobre la otra.

—Exacto. Vivía con el personal de servicio. Viuda, sin hijos, sin sobrinos por parte de su difunto marido. La propiedad podría pasar a algún pariente lejano, o quizá venderse. Pero eso no es todo: me llegó un rumor en la destilería, un cliente inglés que conoce a alguien en el registro de tierras. Dicen que esa finca tiene un terreno que podría ser ideal para expandir la destilería o desarrollar algo nuevo.

Me quedé en silencio un momento. La idea de Glencoe, con sus montañas y lagos, siempre me había fascinado. La mansión en mal estado, el terreno sin explotar... Podría ser una oportunidad. Pero también una complicación.

—¿Y sabes quién podría ser el heredero? —pregunté, mientras mi mente repasaba las opciones.

Cam negó con la cabeza.

—No. Pero si no tiene familia cercana, podrían aparecer otros para reclamarlo o compradores interesados. Lo mejor sería investigar antes de que alguien se adelante.

Recordé entonces mis años de infancia, cuando mis padres nos llevaban cada verano a visitar a los McAlister. Mis primeros pasos corriendo por los pasillos de la mansión, el olor a madera vieja y salitre, las historias de

Alastair, el hermano pequeño de Agnes, ese hombre robusto de ojos chispeantes que nos hablaba de la tierra como si fuera un ser vivo.

Aquellos recuerdos me hicieron sentir un nudo en el estómago. No era solo una cuestión de negocios. Era algo más profundo. El legado de mi familia, las raíces que nos conectaban a esa tierra salvaje y hermosa.

—Deberíamos ir a verlo —dije al final—. No solo por la inversión, sino porque nuestro abuelo conocía bien al viejo Alastair. Si no hay herederos, nadie mejor que nosotros para quedarnos con esa propiedad.

Cam sonrió con esa mezcla de sarcasmo y complicidad que lo caracterizaba.

—Así que el frío y la lluvia te han puesto romántico, hermano.

Decidí llamar a Fergus para organizar la visita y que el personal de la mansión estuviera al tanto. Isla me advirtió que tal vez no fuera bien recibido, dado que, al igual que en nuestra familia, en la casa de los McAlister el personal estaba muy unido a sus dueños y me podrían ver como un ave carroñera queriendo comprar esa propiedad. Pero también sentí en su tono una esperanza velada, un deseo de que algo bueno saliera de aquello.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que la vieja mansión de Lady Agnes podría ser más que un recuerdo muerto en las Highlands. Podría ser el comienzo de algo nuevo. Algo que quizás ni siquiera yo sabía que necesitaba.

Capítulo 4



Paula

Llegar a Escocia después de tantos años era como despertar de un sueño al que siempre había querido volver. El avión aterrizó con una puntualidad casi británica, y mientras esperaba la maleta en la cinta, sentí esa mezcla de emoción y nervios que no se me había ido desde que supe lo de la herencia.

Respiré hondo y una leve sonrisa se dibujó en mis labios; habían pasado casi dos décadas desde que estuve aquí por última vez, disfrutando de unos días el verano.

Edimburgo me daba la bienvenida, pero también me decía adiós, me deseaba suerte en mi nueva aventura. Y así empezó mi viaje a Glencoe.

Conduciendo el coche de alquiler por esas carreteras estrechas y serpenteantes, no pude resistirme a sacar el móvil una y otra vez para hacer fotos. El paisaje era impresionante: colinas verdes, lagos espejados, montañas cubiertas de nubes bajas y ese aire fresco que te atravesaba hasta los huesos.

—Martina, mira esto —dije en un audio mientras frenaba al borde de un pequeño mirador—. ¡No me puedo creer que esté aquí de nuevo! Este lugar es mágico.

La respuesta llegó casi al instante.

Martina: *¡Tienes que llevarme contigo la próxima vez! Sería un sueño ver todo esto en persona. Además, ¡sería una excusa perfecta para escaparnos!*

Sonreí, imaginando a Tina envuelta en su ropa cómoda, entre montañas y caminos de piedra, con esa calma suya que tanto admiraba. Pero ahora, era yo la que estaba aquí, en tierras de mi abuelo, dispuesta a recuperar un legado y, quizás, algo más.

Durante el trayecto, cada foto que hacía era una puerta al pasado. Recordaba las vacaciones de niña con mis abuelos y mi madre, las largas tardes explorando senderos, los cuentos que me contaba mi abuelo sobre las leyendas locales. El contraste con mi vida en Córdoba era inmenso, pero esas raíces me llamaban con fuerza.

Cada curva en la carretera me acercaba más a *Dunrannoch House*, la mansión de la familia McAlister, y aunque no sabía bien qué me esperaba, sentía que ese viaje iba a cambiar muchas cosas. Las ganas de ver la casa, volver a encontrarme con su gente y enfrentarme a la realidad de ese lugar me llenaban de una mezcla de miedo y curiosidad.

Mientras el coche seguía su camino, me repetía que estaba lista para lo que viniera. Y no solo por la casa o por el terreno; también por mí misma.

Cuando por fin apareció la mansión a la vista, tuve que frenar el coche al borde del camino para poder observarla bien. Desde lejos, el edificio parecía más un gigante cansado que una casa señorial: muros grises y desgastados, algunas ventanas rotas o cubiertas con tablas, la puerta principal algo torcida y un tejado que pedía a gritos reparaciones. El aire estaba impregnado de ese aroma especial a hierba húmeda, tierra mojada y el musgo que crecía en cada rincón.

El jardín frente a la casa era un caos ordenado por el abandono. Las flores silvestres se mezclaban con maleza que trepaba por las paredes, y los caminos de piedra apenas se distinguían entre la hierba alta. Pero, aun así, todo tenía un encanto casi melancólico que me hizo sonreír.

Apenas salí del coche, una figura se acercó con paso firme y una sonrisa acogedora. Era Eloisa MacFarlane, la cocinera. Su cabello blanco recogido

en un moño bajo y sus ojos azules brillantes transmitían una mezcla de sabiduría y firmeza.

—Bienvenida, Paula —dijo con voz grave pero cálida—. Hace tiempo que esperábamos volver a verte, pero no en estas circunstancias.

—Eloisa —sonreí—, aún recuerdo tus pasteles de arándanos recién horneados.

Le estreché la mano, sintiendo en ese gesto la fortaleza de alguien que había cuidado de este lugar cuando todos los demás se habían ido.

—Los favoritos de tu abuelo —me contestó con una sonrisa—. Se le ha echado de menos en estos años, y a tu abuela. Lamentamos mucho su pérdida.

Poco después apareció Duncan Campbell, el encargado de mantenimiento. Era un hombre robusto con cicatrices en el brazo y una mirada práctica que transmitía seguridad. Su sonrisa era discreta, casi un gesto reservado, pero genuino.

—Siéntete como en casa —me dijo—. Aquí aún queda mucho por hacer, pero poco a poco vamos dando forma.

No me cabía duda. Estaba claro que, aunque mi tía abuela Agnes no había podido dedicarse en cuerpo y alma a ese lugar en los últimos años, ellos al menos lo habían tratado de mantener y conservar, que ya era de agradecer.

Euan Fraser, el joven jardinero, apareció después, con su cabello rubio oscuro y desordenado, una camisa sencilla y manos curtidas por el trabajo al aire libre. Hacía solo dos años que formaba parte del personal, pero ya se veía que estaba completamente integrado entre ellos.

—Te mostraré los senderos y los jardines cuando quieras —ofreció con una sonrisa tímida—. Hay mucho que restaurar, pero también mucho que descubrir.

Por último, Fiona Grant, la mujer de la limpieza, se acercó con pasos suaves y discreción en su manera de ser. Vestida con ropa sencilla y mirada

observadora, parecía alguien que escuchaba todo sin decir mucho.

—Estamos a tu disposición —dijo en voz baja—. Aquí hemos hecho lo posible para mantener algo de dignidad.

Nos reunimos en el vestíbulo, que era tan imponente como melancólico: techos altos, molduras desgastadas, escaleras de madera que crujían bajo cada paso. Sentí un nudo en el estómago, mezcla de nostalgia y responsabilidad. La casa era una belleza decadente, un reflejo de todo lo que había estado olvidado pero que aún podía renacer.

Mientras hablaba con ellos, los recuerdos infantiles afloraban sin avisar: la risa de mis abuelos en la cocina, los paseos junto al lago, las historias que Lady Agnes contaba en voz baja junto a la chimenea en las noches de diciembre que pasábamos la Navidad aquí. Cada rincón parecía guardar un fragmento de mi historia, de nuestra historia.

Me contaron que el albacea de la herencia podía ser convocado en cualquier momento; solo tenía que pedirlo. Sabía que pronto tendría que enfrentarme a ese encuentro, pero por ahora quería disfrutar de ese primer contacto con la mansión y sus guardianes.

Mientras recorríamos juntos las estancias, entendí que aquello no era solo una casa vieja: era un legado, una responsabilidad y, tal vez, un nuevo comienzo.

Entrar en aquella mansión fue como adentrarme en un libro abierto, con páginas que susurraban historias que apenas recordaba, pero que, de alguna manera, sentía como propias. Las paredes, aunque agrietadas y cubiertas de polvo, conservaban un aire de grandeza antigua, un testimonio silencioso de épocas mejores.

Recorrimos el vestíbulo principal, con sus enormes ventanales que dejaban entrar la luz tamizada de la tarde, iluminando el polvo en el aire como si fueran motas doradas flotando en el tiempo. La escalera de roble era imponente, aunque sus peldaños crujían bajo mis pies como quejas de un pasado que se resistía a dejarse olvidar.

Eloisa me acompañaba con paso firme, mostrándome la cocina donde años atrás mi abuela Carmen había pasado tantas horas cocinando con cariño y sabiduría. Las viejas ollas de cobre colgaban todavía de sus ganchos, y el aroma a especias, aunque tenue, parecía haberse impregnado en las paredes. Sentí una mezcla de tristeza y calidez, recordando las risas de mi madre y la abuela preparando comidas familiares interminables.

—Esta cocina aún tiene alma —me dijo Eloisa con una sonrisa melancólica—. Aunque haya estado un tiempo abandonada, la casa no ha olvidado su corazón.

Seguimos por el salón principal, donde los muebles cubiertos por sábanas blancas parecían fantasmas dormidos. Me detuve frente a la chimenea, imaginando a Lady Agnes allí, sentada con un libro, vigilante de cada rincón de su hogar. La rigidez y el sentido del deber que siempre la caracterizaron parecían palpitar en ese espacio.

Desde que ella había enfermado, se limitaron a dejar habitables las zonas más transitadas, de modo que lo que menos usaban prefirieron cubrirlo y mantenerlo cerrado. Me dio pena, porque aquel lugar bien cuidado sería una belleza, una construcción magnífica.

Duncan se encargó de abrir algunas ventanas y quitar el polvo acumulado. Su presencia era silenciosa pero reconfortante, como si supiera exactamente qué necesitaba aquel lugar para renacer.

—El viento es uno de los grandes enemigos aquí —comentó—, pero también un aliado cuando entra fresco. La casa necesita respirar.

Paseamos por los pasillos, donde algunos cuadros familiares aún colgaban de las paredes, y comprobé que sus colores se iban desvaneciendo lentamente. Cada rostro parecía contar su propia historia, y yo sentí la presencia de mis abuelos, de mi madre, de aquellos que vivieron y amaron en esta casa.

El jardín, que habíamos visto desde fuera, revelaba más secretos cuando lo exploramos a pie. Euan, con entusiasmo, me mostró las áreas donde los

senderos se perdían entre la maleza, las fuentes que luchaban por seguir goteando y las plantas silvestres que crecían libres.

—Aquí es donde plantaré algunas hierbas —me dijo—. Hay mucho por hacer, pero el espíritu del lugar aún está vivo.

Mientras lo escuchaba, comprendí que no estaba sola. No solo contaba con los empleados que cuidaban la casa, sino con un equipo que parecía entender la importancia de ese legado.

Fiona me acompañó hasta una pequeña salita donde descansamos un momento. Me habló en voz baja de los chismes del pueblo, de las historias que corrían sobre la familia McAlister y la mansión, de los curiosos que pasaban por la zona.

—Aquí todos conocen la historia, aunque pocos se atreven a acercarse —dijo—. Pero cuando tú estés asentada, seguro que cambiará.

Esa noche, mientras miraba las estrellas desde la ventana de mi habitación, sentí que aquella casa vieja y algo abandonada era mucho más que un patrimonio físico. Era una puerta abierta hacia mis raíces, hacia un pasado que ahora me reclamaba para escribir un nuevo capítulo.

Capítulo 5



Lachlan

El coche avanzaba lentamente por el sinuoso camino de tierra que llevaba a la mansión de los McAlister, y aunque el día estaba encapotado, la lluvia ligera que caía como un susurro constante sobre el parabrisas no lograba empañar la imponente belleza del paisaje. Al bajar la ventanilla para dejar que el aire frío y húmedo entrara, sentí el olor penetrante de la tierra mojada, de los pinos y de la hierba salvaje. Era una fragancia que encajaba perfectamente con la historia y el misterio que aquel lugar destilaba en cada piedra.

Había visitado aquel lugar cientos de veces con mis padres, cuando mi abuelo y Alastair McAlister aún eran viejos amigos. Había escuchado relatos velados de mi madre sobre Lady Agnes, esa mujer severa y de principios firmes, guardiana de un legado que se extendía más allá de las fronteras del tiempo. Y la recordaba a ella; incluso había visto alguno de sus retratos y nadie podía negar que, en sus años de juventud, fue una mujer de lo más hermosa. Ahora, frente a mí, aquella mansión vieja se alzaba majestuosa y a la vez vulnerable, como un gigante dormido esperando que alguien le devolviera la vida.

Sabía que Lady Agnes había caído enferma una década atrás y debido a ello descuidó la mansión, y que, a pesar de que el personal que tenía contratado la mantenía lo mejor que podía, había cosas de las que ella debería encargarse y no podía.

Desde la distancia, la construcción parecía casi un castillo, con sus paredes de piedra oscura surcadas por enredaderas y musgo, sus ventanas amplias, pero con cristales empañados y algunas rotas, y el tejado parcialmente cubierto por tejas caídas y hojas secas. La hierba alta crecía libre, enredándose con flores silvestres, dando al terreno un aire salvaje, indómito, pero lleno de promesas.

Aquel lugar parecía estar suspendido entre el pasado y el presente, cargado de historias invisibles que se colaban en el viento y resonaban en el crujido de las ramas. Sentí un escalofrío que no era solo por el frío, sino por el peso del legado que representaba.

Como en muchas familias de Escocia, *Dunrannoch House* había pasado a manos de los primogénitos de generación en generación, albergando la historia del lugar y de cada uno de los miembros de la familia que habían vivido en ella.

Mi madre me contaba que la pena que siempre tuvo Lady Agnes fue no poder tener hijos, no poder continuar con el legado familiar y dejar esa casa en manos de un McAlister. Pero si la memoria no me fallaba, su hermano sí había tenido hijos.

A pesar de eso, mi cabeza no dejaba de pensar; no podía olvidarme de los números. La propiedad, con sus terrenos extensos y la mansión misma, era una oportunidad. La ubicación era estratégica, cerca de las rutas principales y con un acceso decente, aunque necesitaba mejoras evidentes. Si se restauraba adecuadamente, podría abrir nuevas vías para la destilería, desde la expansión agrícola hasta la creación de un espacio para eventos exclusivos, visitas privadas y más.

Quizás un hotel con un restaurante donde no solo albergar a huéspedes que quisieran conocer la zona, sino donde hacer mis propios eventos para presentar las nuevas añadas de whisky MacDuncan.

Me detuve a unos metros de la entrada principal desde el camino, bajé del coche y, sin prisa, caminé alrededor del perímetro, observando cada detalle. La fachada de piedra trabajada, las puertas de madera maciza, las chimeneas altas que se alzaban hacia el cielo gris y las antiguas torres que daban un aire

de fortaleza. Imaginé las generaciones de la familia McAlister que habían vivido allí, sus celebraciones, sus secretos y sus silencios.

Cada paso que daba parecía crujir en el silencio del entorno, como si la tierra misma me escuchara. Había algo solemne en esta tierra. No era solo una propiedad abandonada, sino un monumento a una historia que aún respiraba entre las piedras.

Tal como le pedí a Fergus, llamó para organizar mi visita. Pero el personal de la difunta Lady Agnes le dijo que en estos momentos no podían recibirme dado que estaban aún organizando muchas cosas que la señora había dejado encargado que hicieran, pero que en cuanto pudieran se pondrían en contacto con él para que pudiera visitarles.

Y yo no podía esperar, necesitaba ver cómo estaba todo con mis propios ojos, para hacerme una idea de la situación y de, en caso de que los números me cuadraran, hacer una oferta acorde para hacerme con la propiedad.

En ese momento llevé la mano al muro que rodeaba la propiedad. Mis dedos rozaron la piedra, vieja, rugosa y fría, pero aún sólida, inquebrantable. Y al igual que sabía la historia de mi hogar, mi mente pasó a pensar en la de la mansión de los McAlister. ¿Cuántas decisiones importantes se habrían tomado en los salones, entre copas de vino? ¿De cuántas traiciones, cuántos pactos o amores imposibles habría sido testigo silencioso?

Vi cómo algunos empleados, discretos y atentos, trabajaban en los terrenos. Uno de ellos acompañaba a una mujer joven, cuyo cabello castaño oscuro contrastaba con el verde intenso de la naturaleza. Su porte era firme pero curioso; no podía verla bien, pero algo en ella me resultaba casi familiar. Me pregunté quién sería, si se trataba de la heredera de aquel patrimonio o solo alguien contratado para cuidar los últimos vestigios de la casa.

Y comenzó a caminar de manera que se acercaba un poco más hacia donde yo estaba, prácticamente escondido tras un gran árbol. Me quedé observándola. Tenía un andar sereno, sin prisas, como quien caminaba en un lugar que le pertenecía o, al menos, que respetaba profundamente. Y según se acercaba un poco más, hubo algo en ella que me descolocó, quizás el que tuviera la sensación de haber visto esos rasgos en algún sitio. O puede que

fuera la forma en que sus ojos, incluso desde la distancia en la que me encontraba, parecían observarlo todo como si pudiera leer cada secreto que ocultaba ese lugar.

¿Quién era esa mujer? No parecía una visitante cualquiera. Su lengua corporal dejaba ver que estaba cómoda allí. Y la actitud del empleado… No la trataba como a una extraña, ni mucho menos.

Volví a subirme al coche, dejando que el motor rompiera el silencio y me llevara de regreso con Cam, quien pronto tendría que responder a mis preguntas sobre el valor real del terreno y los posibles costes de restauración. Pero esa imagen de la joven en la tierra de la mansión no me abandonó. Había algo en ella que parecía tan conectado con el pasado, que parecía guardar un secreto que aún estaba por descubrir.

Mientras el paisaje escocés pasaba frente a mis ojos, comprendí que esta historia apenas comenzaba.

El viaje de vuelta a la destilería lo hice con la imagen de la mansión clavada en la mente, ese lugar donde el tiempo parecía haberse detenido y, sin embargo, donde las posibilidades parecían brotar con fuerza. Nada más cruzar la puerta de la oficina, llamé a mi hermano Cam para poner en marcha el plan.

—Cam —dije, mientras dejaba caer las llaves sobre el escritorio—, necesito que empieces a averiguar todo lo que puedas sobre la propiedad de Lady Agnes. Precio de mercado, costes de restauración, permisos… quiero números claros para valorar la inversión.

Cam me miró con esa sonrisa despreocupada, la misma que siempre parecía querer restar importancia a lo que para mí era un asunto serio y urgente.

—Lo tengo controlado, hermano. Dame unos días, y te traigo toda la información que necesites.

—También quiero saber quién ha heredado la mansión —le añadí—. Ese dato es clave. Si no está en nuestras manos, necesitamos saber con quién

estamos tratando.

Cam asintió, pero en sus ojos vi ese brillo de curiosidad mezclado con diversión que siempre aparecía cuando olía una historia jugosa.

—Por ahora no tengo nada concreto, pero hay rumores. He oído algo sobre una sobrina nieta, o tal vez una ahijada de Lady Agnes. Nadie sabe nada exacto, pero estoy tras la pista. Ya sabes cómo funciona esto: un terreno así no se mueve sin que alguien importante esté detrás.

—Averigua algo cuanto antes, no quiero que nadie se nos adelante. He visto el estado de la mansión y, no te voy a mentir, hay mucho que hacer. Pero si le podemos sacar partido, no voy a desperdiciar la ocasión. Si logramos hacernos con ella, podríamos hacer algo grande. No solo una ampliación de la destilería, sino un hotel, un lugar para eventos privados; incluso podríamos lanzar un whisky nuevo, un reserva con edición limitada ligada a esa finca.

—Suena bien, hermano.

—Pero antes, necesitamos saber si tenemos oportunidad para comprarla. He visto a una mujer en las tierras y, si diera la casualidad de que se trata de la heredera de la que has oído hablar, habrá que hablar con ella y tratar de convencerla para que nos lo venda, conocer sus planes para con la propiedad.

—Veo que tu pequeña excursión por nuestro querido Glencoe me ha traído deberes —suspiró mientras se levantaba—. Sigo con ello, entonces. En cuanto sepa algo, te cuento.

Asentí, y tras acabar la conversación, mi hermano se marchó dejándome solo para que me pusiera a trabajar. Pero mi mente seguía volviendo a esa mujer joven que vi en los terrenos de la mansión de los McAlister. Su figura me pareció extrañamente familiar, aunque no podía colocarla en ningún momento del pasado ni del presente. Y no, no había tenido ningún lío de una noche con ella porque, maldita sea, una mujer así no sería fácil de olvidar.

Era una mujer que destacaba sin necesidad de artificios, con una presencia natural, mirada decidida y ese aire de alguien que entendía la importancia del

lugar que pisaba. Llevaba ropa sencilla pero elegante, perfecta para caminar por esos jardines olvidados, y sus ojos parecían captar cada detalle con una pasión que me resultó difícil ignorar.

La acompañaba uno de los empleados, un joven de aspecto rústico, manos callosas y semblante tranquilo, el típico hombre acostumbrado a la tierra y sus secretos.

Me quedé preguntándome si aquella joven sería la heredera de Lady Agnes o si, por el contrario, era alguien que había contratado para cuidar la casa en sus últimos años, como yo pensaba, o si se trataba de una ahijada, como decían los rumores.

La idea de que hubiera alguien con derechos sobre esa propiedad me inquietaba. No podía permitir que un desconocido, y menos alguien con intenciones dudosas, se hiciera con aquel tesoro, ni que la historia y el valor de la familia McAlister se diluyeran en manos ajenas.

Mientras Cam se ponía en marcha con la investigación, decidí que, si no nos avisaban con una fecha para hablar con ellos, volvería a pedirle a Fergus que llamara él y organizara esa reunión. No quería que nadie se me adelantara. Si por algo me caracterizaba era porque lo que quería y me proponía, lo conseguía.

Y la mansión de Lady Agnes McAlister tenía algo que me llamaba, algo que no se podía medir con cifras ni propiedades. Y estaba decidido a descubrir qué era.

Capítulo 6



Paula

Salí de la casa con Euan a mi lado, sintiendo una mezcla de curiosidad y un ligero vértigo ante la magnitud de aquella propiedad. El aire fresco de Glencoe me envolvía, con ese aroma a musgo húmedo, tierra mojada y el leve susurro del viento entre los árboles antiguos. Euan caminaba con paso seguro, casi como si aquel terreno fuera una extensión de sí mismo, y yo me esforzaba por no perder ni un detalle.

—Aquí es donde solían estar los huertos —me dijo, señalando hacia una zona cubierta de maleza y flores silvestres—. Con un poco de trabajo, podríamos recuperarlos.

Me agaché para observar unas hierbas que crecían salvajes. Me resultaba fascinante cómo la naturaleza se imponía, reclamando lo que el abandono había dejado atrás.

—Me encantaría poder hacer algo aquí que mantenga viva la esencia de la casa —le comenté—. Pero no sé si restaurarla o venderla, o incluso convertirla en algo nuevo, quizá destinarla a turismo rural. Aunque no sé si eso funcionaría aquí.

Euan me miró, sonriendo ligeramente.

—La tierra tiene sus propias historias, Paula. Si decides escucharla, te guiará. Pero tendrás que estar dispuesta a trabajar; esto no es solo un negocio.

Y mientras seguía con mi paseo al más puro estilo Dora la exploradora, saqué el móvil y llamé a mi madre. Necesitaba su consejo, aunque sabía que al otro lado de la línea la discusión iba a ser intensa.

—Hola, mamá —dije mientras escuchaba su voz cálida—. He estado caminando por los terrenos con Euan, el jardinero. Es mucho más grande de lo que recordaba.

—Sí, hija, es una gran responsabilidad —respondió con tono preocupado —. No quiero que te sientas atrapada por esta herencia.

—No es que me sienta atrapada —repliqué—, es que quiero hacer lo correcto, pero no sé qué es eso ahora mismo. ¿Restaurar la mansión? ¿Vender y dejarlo atrás? ¿O intentar algo diferente?

Ella suspiró.

—Sabes que siempre he querido que mantengas nuestras raíces, pero tampoco quiero que te sacrifiques por algo que no quieres.

—Mamá, tú no entiendes lo que significa esto para mí —le dije, recordando lo difícil que había sido mi divorcio, cómo ese capítulo de mi vida me dejó con una mezcla de heridas y ganas de volver a empezar, de encontrar un lugar donde sentirme completa.

Colgué y me quedé mirando el paisaje. Aquel lugar, con sus colinas verdes y sus casas de piedra, parecía un mundo distinto al que había dejado atrás en España. Sin embargo, también era una oportunidad para reconstruir mi vida, para dar forma a mis propios sueños y para reconciliarme con mis raíces escocesas.

Euan me acompañó mientras seguíamos recorriendo los senderos olvidados, hablándome de las plantas, las bayas y las tradiciones locales. Su presencia calmada y sus conocimientos me hacían sentir que no estaba sola en aquel proceso.

Al caer la tarde, regresé a la casa con una mezcla de cansancio y esperanza, sabiendo que las decisiones que tomara en los próximos días podrían cambiar

mi vida para siempre.

Me senté en el salón de la mansión con el móvil en la mano. Había un leve olor a madera vieja y a polvo que me recordaba a las casas antiguas que visitaba de niña en Córdoba, pero también una atmósfera distinta, más fría, que me recordaba dónde estaba realmente.

Marqué el número de Martina y esperé con una mezcla de alegría y nervios. Su imagen apareció en la pantalla segundos después, con esa sonrisa tranquila que siempre me hacía sentir segura.

—¡Paula! ¿Cómo va esa aventura escocesa? —me preguntó, recostada en su sillón con la luz tenue de su salón detrás.

—Está siendo… intensa —le respondí—. Los terrenos son increíbles, llenos de historia y belleza, pero la casa está en ruinas. Y no sabes la cantidad de decisiones que tengo que tomar.

—Me imagino —dijo Tina—. Pero sabes que cuentas conmigo para lo que necesites, ¿verdad? Hasta para lanzarte por un barranco si hace falta.

Reí a carcajadas. Era justo lo que necesitaba.

—Gracias, Tina. A veces siento que no sé ni por dónde empezar. No sé si vender, restaurar, hacer turismo rural o simplemente vivir aquí y escribir sobre ello.

—Haz lo que tu corazón te diga, pero no pierdas esa chispa que tienes —me aconsejó con su tono sereno—. Y recuerda que no estás sola.

Después de despedirme, el día me llevó a la cita con el albacea. Llegó puntual a la mansión, vestido con traje oscuro y una carpeta bajo el brazo. Su porte profesional contrastaba con la atmósfera desgastada del lugar.

—Señora Gómez McAlister —dijo, extendiéndome la mano—, un placer conocerla. He traído los documentos del testamento de Lady Agnes.

Me ofreció la carpeta y la abrí con cuidado, leyendo las líneas que me designaban como heredera, aunque condicionada a ciertos trámites.

—Podrá leerlo con calma —me indicó—, pero es imprescindible que su madre viaje a Glencoe para formalizar todo cuanto antes.

Asentí, sintiendo cómo una mezcla de responsabilidad y ansiedad me inundaba.

—Mi madre vendrá el próximo fin de semana —le confirmé—. Quiero hacer esto bien, aunque no sé si estoy preparada.

El albacea me sonrió con cierta empatía.

—Lo entiendo perfectamente. Es un gran paso, pero contará con todo nuestro apoyo.

Mientras lo acompañaba hacia la puerta, no pude evitar mirar la mansión una vez más, con sus muros agrietados y sus ventanas desvencijadas, pero también con esa historia que parecía susurrar en cada rincón. Sabía que aquel lugar, con todos sus retos, era también una promesa. La promesa de un futuro que empezaba a construirse.

Aquella noche, tras cenar en la cocina con todos los empleados, me senté en el escritorio del despacho principal, donde la luz cálida de una lámpara vieja caía sobre las páginas amarillentas del testamento. Las palabras de Lady Agnes estaban allí, impresas con tinta firme, escritas en un lenguaje formal y preciso, pero cargadas de significado.

Empecé a leer en voz baja, como si las letras cobraran vida y me hablasen directamente a mí, la heredera inesperada de aquel legado.

«Yo, Agnes Fiona McAlister, de Glencoe, en plena posesión de mis facultades y en memoria de mis ancestros, otorgo y lego mi propiedad, la mansión familiar Dunrannoch House y todos los terrenos adyacentes, a mi sobrina Isabel McAlister Serrano, y a mi sobrina-nieta Paula Gómez McAlister, con la condición expresa de que la casa mantenga su valor histórico y cultural...»

Seguí leyendo, cada línea confirmando que la responsabilidad era tan grande como la oportunidad.

«Se establecerán cláusulas para preservar el entorno natural y arquitectónico, y para garantizar la continuidad del personal que ha servido fielmente a la casa...»

Me detuve un momento, sintiendo cómo un peso invisible me oprimía el pecho. No solo era la dueña de una mansión vieja y destartalada. Era la guardiana de un legado, de una historia, de vidas y recuerdos entrelazados con aquellas paredes.

En otro apartado, leí que había una suma reservada para proyectos de restauración y mantenimiento, pero que el manejo de esos fondos requería la aprobación conjunta del albacea y de la familia más cercana.

De repente, todo se volvió más real. No se trataba solo de un inmueble o de tierras. Era una herencia que demandaba respeto, dedicación y, sobre todo, amor.

Pensé en mi madre, en su orgullo por nuestras raíces escocesas, en su esfuerzo para que yo tuviera una vida independiente y plena en España. Ahora, el camino me llamaba a cruzar fronteras emocionales y geográficas, a reconciliar partes de mi historia dispersas entre dos mundos.

Cerré el testamento con una mezcla de emoción y determinación. Tenía que tomar decisiones, sí, pero también aprender a escuchar aquello que me decía el corazón y el legado de Lady Agnes.

—Mañana —susurré para mí misma—, será el comienzo de algo nuevo.

Y, aunque el futuro era incierto, sentí por primera vez en mucho tiempo una chispa de esperanza, una sensación de que quizá, solo quizá, había llegado el momento de reencontrarme conmigo misma.

Capítulo 7



Lachlan

La noche había caído temprano sobre Glencoe. Octubre traía un frío húmedo que se colaba hasta los huesos si no estabas acostumbrado, pero para mí era solo un recordatorio más de casa. Fuera, la niebla se pegaba a los cristales del restaurante como un velo blanco, mientras dentro, la atmósfera estaba cargada de cálida pretensión: velas encendidas, cubertería brillante y un servicio más atento de lo necesario. Era el tipo de lugar al que uno iba para cerrar tratos o para lucirse, no para disfrutar de una comida sincera.

Yo estaba allí por lo primero.

Me senté en la mesa que había reservado cerca del ventanal, con vista a la calle adoquinada. Llevaba una americana de *tweed* gris oscuro, camisa blanca sin corbata y botas de cuero negro que aún olían a destilería. Nunca había sido muy amigo de disfrazarme más de la cuenta. Me bastaba con saber que, incluso con el look más informal, llamaba la atención cuando entraba en una sala. No por vanidad, sino porque lo había heredado: ese aire de alguien que no tenía tiempo para tonterías.

Ella llegó unos minutos más tarde, como solía hacerlo: tarde, pero impecable.

Seraphina. Rubia platino, labios rojos como el pecado y abrigo largo de lana italiana que dejó caer sobre la silla con la elegancia de una actriz de

cine. Se sentó frente a mí con una sonrisa apenas marcada, como si estuviéramos en una partida de ajedrez que ya sabía que iba a ganar.

—Lachlan —dijo, con su tono de terciopelo afilado—. Siempre puntual. Qué constancia tan... masculina.

—Sera —respondí, sin molestarme en sonreír—. Siempre es un espectáculo verte.

Pidió vino sin siquiera mirar la carta. Yo ya había ordenado un MacDuncan de dieciocho años, sin hielo. Ella, como siempre, prefirió un borgoña. Nunca se mezclaba con lo local. Era una de las tantas cosas que me resultaban igual de fascinantes que irritantes en ella.

Durante los primeros veinte minutos hablamos de lo habitual: exportaciones, aduanas, el nuevo mercado asiático. Me dio un par de cifras, lanzó nombres de distribuidores y dejó caer comentarios bien dirigidos que solo alguien con información interna podría soltar con esa naturalidad.

Y entonces, como una serpiente deslizándose entre las copas de cristal, llegó el comentario.

—Por cierto… —dijo, girando su copa lentamente entre los dedos—. Me ha llegado un rumor curioso esta semana. ¿Te suena una tal Lady Agnes McAlister? Era de aquí, de Glencoe.

Me limité a arquear una ceja.

—Murió hace unas semanas —continuó, fingiendo indiferencia—. Y parece que no dejó hijos. Pero sí una herencia muy suculenta. ¿No tienes algo de interés por esas tierras?

Me tomé un trago lento del whisky antes de responder. Había oído lo justo, pero no había compartido nada con nadie, y mucho menos con ella.

—Estoy valorándolo —dije simplemente.

Ella sonrió. Esa sonrisa que usaba cuando iba a clavar una estaca disfrazada de cumplido.

—Deberías actuar rápido. Antes de que la heredera se emocione. Ya sabes cómo se ponen los forasteros con una casa vieja en medio del romanticismo de las Highlands… Piensan que están en una novela.

—¿Así que ya hay heredera? —pregunté, dándole un sorbo más largo al whisky—. Pensaba que aún no se sabía.

—Oficialmente, no. Pero extraoficialmente… hay rumores. Y si hay rumores, es porque alguien quiere quedarse con esa casa. Probablemente una chica joven, sin experiencia, sin recursos… —Se encogió de hombros con fingida lástima—. Un caramelo en manos equivocadas.

Apreté la mandíbula, no por el contenido de sus palabras, sino por el tono. Esa frialdad que escondía detrás de cada frase. Sabía jugar, y lo hacía con una elegancia venenosa.

—¿Y qué sugieres? ¿Que le ofrezca lo mínimo y lo cierre cuanto antes?

—Exactamente eso —dijo, apoyando los codos en la mesa y acercándose lo justo como para que su perfume me envolviera—. Si no te mueves tú, lo hará otro. Y puede que ese otro no tenga ni tu estilo ni tu conciencia.

La miré durante un largo segundo. Sus ojos verdes eran hermosos, sí, pero también peligrosos. Como un campo de césped que ocultaba un millar de trampas.

—¿Y tú qué ganas con esto, Sera? —pregunté sin rodeos.

Ella soltó una pequeña risa.

—Lachlan, querido, cuando tú ganas, todos a tu alrededor ganamos. ¿O no es así como te gusta que funcione?

Mentira. O, al menos, una verdad maquillada. Seraphina no jugaba en equipo, jugaba para sí misma. Pero no podía negar que, cuando se alineaban nuestros intereses, podíamos lograr cosas impresionantes. A veces, incluso... inevitables.

El resto de la cena transcurrió en una calma tensa. Hablamos de otras propiedades, del futuro de la destilería, de posibles fusiones. Pero el verdadero centro de la conversación ya había quedado marcado: la mansión de Lady Agnes McAlister y su misteriosa heredera.

Salimos del restaurante bajo la lluvia fina que caía como una caricia helada. El aire estaba impregnado de humedad y promesas turbias. Seraphina se ajustó su abrigo y me miró con esa mezcla de desafío y seducción que tan bien dominaba.

—¿Vienes? —preguntó en voz baja y con una sonrisa. No respondí de inmediato.

Miré hacia el cielo encapotado, hacia la calle vacía, y luego a ella, tan peligrosa como deseable. Sabía exactamente a dónde conducía esa pregunta. Sabía que me esperaban horas de distracción intensa, de piel contra piel, de un juego que ninguno de los dos estaba dispuesto a abandonar del todo, aunque ambos supiéramos que jamás acabaría bien.

Y aun así…

—Sí —dije finalmente—. Vamos.

Seraphina iba sentada a mi lado mirando por la ventana con una mano apoyada en mi muslo, y sentí que su perfume impregnaba el interior del coche. Jazmín, almizcle y algo más… algo que recordaba a peligro. A ella.

Cuando llegamos a su casa, un ático con vistas al fiordo y una copa de cristal azul que reflejaba las luces de la ciudad, se giró hacia mí con una media sonrisa cargada de peligro en esos labios rojos que pronto estarían ocupados.

—No me mires así, Highlander. No pretendas que no sabías cómo iba a terminar la noche.

—No me hago ilusiones contigo, Sera.

—Por eso siempre vuelves.

Entramos y cerró la puerta tras nosotros con un gesto lento, como si con ese clic sellara algo más que una noche.

Su piso estaba impecable, decorado con líneas modernas y detalles lujosos. Un rincón suyo, sí, pero también una trampa perfectamente diseñada para seducir sin que lo pareciera. Cada detalle hablaba de ella: las velas encendidas, la música suave que ya sonaba al fondo, el sofá de terciopelo oscuro… Ella planeaba con precisión milimétrica incluso lo que quería que pareciera improvisado.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre la silla sin mirar. El vestido negro que llevaba se pegaba a sus curvas como una segunda piel. Se descalzó despacio, como si desnudarse no tuviera nada de prisa.

Y yo, que siempre iba por delante de los movimientos de los demás, me encontré por un instante simplemente observando.

—¿Vas a quedarte ahí, MacDuncan, o piensas recordarme por qué te siguen temiendo incluso fuera del consejo de inversores?

No lo dudé más. La alcancé en tres pasos.

Nuestros labios se encontraron con fuerza, con rabia contenida y deseo viejo y conocido. No era ternura lo que nos unía. Era algo más salvaje. Algo que no pedía permiso.

Su cuerpo se moldeaba al mío como si estuviera hecho para encajar, y lo conocía. Lo recordaba. Los lugares donde al tocarla hacía que suspirara, los puntos donde su piel se erizaba. Y ella, a su vez, sabía cómo volverme loco. Se aferraba a mi camisa, arañaba mi nuca, se retorcía entre mis brazos con una sonrisa de medio lado que decía: "Tú también lo necesitas".

La llevé hasta el salón sin separarnos. Nos hundimos en el sofá, entre cojines, entre sombras. La tela del vestido se deslizó por sus hombros. El calor de su piel, el latido acelerado, su aliento junto al mío… Era una guerra antigua la que librábamos cada vez que estábamos juntos. Y siempre sabíamos cómo empezaba. Pero nunca cómo iba a terminar.

—No has cambiado nada —susurró en mi oído—. Sigues teniendo ese fuego bajo la piel.

—Y tú sigues jugando con fuego.

—Es que me gusta quemarme —dijo con un leve ronroneo.

Seraphina no tardó en deshacerse de mi ropa, y cuando me tuvo desnudo ante ella, se arrodilló mirándome fijamente con los ojos brillantes por el deseo. Pasó la lengua por sus labios rojos, provocándome a conciencia como solo ella sabía, y sin más palabras se llevó mi miembro erecto a la boca. Sabía cómo encenderme y cómo hacer que perdiera la razón.

Lamió, devoró con ansia cada centímetro de mi virilidad sin detenerse, sin quejas, sin una sola protesta, como siempre, mientras con una de sus manos se aferraba a mi nalga para acogerme más profundamente y con la otra se tocaba a sí misma. La vi mover sus caderas al tiempo que disfrutaba de mi miembro, sentí la vibración de sus gemidos en mi erección y perdí el control, como siempre.

Recogí su cabello en un puño y la guié a mi antojo; ella seguía gimiendo y acogiéndome, mirándome fijamente. Antes de que perdiera el control por completo y me corriera, me aparté y la tendí sobre el sofá, separando sus piernas y lamiendo su sexo húmedo y caliente.

—Oh, sí, Lachlan —gimió al tiempo que sus dedos se enredaban en mi cabello y sus caderas se movían, una y otra vez, en busca de más.

Lamí hasta que se corrió y sentí su cuerpo tembloroso, momento en el que, tras ponerme un preservativo que ella misma había dejado sobre la mesa, la penetré con todas mis fuerzas. Me la follé como a ella le gustaba, como a los dos nos gustaba. Fuerte, duro y sin miedo.

La hice girar hasta quedar de rodillas en el sofá, de espaldas a mí, y así volví a penetrarla mucho más fuerte y profundo esta vez. Una, dos, cinco, diez veces hasta que sentí que estaba a punto de correrse. Le agarré de nuevo del pelo y seguí embistiéndola así, sin parar, una y otra vez, más fuerte y más

rápido, más profundo, hasta que el grito desgarrador por el orgasmo salió de sus labios.

No tardé en seguirla, liberando mi propio clímax, y quedando los dos ligeramente satisfechos, pero no saciados.

Nuestros cuerpos se encontraron una y otra vez esa noche. En la penumbra del salón, en el reflejo tenue del ventanal, en su cama, entre susurros, jadeos y silencios cargados. Fue un baile que conocíamos de memoria. Un ritual tan peligroso como adictivo.

Horas después, cuando el reloj marcaba un tiempo que ya no importaba, ella apoyó la cabeza en mi pecho y pasó un dedo distraído por mis costillas.

—Esa mansión… —murmuró sin mirarme—. Sea quien sea la heredera, no va a tener ni idea de lo que tiene entre manos.

Yo no respondí. Mi mente no estaba con ella en ese momento. Estaba de nuevo en los prados de *Dunrannoch House*. En esa silueta femenina que caminaba al atardecer, entre ruinas y belleza, como si el lugar le perteneciera de nacimiento.

Más tarde, cuando ella se quedó dormida con el brazo sobre mi cintura y la respiración tranquila, yo me senté al borde de la cama, desnudo, mirando la noche escocesa a través del cristal.

Había cuerpos que encendían. Y otros que desconcertaban.

Sera me daba lo primero. Y esa desconocida en los terrenos de la mansión de Lady Agnes… Ese cabello oscuro al viento, esa manera de mirar la casa como si fuera parte de su historia…

Ella me estaba empezando a dar lo segundo. Y yo no sabía aún qué era peor.

Capítulo 8



Paula

Desperté con la extraña sensación de no estar en mi cama. No en mi cama de verdad, la de Córdoba, con las sábanas de lino blancas que compré en Lisboa y el cabecero de forja que me encantaba, sino en otra… más antigua, más pesada, más silenciosa.

Abrí los ojos y tardé un par de segundos en ubicarme. La habitación era amplia, de techos altos, con un ventanal que ocupaba casi toda la pared izquierda, cubierto por cortinas de terciopelo verde oscuro. Todo olía a madera vieja, a polvo escondido en las grietas del tiempo. A historia. La luz de la mañana entraba tímidamente, dibujando formas alargadas sobre la alfombra descolorida.

Estaba en Glencoe. En Escocia. En *Dunrannoch House*.

La mansión que, por esas cosas surrealistas de la vida, acababa de heredar.

Suspiré, sentándome lentamente en la cama. Las sábanas eran de algodón grueso y un tanto áspero, y el edredón, aunque cálido, olía a lavanda seca. Me llevé las manos al rostro y me lo froté con suavidad. Había dormido más de lo que esperaba. La noche anterior había acabado tan cansada por el viaje y por el cúmulo de cosas de las que me fueron poniendo al corriente, que caí en la cama completamente rendida y no supe ni quise saber nada más del mundo.

Miré a mi alrededor.

La habitación debía haber sido de alguna mujer importante de la casa. Tal vez de Lady Agnes, mi tía abuela fallecida, aunque dudaba que durmiera aquí en sus últimos años. El mobiliario era clásico: una cómoda de roble tallado con espejo ovalado, un perchero de pie en una esquina, una chimenea apagada con cenizas viejas y un armario que probablemente necesitaba aceite en las bisagras. El techo tenía molduras desgastadas, y había grietas finas en algunas paredes, como arruguitas en un papel antiguo.

Una lámpara de araña colgaba del centro, y las bombillas, por suerte, habían sido cambiadas recientemente.

Me levanté descalza y caminé hacia el ventanal. Al correr las cortinas, el paisaje me cortó el aliento.

El valle de Glencoe se extendía ante mí, majestuoso. Colinas cubiertas de hierba húmeda, árboles otoñales en tonos cobre y oro y, más allá, una bruma baja que abrazaba las montañas. El cielo estaba cubierto, gris, como una promesa de lluvia lejana. Era octubre. Y se notaba.

Inspiré hondo. El aire era distinto. Más denso, más puro. Más antiguo.

Después de una ducha rápida y un breve forcejeo con los grifos anticuados del baño que me hicieron maldecir en tres idiomas, me vestí con unos vaqueros cómodos, un jersey de lana beige y mis botas altas marrones. Prácticas, impermeables, perfectas para una mansión que llevaba años sin el cuidado adecuado.

Bajé las escaleras principales, una estructura de madera que crujía con dignidad, y seguí el olor a pan tostado y café. Me guié por el instinto hasta la cocina, una de las pocas estancias que aún se sentía viva.

Allí estaban todos.

—Buenos días —dije, algo insegura, al aparecer en el umbral.

Eloisa fue la primera en levantar la vista de su taza. A pesar de su edad, tenía una energía elegante, como si la cocina se moviera según sus normas.

Estaba de pie, con su delantal de lino gris y su moño blanco perfectamente recogido.

—Buenos días, Paula —dijo con un acento escocés marcado, pero comprensible. Ahora mismo agradecía las clases de inglés y el que el abuelo Alastair quisiera que tanto mamá como yo aprendiéramos a hablarlo—. ¿Has dormido bien?

—Lo justo para no desmayarme hoy —respondí con una sonrisa.

Los demás también me saludaron con inclinaciones de cabeza o murmullos. Fiona, la mujer de la limpieza, se retiró un poco para dejarme sitio en la mesa larga de madera. Duncan, el encargado de mantenimiento, estaba sentado en un extremo, bebiendo té. Me observó con atención, sin decir nada al principio. Y al lado opuesto, el joven jardinero, Euan, sonrió tímidamente y asintió.

—Gracias —dije, sentándome—. La casa… es enorme. Va a costar acostumbrarse.

—Le cogerás el truco —murmuró Eloisa mientras dejaba frente a mí un plato con huevos revueltos, tostadas y tomates al horno—. Siempre se hace.

Dio media vuelta sin esperar más respuesta y volvió a sus cacerolas. Olía a menta y a pan de avena recién hecho. Me lancé sobre el desayuno como una loba hambrienta.

—Paula —dijo de pronto Duncan, con voz grave y pausada—. Hay algo que deberías saber.

Levanté la vista.

—¿Sí?

—Lachlan MacDuncan ha pedido una reunión contigo.

—¿Lachlan quién?

Todos enmudecieron.

Eloisa dejó la cuchara de madera sobre la encimera con un golpecito leve. Después, se giró hacia mí, limpiándose las manos en el delantal.

—Lachlan MacDuncan —repitió ella—. Es... bueno, un vecino. Dueño de tierras cercanas. Muy involucrado en asuntos locales.

—¿Y qué quiere de mí?

Euan y Fiona intercambiaron miradas.

—Tal vez —dijo Eloisa con un tono más bajo— esté interesado en comprar la propiedad.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—*Dunrannoch House* —añadió Duncan con calma—. Siempre ha sido objeto de interés. Especialmente desde que todo el mundo supo que Lady Agnes no tenía descendencia. Muchos pensaron que acabaría en venta. Y Lachlan ha intentado, digamos, adelantarse a los acontecimientos.

—Pero por el momento no está en venta —dije, dejando el tenedor a un lado—. Ahora es mía.

—Sabe que hay algún posible heredero —murmuró Fiona—. Pero igualmente quiere intentarlo. Los rumores en el pueblo han corrido como la espuma, sin decir claramente quién es porque eso no lo saben.

Miré a todos, uno por uno. Había una mezcla de respeto y expectación en sus rostros. Quizás algo de nervios. Quizás miedo al cambio.

—Duncan, ¿puedes llamarlo? —dije al fin—. Que venga esta tarde. Quiero saber qué quiere exactamente.

Él asintió, sin cambiar la expresión.

—Lo haré.

Eloisa me miró con lo que parecía una pizca de orgullo silencioso. Como si hubiera superado una pequeña prueba.

—Bien —añadí, cogiendo de nuevo el tenedor—. Pues que empiece el espectáculo.

Pasé la mañana entera con un cuaderno viejo, una carpeta con papeles heredados y mi portátil sobre la mesa de la biblioteca. Una habitación enorme y algo helada, con estanterías que olían a humedad y una chimenea que llevaba años sin encenderse. Me envolví en una manta gruesa que encontré en un baúl, me hice una segunda taza de café y empecé lo inevitable: organizar el caos.

No podía simplemente "vivir" en *Dunrannoch House*. Tenía que restaurarla. Y para eso necesitaba saber por dónde empezar.

Los primeros documentos que encontré eran facturas antiguas, esquemas a mano, presupuestos que Lady Agnes había dejado escritos en cursiva impecable, como si aún escribiera con pluma estilográfica. Hice una lista: tejado, sistema de calefacción, fontanería, estructura, aislamiento, cocina, aunque eso estaba bastante bien gracias a Eloisa, los jardines y mil detalles más.

Abrí una nueva pestaña en el navegador y busqué: "Restauración casas históricas Escocia requisitos permisos".

¿Lo más maravilloso de esa búsqueda? No era tan sencillo como buscar unas flores y encontrar un fontanero.

Resultó que la mansión estaba catalogada como *edificio protegido*, lo que significaba que cualquier modificación, por mínima que fuese, necesitaba permisos específicos del ayuntamiento, del *Historic Environment Scotland*, y posiblemente hasta del espíritu de la mismísima Reina María Estuardo si me descuidaba. Cada ventana, cada piedra, cada baranda antigua tenía que respetarse como si fuese sagrada.

Y claro, eso también significaba que todo costaría el triple.

A eso de la una de la tarde, volví a la cocina. Los demás ya habían comido. Solo quedaba el silencio de la habitación cálida y el olor de algo recién horneado que todavía flotaba en el aire. Me serví un trozo de pastel de carne y un té negro bien cargado, y me senté sola con mis papeles, mi portátil y una creciente ansiedad en el estómago.

—Trescientas mil... mínimo —murmuré mirando los números—. Y eso siendo optimista.

Apoyé la cabeza en la mano y suspiré. En Córdoba había dejado atrás una vida estable, con clientes, cursos online, mis redes, mis vídeos. Aquí... tenía fantasmas, tejados con goteras y empleados que seguramente esperaban milagros.

Capítulo 9



Paula

Sonó mi móvil y al mirar la pantalla vi el nombre de Tina. Sonreí automáticamente.

—Dime, gurú del yoga —dije al contestar.

—¿Estás viva o te ha devorado un zorro escocés?

—Todavía viva, aunque no prometo nada si esta casa decide derrumbarse sobre mí.

—¿Y? ¿Cómo es? ¿Muy "Cumbres Borrascosas"?

—Total. Imagina una mezcla entre *Downton Abbey* venida a menos y la casa de la abuela de Mérida en *Brave*.

—Qué maravilla —rio—. ¿Has conocido a los empleados sexis de tu tía abuela?

—¿Quién dice que sean sexis?

—Todo escocés en una historia como la tuya es sexy. Es ley.

Me eché a reír.

—Aquí solo trabajan Duncan, que podría ser mi padre, y Euan, el jardinero, que es joven. Tiene aire de elfo y huele a musgo. Pero no, no me lo voy a tirar.

—Venga ya, Paula. Tienes treinta años, estás divorciada y llevas semanas sin ver un cuerpo desnudo que no sea en el espejo del baño.

—Eres una bruta.

—Soy realista. Si aparece alguien mínimamente potable, te lo tiras. Así de simple.

—No he venido aquí a follar con escoceses —repliqué, mirando hacia el techo—. He venido a arreglar esta casa infernal y no arruinarme en el proceso.

—Ya... pero si por el camino te acuestas con uno que lleve falda a cuadros, pues eso que te llevas.

—Tina...

—Paula, que necesitas algo más que un vibrador, hija de mi vida.

—Por Dios —suspiré, pasándome la mano por el pelo.

—Hazme caso, que dicen que los Highlanders son unos portentos.

—No sabría decirte, pero igual conozco hoy a uno.

—¿Sí? Cuenta, cuenta —dijo, y prácticamente podía verla acomodándose en el sofá y cogiendo un bol de palomitas.

—Se supone que quiere comprar la casa. Duncan me ha dicho que pidió una reunión para hablar conmigo; le he pedido que le llame para que venga esta tarde.

—¿Y está bueno?

—No lo he visto aún.

—Entonces todavía puedes soñarlo como quieras. Yo lo imagino alto, pelo rebelde, mirada intensa, manos grandes...

—¿Manos grandes?

—Importa. Créeme.

Reí, sacudiendo la cabeza mientras me llevaba un bocado del pastel de carne a la boca.

—A ti no hay quien te gane en imaginación, ¿eh?

—No necesitas imaginación. Solo necesitas un poco de acción. Que estás oxidada.

—¿Puedo centrarme en no morir aplastada por la deuda de los permisos de restauración, por favor?

—Vale, vale... pero prométeme que, si ese hombre está bueno, por lo menos flirtearás un poco.

—Me lo pensaré —dije, fingiendo resignación.

—Promételo.

—¡Tina!

—¡Promételo!

—¡Vale! Si está bueno... quizás flirtee un poco. ¿Contenta?

—Mucho. Ya tienes un objetivo para hoy.

—Tu nivel de apoyo emocional es de taller mecánico de barrio.

—Y tú me adoras por eso.

Asentí con una sonrisa.

—Sí, bueno... un poco.

—Te llamo en estos días, ¿vale? Y me cuentas cómo fue la reunión con el escocés misterioso. Eso si puedes concentrarte, porque si es como me lo imagino… amiga, vas a tener un problema de humedades en las bragas.

—Por Dios —volteé los ojos—. Te contaré si sobrevivo.

—Venga, guerrera. Cuida esa mansión encantada.

Colgué con una sonrisa que me duró varios minutos más. Tina era una tabla de surf en medio del mar. Siempre sabía cómo hacerme reír, aunque estuviera con la casa cayéndose a trozos alrededor.

Miré la hora. Las agujas avanzaban sin pausa. Pronto llegaría Lachlan MacDuncan, el supuesto comprador de *Dunrannoch House*.

Me levanté, recogí mis papeles y me preparé para lo que fuera que estuviera por venir.

Después de la llamada con Tina y el almuerzo en soledad, decidí que ya era hora de afrontar lo evidente: no podía hacer nada sola. Por mucho que me resistiera, por mucho que me costara delegar, esta casa no era una cocina donde todo dependía de mis manos. Esto era otra liga. Una mansión, con ecos y secretos en cada rincón. Si no quería que se me viniera encima, literal y figuradamente, tenía que empezar por conocerla a fondo.

Así que convoqué una reunión con todos los empleados. Una especie de consejo de guerra. A las cuatro en punto, nos reunimos en lo que había sido el antiguo comedor de servicio, una sala amplia con una mesa ovalada de roble oscuro, rodeada de sillas. Había luz tenue entrando por los ventanales altos, y un brasero eléctrico zumbando suavemente en una esquina para evitar que se nos congelaran las ideas.

Me senté al extremo de la mesa con mi cuaderno abierto, boli en mano y cara de “esto va en serio”.

—Bueno... —Empecé, aclarándome la garganta—. Gracias por venir. Supongo que lo primero que tengo que decir es que no tengo ni idea de por

dónde empezar. Así que os necesito.

¿La respuesta? Un silencio casi ensordecedor.

—Quiero saber qué necesita esta casa para sobrevivir. Qué problemas hay, qué se puede hacer con lo que tenemos y qué va a necesitar dinero, permisos, sangre o sacrificios humanos. Lo que sea.

Eloisa fue la primera en hablar.

—La cocina está en buen estado —dijo con el tono de quien no aceptaba réplicas—. Funcional. Hay que revisar las conexiones del horno de piedra, porque a veces tira humo, pero en general... está viva.

Asentí y anoté. Viva. No era poco.

—¿Y la despensa?

—Las maderas están algo hinchadas por humedad. Necesitan revisión. Pero el sótano conserva bien los productos. Las conservas siguen intactas. La nevera industrial funciona... cuando quiere.

Apunté todo.

—Vale. Bien. Duncan... ¿Y tú? ¿Qué parte has notado peor?

El hombre levantó la vista, apoyando los antebrazos sobre la mesa. Su mirada era serena, pero firme.

—El tejado. Hay tejas sueltas. Alguna gotera en el ala este. Varios canalones bloqueados. Algunos muros exteriores están agrietados, aunque no de forma estructural. Al menos de momento.

Tragué saliva.

—¿Eso significa… peligro?

—Si el invierno entra fuerte, puede empeorar. Pero aún estamos a tiempo. Lo importante es actuar antes de la primera nevada.

—¿Y eso sería cuándo?

—Aquí, podría ser la semana que viene o dentro de un mes. Glencoe decide.

Fantástico. Me dolía ya la cabeza y apenas llevábamos diez minutos.

—¿Los sistemas? ¿Calefacción, agua?

—La caldera es una reliquia —añadió Fiona con voz suave—. Calienta cuando quiere y suena como un tren. Las cañerías están oxidadas en varias zonas. El agua llega con buena presión, pero a veces sale marrón los primeros minutos.

—Maravilloso —murmuré anotando—. ¿Electricidad?

—Enchufes antiguos en muchas habitaciones —dijo Duncan—. Cables que no cumplen con la normativa actual. Luces que parpadean. Nada grave por ahora, pero habría que hacer una revisión general.

Suspiré.

—Y tú, Euan —dije, girándome hacia el joven jardinero, que hasta entonces había estado con la vista baja, jugueteando con un cordón de su chaqueta—. ¿Cómo están los jardines?

Euan levantó la vista lentamente. Tenía ese aire de chico tímido pero lleno de ideas, como si hablara mejor con los árboles que con las personas.

—Los senderos están invadidos por maleza. El lago necesita limpieza. Hay fuentes que ya no funcionan, y los setos… bueno, están salvajes. Pero… hay vida. Hay raíces fuertes.

Me gustó esa última frase.

—¿Y sería posible recuperar parte del terreno? No todo, pero lo más cercano a la casa.

Asintió, con una pequeña sonrisa.

—Con ayuda. Y tiempo.

Cerré el cuaderno y lo observé todo por un instante. No solo los problemas físicos, sino las personas frente a mí. Gente que había mantenido esta casa respirando cuando todo el mundo la daba por muerta. Gente leal a Lady Agnes, y ahora… extrañamente, a mí.

—Vale —dije al fin—. No tengo respuestas todavía. Ni siquiera tengo claro cuánto dinero podré invertir. Pero lo que sí tengo es intención. No pienso dejar que esta casa se caiga.

—Lady Agnes estaría contenta —murmuró Eloisa.

Me giré hacia ella. Tenía los ojos fijos en la chimenea apagada, pero había algo en su voz… una emoción contenida.

—¿La conociste mucho? —pregunté.

—Mucho —respondió simplemente—. Fue mi amiga. Aunque nunca lo diría en voz alta.

La miré un momento. Había respeto, y también una sombra de duelo aún fresca. No respondí. No era el momento. Pero me lo guardé.

La reunión terminó poco después, con tareas apuntadas y varias dudas anotadas para resolver en los próximos días. Fiona se ofreció a ayudarme a revisar papeles antiguos para buscar facturas, planos, cualquier cosa útil. Duncan se marchó para llamar a su contacto en el ayuntamiento y confirmar qué permisos necesitábamos. Euan volvió al jardín con sus herramientas.

Me quedé sentada unos minutos más, sola. Observando la estancia, escuchando el crujido lejano de alguna viga vieja, el tic-tac del reloj de pared.

Me sentía agotada. Y aún no había empezado realmente.

¿Y si no podía hacerlo? ¿Y si todo esto era demasiado grande para mí?

Mi madre, que seguía en Córdoba esperando que yo “explorase un par de semanas y luego volviera”, no tenía ni idea de lo que había aquí. De lo que

significaba esta casa. No solo en ruinas físicas, sino en legado. En emociones. En preguntas.

Pero había algo en mí, una voz tozuda, antigua, quizás heredada de la parte escocesa que siempre ignoré, que se negaba a rendirse.

Podía con esto. Tenía que poder.

Capítulo 10



Lachlan

El fuego crepitaba en la chimenea de mi despacho, pero no hacía nada por calentarme el ánimo.

La carpeta estaba abierta frente a mí. Informes, fotos, notas manuscritas. *Dunrannoch House*. Una reliquia en ruinas. Piedra noble desperdiciada por el tiempo y la dejadez. Tenía historia, sí. Belleza, incluso. Pero, sobre todo, tenía gastos. Y yo no compraba emociones, compraba realidades.

Pasé el dedo por una de las fotos impresas: la fachada principal, con esas torretas cubiertas de musgo y las ventanas empañadas por el abandono. El ala este casi hundida. El jardín devorado por maleza. Y, aun así… algo en esa imagen no me soltaba. No solo por lo que representaba a nivel patrimonial. Era algo más profundo. Instintivo.

Cerré la carpeta con un chasquido seco y me giré hacia el ventanal.

Desde allí se veían las colinas y los campos de mi propiedad. El cielo gris plomizo de octubre caía sobre el valle como un techo bajo. Todo estaba húmedo, vivo, brutalmente real.

Toqué el timbre antiguo del escritorio. Fergus apareció unos minutos después, como siempre, sin un ruido de más.

—¿Ha vuelto Cam? —pregunté sin girarme.

—Todavía no. Pero ha llamado. Dice que ha visitado dos agencias, y una tercera le espera en Fort William.

Asentí.

—Bien. Quiero tasaciones realistas. Nada de fantasías sobre historia familiar o leyendas. Solo números.

Fergus no dijo nada, pero me conocía lo bastante para saber que eso no era solo una petición. Era una directriz.

—Y cuando vuelva —añadí—, que me deje una copia de todo sobre la mesa. Quiero preparar la oferta para cuando me reúna con quien sea que haya heredado la mansión.

—De eso quería hablar. Me ha llamado Duncan Campbell. Ha accedido a una reunión esta tarde. Le espera en la mansión a las cinco y media —me informó Fergus.

—Perfecto —respondí, y por dentro, el cálculo ya se ajustaba.

Si los rumores eran ciertos, todo apuntaba a que quien había heredado la mansión de Lady Agnes era una mujer sola, con una herencia pesada, sin conocimientos previos sobre restauración, ni sobre el clima escocés, ni sobre las leyes de conservación. Sentimental, probablemente. Idealista. Pero tarde o temprano, todas las paredes viejas enseñaban sus grietas. Y yo sabría mostrárselas.

Fergus se retiró con la misma eficiencia con la que había entrado y me quedé solo de nuevo. No por casualidad.

Me gustaba pensar en voz alta solo cuando nadie podía oírme.

Cogí la pluma. No un bolígrafo, sino una pluma auténtica. Escribir a mano me hacía pensar mejor. Abajo, en la hoja en blanco, empecé a trazar columnas.

Restauración estructural. Tejados. Mampostería y fachada. Conservación de ventanas y puertas. Humedades e impermeabilización.

Interiores. Fontanería y calefacción. Electricidad. Mejora de cocina industrial. Aislamiento y acondicionamiento.

Exteriores. Recuperación de jardines. Senderos, muros bajos, fuentes.

Permisos y gestión patrimonial**.** Honorarios, licencias, inspecciones.

Total estimado, como mínimo, trescientas veinte mil libras. Y eso sin contar con los gastos de personal, seguros, impuestos o la variable incontrolable de "lo inesperado", que en casas así siempre aparecía.

Miré el número total en la hoja. Rodeado por márgenes, parecía más pesado de lo que era.

Respiré hondo, como si pudiera disolver la cifra en el aire.

Entonces, como si el destino tuviese el oído muy fino, escuché los pasos de Sera en el pasillo de madera.

No toco la puerta. Nunca lo hacía.

—¿Planeando el asalto a la fortaleza? —dijo, apoyándose contra el marco, con esa media sonrisa que usaba cuando creía saber algo que yo no.

—Planeando un negocio. Que no es lo mismo.

—No te hagas el frío, Lachie —odiaba que me llamara así, pero había dejado de insistir en pedirle que no lo hiciera—. Te interesa esa propiedad más de lo que quieres admitir.

Me giré con lentitud, observando su silueta envuelta en un abrigo caro, tacones, aunque el suelo chirriara, labios pintados como si fuera a salir en una portada de revista y no a atravesar un pasillo húmedo de una mansión rural.

—Me interesa que no caiga en manos inútiles —dije—. O en fantasías de restauración con dinero inexistente.

Sera entró sin pedir permiso, se sentó en el sofá frente a la chimenea, cruzando las piernas con una elegancia ensayada.

—Podríamos ayudar a que tome la decisión correcta.

—¿“Ayudar”? ¿Presionar, quieres decir?

—Presionar suena tan violento. Llamémoslo… orientar. Tengo contactos. Si necesitan informes negativos sobre la viabilidad, obstáculos legales, limitaciones...

—No necesito mentiras. —Mi voz fue más cortante de lo que pretendía—. Solo la verdad bien expuesta.

Sera ladeó la cabeza.

—A veces la verdad necesita una pequeña puesta en escena. Lo sabes tan bien como yo.

No respondí. Ella sonrió como si hubiera ganado un punto.

—Además, si es una mujer joven, estará abrumada. Puedes ofrecerle liberarse de todo eso. Convertir una carga en una transacción rentable.

—O puede encapricharse con las ruinas de Lady Agnes y negarse a ver la realidad.

—En ese caso —dijo, poniéndose de pie—, será más divertido convencerla.

La seguí con la mirada mientras salía. Su perfume caro quedó flotando en el aire, mezclándose con el humo del fuego. Era como ella: atractivo, pero irritante con el tiempo.

Volví a mi hoja. Debajo del total, tracé una nueva línea. Oferta inicial de compra: doscientas cuarenta mil libras.

Suficientemente baja para incomodarla. Suficientemente razonable para sonar creíble. El truco no era esconder el gasto, sino mostrarlo con tanta frialdad que ella misma sintiera el peso.

El reloj marcaba las cuatro y media. El tiempo corría.

Cerré la carpeta, metí la hoja con los números en una funda de cuero y me levanté.

Aún tenía que elegir la chaqueta. Nada ostentoso. Pero tampoco informal. Escocia no perdonaba la debilidad. Y mucho menos los negocios mal vestidos.

La heredera me recibiría en una hora. Y yo estaba listo para enseñarle lo caro que era soñar con piedras antiguas.

El camino de grava crujía bajo las ruedas del coche mientras nos acercábamos a *Dunrannoch House*. Fergus conducía con la calma de siempre, sin decir una palabra, pero su mirada se desviaba cada tanto hacia el retrovisor, como si pudiera leerme el ánimo en la nuca.

—¿Estás seguro de que no prefieres que me quede? —preguntó, con voz profunda y neutral.

—No. Esto es algo que tengo que hacer solo.

Fergus asintió una vez y no volvió a abrir la boca.

Cuando la casa apareció entre los árboles, con esa forma antigua, casi fantasmal, de piedra y sombra, sentí una punzada en el pecho. No era nostalgia, tampoco afecto. Era más bien… una llamada. Un recordatorio de lo que estaba en juego.

El coche se detuvo frente a la entrada principal. Las ventanas de la planta baja reflejaban el cielo nublado. El viento agitaba las copas de los robles, y unas cuantas hojas cayeron como si fueran advertencias.

Bajé del coche sin prisa. Chaqueta de *tweed* oscura, botas limpias, carpeta de cuero bajo el brazo. Ni un pelo fuera de lugar. La escena requería presencia.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar. Y allí estaba ella.

No necesitaba preguntar si era la heredera. En cuanto nuestros ojos se cruzaron, supe que era ella. Lo llevaba escrito en la postura. En la mirada.

Cabello castaño oscuro, suelto hasta los hombros, algo revuelto. Ojos verdes almendrados, brillantes como si guardaran el verano dentro. Llevaba vaqueros ajustados, un jersey beige, botas cómodas. Natural, segura. Había belleza en ella, pero no era eso lo que me inquietó.

Fue su expresión.

Me miró como si ya supiera lo que iba a decir.

—Señor MacDuncan —dijo sin extender la mano—. Pase. Está usted en su propiedad favorita, según los rumores.

Su acento era español, pero apenas marcado. La voz firme, clara.

Entré sin pestañear. El vestíbulo tenía ese olor a piedra húmeda y tiempo detenido. Noté una corriente fría subir por las escaleras.

—Gracias por recibirme, señorita… —dije, con el tono que usaba cuando no estaba del todo agradecido.

—Paula, mi nombre es Paula Gómez McAlister.

—McAlister —repetí, confirmando que sí se trataba de un familiar directo de Lady Agnes.

—Así es, ¿sorprendido? —arqueó una ceja—. Lady Agnes era mi tía abuela.

—Sabía que tenía un hermano, y creía recordar que él sí había tenido descendencia.

—Esa es mi madre.

—Insisto entonces, gracias por recibirme.

—Digamos que tenía curiosidad —replicó ella, girándose para guiarme hacia una de las estancias laterales—. Y ya que mis empleados me han hablado de usted y de su interés en mi propiedad —dijo para dejar claro que

era suya, y de nadie más—, pensé que sería bueno ponerle cara al hombre que sueña con comprarla.

—Espero no decepcionarla.

—No sería la primera vez que un hombre lo hace.

Esa, sin duda, estaba siendo una forma muy curiosa de empezar una negociación.

La sala en la que entramos estaba en mejor estado del que esperaba. Ventanales altos, muebles cubiertos con sábanas, una chimenea apagada. Había intentado mantener algo de orden; lo noté. Había esfuerzo, aunque no supiera aún en qué se estaba metiendo.

Se sentó en un sillón bajo y me indicó el otro con un gesto. Pero no me senté.

—Voy al grano —dije, abriendo la carpeta—. He estado revisando la propiedad durante los últimos días. Es evidente que *Dunrannoch* tiene historia, presencia… incluso cierto encanto. Pero también tiene más problemas estructurales de los que puedo contar sin ayuda de un ingeniero.

—¿Ha venido como comprador o como inspector de obras? —preguntó, arqueando una ceja.

—Como alguien que entiende lo que cuesta levantar algo que lleva años desmoronándose.

Le tendí la hoja con la estimación y la cogió con lentitud, sin dejar de mirarme a los ojos, como si esperara un veneno oculto.

La leyó en silencio. Su expresión no cambió. Pero el aire a su alrededor sí.

Cuando levantó la vista, sus ojos eran dos faros fijos.

—¿Esto es una oferta, o una amenaza?

—Es una valoración realista. Y una oferta generosa, teniendo en cuenta lo que implicaría hacer que esta casa sea habitable, legal y segura.

—No ha venido a comprar —dijo—. Ha venido a espantarme.

Guardé silencio.

—Me ofrece una cifra que apenas cubre la mitad del valor emocional de este lugar. Se presenta con papeles, con cifras, con su chaqueta elegante... Pero no tiene ni idea de lo que esta casa significa —reprochó, y me crucé de brazos.

—Las casas no viven de significado, señorita Gómez. Viven de techos que no se caen, de calderas que funcionan, de paredes que no sangran humedad. Usted no puede restaurar esta propiedad con recuerdos.

—No pienso venderla a alguien que la vea como un capricho de inversión.

Su voz se tensó. Ya no era la mujer que me había recibido con ironía. Ahora era otra cosa. Una mezcla de dolor y desafío.

Me acerqué un paso, sin dejar de mirarla.

—¿Y qué piensa hacer, exactamente? ¿Organizar cenas en ruinas con velas y mantas para pagar las reformas?

—Tengo recursos —espetó.

—No los suficientes, seguro.

—No tiene ni idea de lo que tengo.

—Y usted no tiene ni idea de lo que esta casa puede costarle. En todos los sentidos.

Y de nuevo, el silencio llenó la estancia. La tensión era tan densa que casi se podía cortar con una espátula de cocina.

Entonces ella se levantó.

—Gracias por su visita, señor MacDuncan. Puede marcharse ahora.

No me moví. Todavía no iba a rendirme. La miré a los ojos. Había orgullo, sí, pero también algo más. Una rabia contenida. Una herida abierta.

Y, contra todo pronóstico, sentí una punzada de respeto.

—Volveré —dije simplemente.

—No pierda el tiempo. Ya he tomado mi decisión.

—Lo sé. Pero las decisiones cambian. Las casas también.

Salí sin girarme. El viento fuera de la mansión era más frío. El cielo había oscurecido.

Fergus me esperaba al volante, pero no dijo nada al verme llegar.

Me subí al coche y cerré la puerta. No había conseguido lo que quería. Pero, por alguna maldita razón, tampoco me sentía derrotado.

Paula Gómez McAlister no era lo que esperaba. Ni débil, ni ingenua, ni fácil de convencer.

Y aunque eso complicara las cosas… una parte de mí, una que hacía años no escuchaba, se alegró por ello.

Ahora necesitaba saber cuanto pudiera de esa mujer, así que lo primero que hice fue buscar su nombre en Internet. No tardé en obtener resultados y ver algunas fotos y vídeos suyos. Ahora entendía lo de los recursos que había dicho. Tenía un canal de cocina con miles de seguidores, y no solo eso. Ofrecía cursos y algunas cosas más.

Pero eso no bastaría para darle vida a la mansión de los McAlister, y dudaba mucho que ella tuviera el dinero suficiente que yo había estimado que me gastaría en permisos, reformas y conservación.

Suspiré guardando el móvil de nuevo y pensando que no iba a darme por vencido; nunca lo había hecho y esta no sería la primera vez. Esa mujer se había enfrentado a mí sin un ápice de miedo, o lo escondió muy bien. Le

había tendido una mano, una oferta razonable a mi entender dados los gastos que me supondría la reforma, y ella pretendía ir a la guerra.

Sonreí al pensarlo, porque nadie que hubiera querido una batalla conmigo había salido ganando. Y ella no sería la primera en hacerlo.

Capítulo 11



Paula

Habían pasado dos días desde aquella absurda “oferta” y yo seguía dándole vueltas.

No a los números, que eran ofensivos, una provocación, ni siquiera una negociación seria. Lo que me fastidiaba era que no podía dejar de pensar en él.

En Lachlan MacDuncan.

En su forma de mirarme como si todo estuviese ya decidido. Como si supiera que, tarde o temprano, acabaría cediendo. Y lo peor era que, cuando me habló con esa voz baja y áspera, con ese acento que hacía que incluso las frases más secas sonaran a amenaza velada o promesa pecaminosa… me temblaron hasta las malditas pestañas.

Estaba en la antigua sala de lectura, con las ventanas abiertas a la humedad escocesa, un jersey de lana gruesa sobre los hombros y una libreta de notas entre las piernas. La lluvia golpeaba el cristal con un ritmo suave, casi hipnótico. Pero mi cabeza seguía girando en bucle.

Lachlan había sido elegante en su forma de subestimarme. Eso lo tenía que admitir. Calculador. Preciso. Hasta cierto punto, fascinante. Aquel hombre era alto, de metro noventa me atrevería a decir, con un cuerpo musculoso, pero no exagerado, definido; cabello negro abundante, ondulado, algo largo, ligeramente despeinado por el viento. Sus ojos eran de un gris azulado como

una tormenta, tenía la piel clara con un ligero bronceado, barba de un par de días que le da aire rudo, manos fuertes, porte orgulloso…

—¡Por Dios, Paula! —me reprendí, cerrando de golpe la libreta.

No podía estar fantaseando con el tipo que venía a aprovecharse de mi situación. Que pretendía que firmara el alma de esta casa a cambio de cuatro libras y media envueltas en *tweed*.

Me levanté con un bufido, estirando las piernas, y me fui directa a la cocina.

Allí estaban Fiona, Euan y Eloisa, discutiendo qué hacer con los últimos tarros de mermelada de mora. Euan propuso hacer más con las bayas silvestres que aún quedaban por la zona de los senderos. Fiona decía que estaban ya demasiado pasadas. Eloisa, como siempre, zanjó el debate con su tono firme y el delantal bien atado.

—Si están arrugadas, se fermentan y se hace vinagre. No pienso gastar azúcar en eso.

—¿Y tú qué dices, jefa? —preguntó Euan, volviéndose hacia mí con esa sonrisa tímida suya.

—Digo que todo lo que implique vinagre debe ser discutido con precaución —bromeé, cogiendo una taza de café.

Me senté junto a la mesa rústica, donde los manteles estaban ligeramente manchados de harina y las servilletas siempre olían a pan recién hecho. Era mi lugar seguro dentro de esta casa.

Pero ni el olor a café ni el calor de la cocina lograban sacarme del bucle mental. Me escabullí con la excusa de una videollamada con Tina y subí a mi habitación.

Encendí el portátil y en cuestión de segundos apareció la cara de mi mejor amiga, esa mezcla de ternura, serenidad y cejas arqueadas que solo Tina podía manejar.

—¡Ey, alma en pena! —dijo, al verme—. ¿Ya le has dicho que no vas a venderle tu mansión gótica maldita al villano sexy?

Suspiré.

—Tina, no es un villano sexy. Es un… un cabrón con chaqueta de *tweed*.

—Y probablemente un buen polvo —añadió, mientras se servía té en su taza de cerámica artesanal con la palabra "Respira" pintada a mano.

—¡Tina! —me llevé las manos a la cara—. ¡Por favor!

—¿Qué? No me digas que no lo pensaste. Mírame a los ojos y dime que no te estremeciste un poquito cuando se acercó a ti. Nena, que era prácticamente como te lo describí.

La muy bruja sabía exactamente cómo leerme.

—No tiene nada que ver con eso. Es arrogante, manipulador, y cree que puede venir aquí, mirarme con esos ojos de tormenta suyos y comprarme como si yo fuese un mueble roto.

—Ajá… ¿Y qué más?

—Nada más, Tina.

Ella se rio.

—Paula, que te conozco. Cuando te pones a justificar por qué alguien te cae mal con tanto detalle, es porque te interesa. A mí me pasa con la de la panadería orgánica. Sé que la odio porque quiero ser ella.

No pude evitar reírme.

—Tú estás mal.

—Y tú estás nerviosa. Que te noto los latidos hasta desde aquí.

Me quedé en silencio un momento.

—Me da rabia que me provocara esa reacción. No me gusta. Sentí que me descolocaba. Y yo… no me dejo descolocar fácilmente.

Tina me miró con esa mezcla suya de cariño y realismo brutal.

—Mira, Paula… Puede que sí quiera aprovecharse. Puede que te haya subestimado. Pero si te hace sentir algo, lo que sea… al menos no estás dormida.

—No necesito un drama nuevo en mi vida ahora.

—A veces el drama también es una señal de que algo está vivo. Solo no le vendas la casa, pero si quieres tirártelo, hazlo. Te haces un favor a ti y a la historia de la humanidad.

—Eres idiota.

—Y tú estás cachonda.

Me tapé la cara de nuevo mientras Tina se reía a carcajadas.

—¿Sabes qué? Te llamo mañana. Necesito aire.

—Claro que sí. Pero prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que, si te lo tiras, me darás todos los detalles.

Corté la videollamada entre risas y vergüenza ajena.

Volví a mirar por la ventana. La lluvia había parado. Las nubes empezaban a abrirse como si Glencoe quisiera enseñarme otro de sus rostros. Los árboles brillaban mojados. Todo tenía ese aire de historia, de presencia. De algo que no se rendía.

Y yo tampoco pensaba rendirme.

No por un hombre con mandíbula cincelada ni por una cifra en papel. Esta casa era más que un edificio. Era una historia. La mía. Y la de Lady Agnes.

Y si él pensaba que iba a conseguirla así de fácil… Tenía otra tormenta por delante.

Después de comer sentí un nudo en el estómago y un impulso claro: necesitaba entender esta casa más allá de lo sentimental. Necesitaba armas, no emociones. Porque si de verdad iba a plantar cara a Lachlan MacDuncan, y a cualquiera que intentara echarme de aquí con una sonrisa y un maldito contrato, tenía que dejar de actuar como una turista heredera y convertirme en algo más parecido a una estratega.

Así que bajé al despacho. No al que había ocupado como mío, sino al de Lady Agnes.

Nadie lo había tocado desde que murió. Estaba cerrado con llave y, sinceramente, no me apetecía entrar ahí sola, pero algo me empujaba. Quizás era su presencia, la idea de que, si había respuestas en alguna parte, estarían en ese cuarto cargado de secretos.

Duncan fue quien me dio la llave, sin preguntas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó, y negué.

—Prefiero hacerlo sola.

Asintió y me dejó marchar con esa expresión suya neutra que, en el fondo, siempre decía más de lo que parecía.

La puerta crujió al abrirse. El aire dentro era denso, con olor a madera vieja, cuero y tinta seca. Un despacho de los de antes: escritorio de roble, estanterías hasta el techo, una lámpara de pantalla verde apagada en la esquina y, en la pared, el retrato de un hombre con bigote del siglo XIX que me miraba como si me juzgara.

—Tranquilo, primo lejano. No vengo a robarte las plumas —dije mientras pasaba por delante de él.

Me puse guantes, ya que la humedad aquí era una enemiga silenciosa, y empecé a revisar carpetas, cajones, cajas apiladas. Mucho estaba perfectamente ordenado. Lady Agnes no era de las que dejaban las cosas al azar. Pero también había cosas escondidas, metidas entre archivos fiscales, cartas personales y mapas antiguos.

Y fue entonces cuando lo encontré.

Un sobre cerrado con el membrete de *Dunrannoch House*. Sellado con lacre. Firmado a mano: "A abrir solo en caso de litigio futuro".

Lo abrí con cuidado. Dentro, había un dossier de tres hojas amarillentas, una escritura notarial y un mapa.

Me senté con el corazón latiendo rápido.

La escritura estaba a nombre de Agnes Fiona McAlister, datada en el año mil novecientos setenta y tres, y confirmaba la adquisición de unos terrenos colindantes al este del lago. Tierras que, según el mapa, hoy estaban consideradas parte de los límites de la propiedad de los MacDuncan.

—¿Qué demonios…?

El documento venía acompañado de una carta de un abogado, un tal Rupert Boyd, de Edimburgo, en la que advertía a Lady Agnes que el registro oficial de esos terrenos no había sido actualizado correctamente por los MacDuncan tras una partición que databa del año mil novecientos uno. Legalmente, *Dunrannoch* tenía derechos sobre ese terreno siempre y cuando la propiedad no se vendiera fuera de la línea hereditaria directa.

Me quedé en blanco.

¿Esto significaba que… si vendía la casa a alguien como Lachlan, los derechos sobre ese terreno volverían a quedar en disputa?

Y más aún: ¿él lo sabía?

Releí el texto tres veces. Luego consulté un libro de planos antiguos, también firmado por Lady Agnes, en el que aparecían anotaciones escritas a

mano.

"Deben protegerse los derechos de agua sobre el lago. No vender jamás sin consultar los documentos de mil novecientos setenta y tres. En caso de duda, hablar con Boyd."

Me apoyé en el respaldo de la silla. Esto lo cambiaba todo.

No solo porque afectaba directamente al valor de la propiedad, ya que esas tierras implicaban acceso al agua, uso agrícola, incluso derecho de paso hacia una antigua mina abandonada que podía revalorizarse con el turismo rural, sino porque demostraba algo muy importante: Lady Agnes sabía que podrían intentar arrebatarle esta casa. Y dejó pistas para que no fuera tan fácil.

Sentí un calor extraño en el pecho. No era triunfo. Era algo más profundo. Como si, desde donde estuviera, Lady Agnes me hubiese dejado un pequeño escudo contra los buitres.

Miré por la ventana. El cielo seguía encapotado, pero se filtraba un rayo tímido de luz entre las nubes. Como un guiño.

Guardé todo en una carpeta nueva, la cerré bien y bajé con paso decidido a la cocina. Necesitaba comida y café antes de pensar con más claridad.

La cocina estaba tranquila. Solo vi a Fiona repasando una lista de lavandería y Eloisa horneando algo que olía a mantequilla y gloria.

—¿Todo bien, Paula? —preguntó Eloisa sin girarse, como si supiera que algo me hervía por dentro.

—Todo muy bien, de hecho —dije, mientras me servía café—. Mejor de lo que esperaba.

Eloisa giró la cabeza y me examinó con esos ojos azules suyos que todo lo leían.

—Tienes la cara de quien acaba de encontrar algo importante.

—Y no te equivocas.

Me senté a la mesa, cogí un cuaderno y empecé a tomar notas. Primero, tendría que contactar con algún abogado de la zona que me ayudara a verificar que ese documento seguía siendo válido. Segundo, hablar con alguien en el registro de tierras. Y tercero…

—Eloisa, ¿sabes…? —le pregunté de pronto—. ¿Sabes qué tipo de relación tenía Lady Agnes con los MacDuncan? ¿Concretamente con el padre de Lachlan?

Eloisa dudó un momento. Luego se limpió las manos con un paño y se sentó frente a mí.

—Cordiales en apariencia. Pero siempre hubo cierta... tensión. Diferencias de criterio. Él pensaba que lo viejo debía venderse o adaptarse al mercado. Ella creía que había que protegerlo. Tradición, historia, raíces. No era una enemistad declarada, pero… eran como dos versiones distintas de lo que significa pertenecer a estas tierras.

Asentí lentamente. Eso confirmaba mi impresión.

—¿Y Lachlan?

—Le tenía cariño a Lady Agnes, eso no lo niego. Pero se convirtió en un hombre de negocios. De decisiones prácticas. No se deja llevar por romanticismos.

—Pues va a tener que aprender —murmuré.

Eloisa me sonrió como quien acababa de ver cómo florecía algo largamente esperado.

—Quizá seas más McAlister de lo que creía, mi querida Paula.

Brindé con la taza de café, medio en broma, medio en serio.

Por primera vez desde que llegué, me sentía no solo heredera, sino responsable. Con una batalla que pelear, sí. Pero también con una ventaja inesperada.

Y si Lachlan creía que podía intimidarme con cifras, que podía comprar mi historia con sonrisas arrogantes y aire de amo del valle, entonces iba a disfrutar viéndole la cara cuando descubriera que yo también tenía ases con los que jugar bajo la manga.

Capítulo 12



Lachlan

Los días posteriores a la entrega de mi oferta para la compra de *Dunrannoch House* se sucedieron con la aparente calma que precedía a la tormenta. El tipo de calma espesa y silenciosa que se instalaba antes de que el cielo se rompiera en un estallido de truenos y lluvia.

Yo, en mi despacho de ventanales amplios y mobiliario sobrio, creía haberlo calculado todo. Cada cifra, cada cláusula, cada inversión proyectada a cinco, diez y veinte años. La propuesta que había entregado a la heredera de Lady Agnes era, a todas luces, generosa. Decidida. Una carta que, pensaba, no dejaría espacio para titubeos.

Y, sin embargo, la realidad tenía una forma extraña de burlarse de nuestras certezas.

Fue a través de un contacto, un viejo amigo que trabajaba en la firma rival que llevaba el asesoramiento legal de Paula, que llegaron a mis oídos ciertas informaciones que no había previsto. Detalles pequeños, casi imperceptibles, que sin embargo poseían el poder de cambiar el juego desde su base.

No se trataba solo de un asunto de sentimentalismo, de la herencia de Lady Agnes o del apego nostálgico que la joven española pudiera sentir por esa mansión erosionada por el viento y el tiempo. No, era algo más. Documentos legales cuidadosamente guardados, derechos vinculados a la propiedad que nadie había valorado con la debida atención. Límites exactos de terreno que

se adentraban más allá de lo conocido, derechos de paso por antiguos caminos forestales olvidados por el catastro, accesos a manantiales subterráneos cuya existencia apenas se había documentado, pero que podrían resultar esenciales para futuros proyectos agrícolas o turísticos.

Y lo peor, que esos terrenos colindaban con los de mi familia.

Ese tipo de detalles no figuraban en la escritura inicial. Pero ahora, con la revelación sobre la mesa, el valor real de *Dunrannoch House* había cambiado. No solo era un lugar con historia, sino una pieza estratégica, un enclave con potencial.

Al enterarme de aquello, sentí un golpe frío en el estómago. Como una piedra lanzada desde lo alto de un acantilado. No era solo el hecho de que esos derechos hubieran escapado a mi revisión, y a la de mis abogados; era la humillación sorda de haber subestimado a Paula. Había asumido, en mi arrogancia, que era una recién llegada, una heredera algo perdida en el mundo de las decisiones financieras, una mujer atrapada entre emociones y recuerdos que la hacían vulnerable. Creía que la nostalgia y la incomodidad de mantener una mansión en ruinas serían más fuertes que cualquier apego legal. Me equivoqué.

Ahora comprendía que estaba tratando con alguien mucho más fuerte, más preparado o, al menos, con una voluntad férrea alimentada por algo más profundo que simples emociones.

Durante horas caminé de un lado al otro de mi despacho, bajo la luz tenue de una tarde plomiza. Me frotaba la barba incipiente mientras mis pensamientos se agolpaban uno tras otro, chocando entre sí como olas que impactaban contra los acantilados del norte. Me preguntaba cómo había pasado por alto esos documentos, cómo no había previsto que Paula, tan obstinada como parecía, pudiera tener recursos legales tan sólidos. ¿Había alguien detrás de ella, aconsejándola? ¿Un abogado experimentado? ¿Un viejo familiar que le enseñara a defender lo suyo?

Me senté finalmente frente al escritorio. Cogí la pluma y empecé a escribir nuevas cifras, reestructurando los márgenes de beneficio, añadiendo líneas de inversión futura, haciendo malabarismos con concesiones estratégicas. Pero

cada vez que escribía una cantidad, sentía que era insuficiente. No alcanzaba a cubrir el verdadero valor, ni emocional, ni jurídico, de *Dunrannoch House*.

Esa mansión era mucho más que una estructura antigua: era un símbolo. Una reliquia viva, con raíces profundas en la historia escocesa. Su arquitectura era solo la superficie; lo que realmente importaba era su carga simbólica, su arraigo en la tierra y en la memoria. Y Paula lo sabía.

La tormenta fuera se desató con una furia que parecía responder a mis pensamientos. El viento azotaba las ventanas con fuerza, como si buscara romper el cristal. La lluvia golpeaba el techo en un ritmo irregular y violento. El cielo se había vuelto casi negro, y en medio de ese escenario apocalíptico, me vi obligado a reconocer algo que hería mi orgullo.

Mi carácter, siempre orgulloso y dominante, se resentía ante la idea de que alguien jugara mejor sus cartas que yo. Era como si la partida de ajedrez hubiera dado un giro inesperado, y ahora fuera ella quien movía las piezas con una seguridad que me desconcertaba.

Y, sin embargo, algo en mí se encendió. Un fuego antiguo, una chispa de rivalidad que despertaba tras años de inercia. No podía permitirme perder esta negociación, no por dinero, sino por orgullo. Por convicción. Por la necesidad de demostrar, a mí mismo, más que a nadie, que seguía siendo el hombre capaz de mover montañas con la fuerza de su voluntad.

Me prometí entonces que haría lo necesario para proteger mis intereses. No solo desde el dinero, sino desde la inteligencia, la astucia y, si era preciso, la paciencia. *Dunrannoch House* no podía escaparse de mis manos. No después de lo que había descubierto. Ahora mucho menos que antes.

Un pensamiento inesperado me atravesó el pecho con una claridad dolorosa: Paula no era solo un obstáculo. Era un desafío. Una pieza clave en este juego de poder y deseo que iba tomando dimensiones inesperadas. Recordé su mirada durante aquella primera reunión. Desafiante. Orgullosa. No era la mirada de alguien que se rendía, sino la de alguien que luchaba por lo que creía que le pertenecía.

Y, aunque mi mente intentaba apartar esa idea, no pude negar que había algo en ella que me perturbaba más allá de lo profesional.

El desafío estaba lanzado. Y yo estaba dispuesto a responder.

Después de haber digerido la noticia sobre los documentos legales, supe que la partida había cambiado de nivel. Ya no estábamos jugando en el campo simple de la compraventa. Había entrado en una dimensión más compleja, donde los afectos, la historia y la ley se entrelazaban en una telaraña densa.

Consciente de que mis métodos habituales, como la presión financiera, las cláusulas implacables y las negociaciones duras, no serían suficientes para doblegar a Paula, comprendí que necesitaba un enfoque distinto. Uno que no dependiera exclusivamente de mí.

Y entonces pensé en mi hermano, Cameron.

Cam y yo éramos como el día y la noche. Él, todo luz, sonrisa fácil, carisma sin esfuerzo. Yo, la sombra: reservado, intenso, meticuloso. Sin embargo, siempre supe que su talento era real. A su modo, Cam conseguía lo que quería, casi siempre. Tenía esa habilidad misteriosa para desarmar defensas con una conversación, para infiltrarse en la voluntad de los demás sin que se dieran cuenta.

Y eso era justo lo que necesitaba: alguien capaz de acercarse a Paula desde otro ángulo. No como un tiburón empresarial, sino como un aliado. Alguien que ella no viera venir.

Marqué su número y esperé. Cuando respondió, su voz tenía ese tono despreocupado que siempre me ponía al límite.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Otra reunión de accionistas en el infierno?

—Necesito que hables con Paula —le dije, sin rodeos, y al otro lado se hizo el silencio.

—¿La heredera de Lady Agnes? ¿La española?

—Exactamente. Quiero que la convenzas. Que le hagas entender que esa propiedad debe ser nuestra. No podemos permitir que se aferre a ella por razones sentimentales… o por tecnicismos legales. Necesito que uses tu encanto, tu labia, tu capacidad para hacer que la gente baje la guardia. Lo que sea. Pero hazlo.

Una risa breve, mezcla de incredulidad y diversión, resonó al otro lado de la línea.

—¿Quieres que use el encanto? ¿Que me la gane?

—Eso mismo. Aunque esta vez no es un juego. Es serio, Cam.

Lo sentí dudar un instante, lo justo para medir la situación. Luego asintió.

—Está bien. ¿Cuándo quieres que empiece?

—Cuanto antes. Voy a enviarte toda la información que tengo. Quiero que te pongas en contacto con ella con una excusa que no suene a presión. Quizás algo cultural. Interésate por la historia de la casa, por su arquitectura, por lo que representa. Hazle ver que entendemos su valor… pero también hazle sentir que puede confiar en ti.

—Sabes que eso es peligroso, ¿verdad? —respondió él, medio en broma—. ¿Y si termino de verdad cayendo por ella?

—No lo hagas —dije con voz firme.

—Tú mandas, hermano. Pero te advierto que esto va a ser complicado.

Colgué el teléfono y me recosté en la silla. La sensación era extraña. Me aliviaba no tener que hacerlo todo solo, pero también me inquietaba ceder parte del control. Sin embargo, sabía que, si alguien podía abrir una brecha en la armadura de Paula, era Cam.

Mientras el reloj marcaba las ocho de la noche, encendí una lámpara de pie y observé la luz cálida extenderse por el despacho. Fuera, la tormenta persistía, envolviendo la casa en una sinfonía de viento y lluvia. Me incliné hacia atrás, cerré los ojos un momento y dejé que la oscuridad me envolviera.

Pensé en Paula, en su determinación, en su rostro serio, pero al mismo tiempo cálido. Pensé en lo que me había dicho, en cómo cada una de sus palabras era como una piedra bien colocada en el muro que protegía su voluntad.

La batalla estaba lejos de terminar. Y yo no iba a retirarme sin luchar hasta el último aliento.

Capítulo 13



Paula

Llevaba horas sentada en el estudio de la mansión, rodeada de papeles y documentos que poco a poco se iban acumulando sobre la mesa de roble viejo. La luz tenue del otoño entraba a través de las ventanas altas, filtrándose entre las cortinas pesadas y dejando reflejos dorados en el polvo suspendido en el aire. El silencio solo se rompía por el ocasional susurro del viento del exterior, que hacía crujir las ramas de los árboles que rodeaban la propiedad.

Yo no podía dejar de mirar los números, las facturas y presupuestos que había intentado hacer encajar desde que recibí la oferta de Lachlan MacDuncan. Cuatro días ya desde que aquel hombre me había traído una propuesta de compra. Y, a pesar de mis mejores esfuerzos por concentrarme en los gastos de restauración, en permisos y costes, mi mente no dejaba de volver una y otra vez a ese nombre, a ese hombre. A su mirada intensa, al modo en que su voz me había hecho estremecer, y a la sensación incómoda, pero extrañamente atractiva, de estar en su presencia.

Me negaba a pensar en él con esa mezcla de resentimiento y deseo, pero era imposible. Lachlan MacDuncan representaba todo lo que yo estaba intentando proteger y, al mismo tiempo, lo que me aterraba perder.

Mientras repasaba los números por enésima vez, la puerta del estudio se abrió con cuidado y una voz familiar rompió mi concentración.

—Paula —dijo Duncan, con ese tono tranquilo y solemne que siempre tenía—, tienes visita. Cameron MacDuncan, el hermano de Lachlan, ha venido a verte.

Sentí un pequeño salto en el pecho. El hermano de Lachlan. ¿Qué podía querer él? ¿Sería acaso un emisario de su hermano para intentar convencerme? O, peor aún, ¿vendría con malas intenciones?

—¿Qué quiere exactamente? —pregunté sin levantar la vista, tratando de mantener la calma.

—Me ha dicho que viene a hablar tranquilamente, sin prisas ni presiones.

Una mezcla de sorpresa y recelo me invadió. No estaba dispuesta a vender la casa, ni siquiera a negociar con ellos. La mansión no era un simple inmueble para mí; era un legado, un pedazo de historia familiar, un hogar en el que Lady Agnes había vivido con dignidad y del que ahora yo era la guardiana.

—Dile que no estoy interesada —respondí con un hilo de voz firme—. Esta casa significa mucho más que un negocio.

Duncan me miró con compasión y respeto, pero me advirtió suavemente:

—Él insiste en que quiere hablar, que no habrá presión. Que le dé una oportunidad para explicarse.

Suspiré, resignada. Aunque mis instintos me decían que no debía bajar la guardia, pensé que al menos una conversación no me haría daño. Tal vez era momento de escuchar sin prejuzgar.

—Está bien —dije finalmente—. Que suba.

Minutos después, la puerta volvió a abrirse y entró Cameron MacDuncan. Su figura alta y esbelta llenaba la estancia con una presencia diferente a la de su hermano. Su cabello negro ligeramente despeinado, sus ojos grises claros y esa sonrisa fácil, desarmante, me hicieron sentir una extraña mezcla de irritación y curiosidad.

Él saludó con cordialidad, sin arrogancia, y tomó asiento frente a mí.

—Gracias por recibirme —comenzó con una voz cálida—. Sé que estos asuntos no son fáciles, pero quería que nos conociéramos y pudiéramos hablar con calma.

Lo observé, intentando descifrar si realmente venía con buenas intenciones o si solo era una táctica para suavizar la oferta de su hermano.

—He estado repasando la historia de la casa, los documentos que su abogado le entregó, y entiendo que no es solo un edificio. Que hay mucho más detrás —dijo, como adivinando mis pensamientos.

Me sorprendió su conocimiento y su sensibilidad. Quizá había más en él que esa imagen de simple socio de negocios.

—No estoy dispuesta a vender —le respondí con sinceridad—. No por dinero ni por presión. Esta casa es parte de nuestra historia, y lucharé por ella.

Cameron asintió con respeto.

—Lo comprendo. Por eso quería invitarla a comer. Sin contratos ni ofertas. Solo una conversación entre personas que respetan lo que esto significa.

Me quedé en silencio, midiendo sus palabras. Su tono y su mirada me hicieron bajar un poco las defensas, aunque la desconfianza seguía ahí, escondida bajo capas de emoción.

—Está bien —acepté con un suspiro—. Comeremos y hablaremos. Pero no se espere milagros.

Cameron sonrió con genuina calidez.

—Eso es todo lo que pido. Y, si puede ser, que me llames Cam.

—Claro, tú puedes llamarme Paula.

Mientras él salía para dejarme prepararme, yo volví a mirar por la ventana. Fuera, las hojas caían lentamente, anunciando un otoño que parecía reflejar mi propio estado: mezcla de melancolía, incertidumbre y una chispa de esperanza.

Tras ponerme el abrigo de paño azul marino y coger el bolso, salí de la mansión a encontrarme con el aire fresco del mediodía, además de con Cameron MacDuncan apoyado en su coche. Al verme, su rostro se suavizó, y noté en sus ojos un brillo amable que me hizo sentir un poco menos tensa, más humana, lejos de toda la presión que me había acompañado los últimos días.

—¿Lista para una aventura gastronómica? —bromeó al abrir la puerta, con esa voz profunda y cálida que contrastaba con el viento frío que nos envolvía.

—Más o menos —respondí, tratando de disimular el nerviosismo que aún me atenazaba—. Pero estoy dispuesta a sobrevivir a tu elección.

Él soltó una carcajada, sincera y sonora, que hizo vibrar el aire y contagió mi propio humor. Cameron tenía esa facilidad para romper el hielo, para convertir lo cotidiano en algo especial, y lo estaba agradeciendo más de lo que esperaba.

Nos dirigimos al pequeño restaurante que había elegido para la comida, un acogedor local de piedra y madera con grandes ventanales que daban a las colinas cubiertas de musgo y helechos, todo envuelto en un gris otoñal que no lograba restar belleza al paisaje.

—Este lugar es un tesoro escondido —me dijo mientras entrábamos—. Cocina tradicional escocesa, y no como las versiones enlatadas que sirven en otros sitios.

Tomamos asiento en una mesa cerca de la ventana, y pronto un aroma a cordero asado, hierbas frescas y pan recién hecho llenó el espacio.

—¿Te apetece probar el *haggis*? —me preguntó con una sonrisa traviesa.

Hice una mueca fingida de horror, pero Cameron rio y dijo:

—No te preocupes, te aseguro que es delicioso. Además, es tradición. Si viajas a Glencoe, tienes que probarlo.

La camarera se acercó y pedimos dos platos principales: un *haggis* con puré de patata y nabos para él, y para mí, salmón ahumado con salsa de eneldo y ensalada fresca, algo más suave pero igualmente escocés. De postre, ambos coincidimos en elegir un *cranachan*, un postre tradicional de nata, miel, whisky y frambuesas.

La conversación fluyó como el agua del río que atravesaba el valle. Cameron contaba historias sobre la vida en las Highlands, sobre cómo había crecido explorando los bosques y lagos cercanos, y sobre su relación con su hermano, más profunda y compleja de lo que había imaginado.

—Lachlan puede parecer un tipo duro —dijo en un tono confidencial—, pero tiene un corazón enorme. Solo que lo protege mucho.

—¿Y tú? —le pregunté con curiosidad—. ¿Cómo te llevas con él?

—Somos polos opuestos —respondió con una sonrisa pícara—. Yo soy más relajado, más de disfrutar el momento. Él, en cambio, siempre está mirando al futuro, siempre con un plan.

No pude evitar reírme ante la descripción, pensando en mi propio choque con Lachlan. Era como si los hermanos representaran dos caras de la misma moneda, y yo estuviera atrapada en medio.

La comida fue deliciosa, y cada bocado parecía mejorar la atmósfera. Me sorprendió lo fácil que era hablar con Cameron, cómo sus bromas y comentarios inteligentes me hacían sentir ligera, casi olvidando por un momento la batalla que tenía por delante con la propiedad.

—¿Sabes? —dijo mientras se servía un poco de whisky que sacó discretamente de su chaqueta—. Esto es lo que realmente me gusta de Escocia: el whisky y las buenas historias para acompañarlo.

Le miré con una ceja levantada, divertida, mientras le veía servirme un poco a mí.

—¿Estás intentando emborracharme?

—Solo si quieres —contestó con una sonrisa ladina—. En realidad, es para que lo pruebes. Es de nuestra destilería.

—Así que además de querer comprar mi propiedad, tenéis una destilería —dije cogiendo mi vaso para dar un sorbo—. Por Dios, esto arde. ¿Cómo podéis beberlo así?

Cameron se rio mientras se recostaba en la silla.

—Te acostumbrarías, estoy seguro.

Después del postre y el café, decidimos salir a caminar. El aire fresco nos recibió con fuerza, despejando cualquier resto de somnolencia o duda. Cameron me condujo por senderos que conocía bien, mostrándome rincones que parecían salidos de un cuento: un claro entre árboles milenarios, un arroyo que cantaba entre las rocas, una antigua cabaña abandonada con la puerta entreabierta.

Cada lugar tenía su historia, y él la contaba con un entusiasmo contagioso.

—Aquí solía venir mi abuelo a pescar —dijo señalando el arroyo—. Me enseñó que la paciencia y el respeto por la naturaleza son esenciales, no solo para pescar, sino para vivir.

Nos sentamos en una roca al borde del agua, y por un momento solo escuchamos el murmullo del río y el viento entre las hojas.

—Paula —dijo entonces con suavidad—, entiendo que esa casa y la tierra significan mucho para ti. Y creo que, aunque mi hermano y yo veamos las cosas desde otro ángulo, quiero que sepas que hay respeto en nuestra intención.

Le miré a los ojos, y por primera vez sentí que no estaba ante un adversario, sino ante alguien que podía entender la complejidad de mis sentimientos.

—Gracias, Cameron. Significa mucho para mí escuchar eso.

El paseo continuó hasta que el sol comenzó a caer, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y morados. Regresamos al coche y Cameron me llevó de vuelta a la mansión. En ese momento me sentí extrañamente en paz, como si un peso se hubiera levantado un poco de mis hombros.

—¿Sabes? —dijo mientras se despedía—. Me gustaría invitarte a cenar este sábado. Para seguir hablando, para compartir más de estas historias.

Sonreí, sintiendo un calor inesperado en el pecho.

—Me encantaría.

Cameron asintió, con esa sonrisa que prometía complicidad y algo más, se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla y se alejó, dejando tras de sí la promesa de un nuevo capítulo, no solo para la casa, sino para mí.

Capítulo 14



Lachlan

La luz de la mañana se filtraba a través de los grandes ventanales de la destilería, iluminando las vigas de roble y las paredes de piedra que durante siglos habían resistido el paso del tiempo, como un guardián silencioso de tradiciones y secretos. El olor a malta, a madera envejecida y a vapor impregnaba el aire, mezclándose con el zumbido constante de las máquinas, ese latido mecánico que marcaba el ritmo de cada jornada.

Caminaba despacio por el pasillo principal, observando con atención los alambiques de cobre, relucientes bajo la luz, donde se producía la magia del whisky. Cada destilación era una ceremonia, un acto casi sagrado que requería paciencia, experiencia y una pasión que no se aprendía en ningún manual. Mi mirada se posó en los barriles de roble apilados en las salas contiguas, donde el líquido dorado reposaba y maduraba, adquiriendo carácter y alma.

Aquella destilería era más que un negocio; era mi legado, el legado de mi familia, un imperio construido con esfuerzo y orgullo. Y en esos momentos de calma relativa, entre el bullicio controlado del trabajo, me sentía conectado a todo lo que había logrado y a lo que aún debía conquistar.

Fue entonces cuando la puerta se abrió con un leve crujido y Cameron entró con su habitual paso ligero, una sonrisa fácil en el rostro que contrastaba con mi semblante más serio. Vestía con la informalidad elegante

que le caracterizaba: camisa desabrochada, vaqueros y botas que mostraban el desgaste de muchas aventuras, pero también de decisiones acertadas.

—¿Cómo te va, hermano? —me saludó con esa voz despreocupada, dejando caer en el aire una energía distinta.

—Bien —respondí sin apartar la vista de un alambique—. ¿Qué me cuentas?

—He estado con Paula —dijo, y pude notar cómo su sonrisa se ampliaba —. Es guapa, simpática y, para ser sincero, tiene un encanto que no esperaba.

Sentí un pinchazo inesperado, un malestar que no supe identificar al instante. Cameron nunca había sido competencia en asuntos de mujeres, pero algo en su tono y en su manera de hablar me hizo arquear una ceja con una mezcla de curiosidad y algo que podría llamar celos, aunque intentaba negarlo.

—¿Y? —pregunté, controlando mi voz—. ¿Cómo fue la comida?

—Genial —contestó, acomodándose en una silla cercana—. Hemos comido platos típicos de Escocia; bueno, ella dice que son típicos... Pero ha sido más que eso. La conversación ha fluido fácil, hemos bromeado, reído. Incluso la he llevado a pasear por Glencoe, mostrándole algunos de los rincones que más me gustan.

—¿Y qué ha dicho?

—Que de momento no piensa vender la mansión. Pero no es solo una cuestión de dinero para ella; parece que hay algo más detrás, algo que la ata a esa casa y a esa tierra.

Guardé silencio, dejando que sus palabras calaran. No era la noticia que esperaba, pero tampoco me sorprendía. Paula no parecía ser la clase de mujer que se rindiera fácilmente.

—¿La has invitado a cenar? —quise saber, aunque una parte de mí ya lo sabía. Ese era su modus operandi: invitar a una mujer que le atraía a invitar, y sin duda, Paula le atraía.

—Sí —respondió con una sonrisa—. El sábado. Creo que podemos saber más el uno del otro, que la conversación puede seguir.

Aquella pequeña revelación hizo que la atmósfera en la destilería cambiara para mí. Me quedé observando el alambique, intentando entender por qué sentía esa punzada incómoda, ese extraño vértigo cuando Cameron hablaba de que había hablado con ella y parecía arrancarle sonrisas que yo no había conseguido.

Cuando Cameron salió de la sala, dejándome solo entre los barriles y el aroma penetrante del whisky, me hundí en una profunda reflexión.

¿Por qué Paula no sonreía conmigo? ¿Por qué con Cameron parecía ligera, risueña, casi feliz?

Esa idea me atormentaba más de lo que quería admitir.

Me dirigí a mi despacho, una estancia amplia con vistas al valle, donde los rayos del sol entraban atravesando cortinas pesadas de lino, dando al espacio un aire de refugio. Cerré la puerta tras de mí y me senté en el escritorio de roble macizo, sacando una botella de whisky que había reservado para ocasiones especiales. Serví un vaso, dejando que el líquido dorado brillara bajo la luz, y lo bebí despacio, sintiendo el calor que se extendía por mi pecho.

Saqué un cuaderno de notas y empecé a escribir, a trazar líneas, números, ideas, cifras que podrían convencerla, estrategias para forzar la venta. Pero mi mente no podía despegarse de ella, de su mirada, de su orgullo y esa fuerza silenciosa que desprendía.

Finalmente, cogí el móvil y escribí un mensaje corto, preciso.

Lachlan: *Sera, te quiero en la destilería en una hora.*

El pulso se me aceleró. Sabía que lo que iba a ocurrir con Seraphina sería intenso, necesario. Pero en el fondo, una parte oscura de mí se negaba a olvidar a Paula, a ignorar esa sensación que había despertado en mí, una mezcla de desafío y deseo que no lograba comprender.

Mientras el reloj avanzaba, me preparé para lo que vendría, con la mente dividida entre dos mujeres que representaban dos mundos diferentes, dos facetas de mi vida que estaban a punto de colisionar.

Una hora después, puntual como un reloj suizo, la puerta de la destilería se abrió con un crujido sordo y allí estaba ella. Seraphina, como una visión surgida de un sueño turbulento, con esos ojos verdes que parecían atravesar la penumbra y clavar su fuego en mi alma. Su porte, elegante y desafiante, desentonaba en la robusta austeridad del lugar, pero precisamente eso la hacía aún más fascinante.

El aire se espesó con la mezcla de madera vieja, el aroma penetrante del whisky y el perfume embriagador que emanaba de ella, un perfume dulce, casi prohibido, que me hizo la respiración más pesada sin que pudiera evitarlo.

—Has hecho esperar al tigre —dije en voz baja, con una mezcla de desafío y deseo contenida.

—No tanto como tú me hiciste esperar a mí —respondió con una sonrisa que tenía el poder de desarmarme y excitarme a partes iguales.

Cerré el cuaderno y aparté las ideas de negocios, porque en ese instante, solo importaba lo que mi cuerpo quería.

Me acerqué lentamente, disfrutando del juego de tensión que se formaba entre nosotros, un tira y afloja que nos había definido durante años, una danza que ahora volvía con más fuerza, con la urgencia contenida de un volcán a punto de estallar.

Sus ojos, esos verdes intensos, eran un mar en calma antes de la tormenta, una promesa de lo que estaba por venir.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, fue como si el mundo se redujera a aquel pequeño despacho, al calor que ya empezaba a emanar de nuestros cuerpos, a la electricidad palpable en el aire.

Un roce inicial, apenas un roce de dedos, rompió el hielo. La distancia desapareció, y nos fundimos en un beso profundo, cargado de necesidad y deseo. Su piel bajo mis manos era suave, pero firme, un contraste que me enloquecía.

Sus labios se adueñaron de los míos con una mezcla de desafío y necesidad, un beso que fue creciendo en intensidad, que nos empujaba a uno y otro lado del límite.

Deslicé mis manos por su espalda, notando el calor que emanaba de su cuerpo y el temblor contenido bajo su piel. Ella me atrapó con fuerza, como si quisiera poseerme, desafiarme a resistirme.

Las barreras que nos habíamos impuesto se desmoronaron, y la pasión se hizo dueña absoluta de aquel despacho, donde nos entregamos a un baile frenético, a un juego sin reglas ni frenos.

Su boca recorrió mi cuello, dejando un rastro ardiente que encendió cada fibra de mi ser. Sus uñas se clavaron en mis hombros, dejando marcas que se fundían con el calor creciente.

Desabotoné su blusa con rapidez, liberando la piel desnuda que imploraba ser tocada. Sus pezones se endurecieron al contacto, y un suspiro escapó de sus labios entreabiertos.

La camisa cayó al suelo, y ella hizo lo mismo con la mía, dejando a la vista músculos tensos y piel bronceada, contrastando con la palidez de la suya.

Cada caricia era un huracán, cada roce una promesa de tormenta. La ropa fue desapareciendo, testigo mudo de la voracidad con la que nos devorábamos.

La tumbé en el escritorio, un mueble pesado y robusto que parecía desafiar la pasión desatada, pero que terminó cediendo ante el ímpetu de nuestras manos y cuerpos.

Su aliento se mezclaba con el mío, y el mundo entero parecía haberse reducido a aquel cuarto, a ese instante suspendido en el tiempo.

Me incliné hasta encontrar su sexo, ese que lamí y mordí a placer mientras ella gritaba y movía las caderas en busca de más, hasta que llegó a su primer orgasmo y en un movimiento rápido bajó del escritorio para arrodillarse ante mí y devorar mi miembro como si de su plato favorito se tratase.

Veía a Seraphina, veía sus ojos, veía su rostro… Pero, por alguna extraña razón, mi mente no pensaba en Seraphina.

La levanté e hice que se girara hasta quedar de espaldas a mí, apoyé sus manos en el escritorio, elevé sus caderas y embestí con fuerza, penetrándola hasta lo más hondo de su ser, haciendo que gritara y su cuerpo se estremeciera bajo el tacto de mis manos.

Me movía rápido y fuerte, penetrándola una y otra vez, cada una más profunda que la anterior.

Los gemidos se escapaban sin control, sonidos prohibidos que solo nosotros entendíamos. Ella me dominaba con su fuerza y sensualidad, con esa mezcla de orgullo y entrega que siempre me había fascinado y exasperado a partes iguales.

La recosté de nuevo en el escritorio y volví a hundirme en ella, a llenarla y a follarla como a los dos nos gustaba. Entre nosotros no había romanticismos, no había ternura. El nuestro era puro sexo rudo y salvaje.

El roce de su piel contra la mía, el sabor de sus labios, el calor de sus manos que exploraban cada centímetro, encendían una llama imparable.

Cada vez que parecía que habíamos llegado al límite, volvíamos a subir el volumen, entregándonos con una necesidad insaciable.

Nuestros cuerpos se fundieron en un abrazo tan intenso que parecía absorbernos, una vorágine de placer, rabia, deseo y recuerdos.

Entre cada pausa, nuestras miradas se encontraban, y en esos instantes fugaces, la pasión se mezclaba con algo más profundo, una conexión que no siempre éramos capaces de nombrar.

Y, sin embargo, mientras me perdía en aquella tormenta de sensaciones, una imagen no dejaba de aparecer en mi mente: Paula. Su mirada desafiante, su orgullo, la manera en que había rechazado mi oferta con tanta fuerza.

Me preguntaba cómo sería estar con ella, cómo se sentiría tenerla cerca, poder tocarla, escuchar su risa. Ver su rostro cubierto por el deseo, sus ojos brillantes mirándome mientras la penetraba una y otra vez.

La idea me quemaba, era un fuego diferente, más dulce, más complicado.

Pero allí estaba Seraphina, ardiente y dominante, reclamando mi atención con cada suspiro, con cada roce.

Cuando por fin llegamos al clímax, fue una explosión de sentidos y emociones. Nos aferramos el uno al otro, temblando, mientras el eco de nuestra pasión llenaba el despacho.

Ella me miró con una mezcla de triunfo y afecto peligroso, esa sonrisa ladina que sabía utilizar tan bien.

—Eres mío, Lachlan —susurró—. No lo olvides.

Se levantó con elegancia y se vistió de nuevo con rapidez y precisión, dejando un rastro de su perfume que llenaba todo el despacho.

Antes de salir, me lanzó una última mirada que era una amenaza y una promesa.

Yo me quedé allí, hundido en el sillón, con el corazón latiendo a mil, la respiración acelerada y el whisky ardiendo en mi garganta.

A pesar de todo el fuego que acabábamos de compartir, no podía dejar de pensar en Paula. Algo dentro de mí se había despertado, algo que no lograba comprender ni controlar.

El deseo era solo una parte, pero había algo más. Algo que estaba seguro de que me haría cambiarlo todo.

Capítulo 15



Paula

El cielo sobre las Tierras Altas parecía pintado con una acuarela suave de grises y azules, cubierto por nubes bajas que se deshilachaban como lana entre los montes. La humedad del ambiente acariciaba mi piel y hacía que mi cabello se ondulara más de lo habitual. Estaba nerviosa, lo admito. Después de tantos años fuera de Escocia, volver de esta manera, heredando una casa que apenas recordaba de niña, y con un pueblo entero esperando para conocerme, me parecía surrealista.

La fiesta la organizó el comité local de bienvenida, con la bendición, según me había dicho Eloisa, mi querida Eloisa, de algunos nombres importantes del pueblo. Se celebraba en el antiguo salón comunitario de Glencoe, una construcción de piedra gris con techos de vigas de madera y ventanas altas que dejaban entrar la luz suave del atardecer. Habían decorado el interior con guirnaldas de ramas secas, flores silvestres y farolillos. Una mezcla entre rusticidad y encanto.

Apreté ligeramente las manos al entrar, respirando hondo. Llevaba un vestido de lana color borgoña, entallado en la cintura, con botas altas negras y el cabello suelto, ligeramente despeinado por el viento. Había elegido algo sencillo, pero con personalidad. No quería parecer que venía a impresionar, aunque, por dentro, necesitaba agradar.

—Ah, ahí está la señora Gómez, la nueva dueña de *Dunrannoch House* — anunció alguien en voz alta, lo suficiente como para que varias cabezas se

giraran hacia mí.

Esbocé una sonrisa mientras me acercaba.

—Por favor —dije, con tono cordial—, llamadme Paula. "Señora" suena a abuela y tengo treinta años, no sesenta.

Algunas risas suaves estallaron aquí y allá, y eso ayudó a relajar el ambiente.

Un hombre delgado, con mejillas coloradas por la bebida o el frío, me ofreció una copa de vino caliente especiado.

—Para el frío —explicó—. Y para el alma, si es que el alma sufre por estar tan lejos de casa.

—A veces sí —admití, aceptando la copa—, pero Escocia tiene lo suyo. Aunque... aún estoy en fase de exploración.

Durante la primera hora, hablé con más personas de las que podría recordar. Parecía que todos los del pueblo querían presentarse. Viejos conocidos de Lady Agnes, como la señora Kinnaird, una dama de mirada aguda que me agarró la muñeca y dijo:

—Tenías tres años cuando viniste aquella vez. Corrías por el jardín tras las gallinas y llamabas a Lady Agnes “nona”.

Me emocionó ese recuerdo. Apenas lo tenía yo, pero que alguien lo recordara por mí me dio una extraña sensación de pertenencia.

También me hablaron de la historia de la casa, de los inviernos nevados, de los bailes antiguos, de cómo Lady Agnes había mantenido vivas ciertas tradiciones. Y con cada historia, me sentía menos forastera, más conectada.

Claro que no todo era simpatía.

Un par de mujeres, más jóvenes que la señora Kinnaird pero igual de afiladas con la lengua, cuchicheaban a pocos metros de donde yo charlaba

con Euan, el jardinero que parecía más cómodo entre plantas que entre personas.

—Seguro que viene a venderlo todo y marcharse —susurró una—. Estas "influencers" solo piensan en dinero rápido.

—Una española cocinera en nuestra casa ancestral —respondió la otra—. Lady Agnes estaría revolviéndose en la tumba, si no fuera porque ella misma la puso en el testamento.

Me dieron ganas de responder, pero me contuve. No era el momento. Además, sabía que parte del trabajo de vivir aquí sería ganarme la confianza, no imponerla.

En medio del bullicio, vi a Eloisa de pie junto a una mesa de tartas y panes caseros. Llevaba su moño blanco perfectamente recogido y un vestido oscuro con delantal gris. Estaba de espaldas, arreglando algo, pero su sola presencia me calmó. Ella era uno de los pocos pilares sólidos que tenía en esta transición. Me acerqué.

—¿Todo bien? —le pregunté, apoyando la mano en la mesa.

—Si los pasteles se acaban antes de que corten el pastel de avena, no. —Me miró con expresión seria, pero sus ojos azules brillaban con ironía—. Pero sí, va bien. Aunque... cuidado con los chismes. Las lenguas aquí son más afiladas que los cuchillos de cocina.

—Ya lo he notado —respondí con una sonrisa cansada.

—Y aún no ha llegado lo peor —añadió en voz baja.

—¿Lo peor?

Y justo en ese momento, como si fuese invocada, ella apareció.

Una mujer que, según me dijo Eloisa, se llamaba Seraphina, entró al salón como si fuese una pasarela. Iba vestida con un abrigo largo de lana italiana color crema, con botas altas de tacón y el cabello platino perfectamente peinado en ondas sueltas. Sus labios rojos brillaban bajo la luz cálida del

lugar, y su mirada recorrió la sala con una mezcla de interés y desprecio medido. Como quien evaluaba si valía la pena quedarse o hacer acto de presencia y marcharse.

Algunas personas se giraron. Otras bajaron la vista. Pero todos notaron su llegada.

Yo no sabía exactamente quién era, pero algo en su forma de caminar, segura y calculada, me puso en alerta.

Se dirigió directamente hacia mí, como si llevara toda la tarde esperando ese momento.

—Paula, ¿verdad? —su voz era dulce, empalagosa como un postre que ya olía a exceso antes de probarse—. Encantada. He oído hablar tanto de ti...

—Espero que para bien —respondí, tendiendo la mano.

Ella la cogió, pero no la apretó. Fue más un gesto de decoración que de cordialidad.

—Lady Agnes y yo éramos… bastante cercanas. De hecho, pasé varias temporadas en la casa. Fue una sorpresa enterarme de que te había dejado la propiedad. Una gran sorpresa, la verdad. —Sus labios se curvaron en una sonrisa perfectamente estudiada.

—Sí, para mí también —respondí, firme, pero sin levantar la voz.

—Supongo que ahora estarás pensando qué hacer con ella. ¿Vender? ¿Hacer algún tipo de… contenido para redes? —Soltó una risa leve—. He visto tu canal. Muy entretenido.

—Gracias. Lo disfruto mucho.

—Claro —continuó—. Aunque no sé si el espíritu de la casa será compatible con... influencers, cámaras y recetas fusionadas con tofu.

Noté varias miradas dirigiéndose hacia nosotras. Algunas curiosas, otras claramente divertidas. Me hervía la sangre.

—Bueno —repliqué—, también hago estofado de ciervo, pan de centeno y mermeladas caseras. Lady Agnes lo sabía.

Seraphina frunció ligeramente el ceño. Primera grieta en su fachada.

—Interesante. Supongo que el tiempo dirá si puedes con el legado.

—Eso mismo pensaba decirte —respondí con una sonrisa muy parecida a la suya—. El tiempo lo dirá.

Fue entonces cuando una voz masculina se interpuso entre nosotras:

—¿Todo bien?

Cameron MacDuncan apareció a mi lado como si lo hubiese invocado con la mente. Su sonrisa era despreocupada, casi juguetona, y su postura relajada contrastaba con la tensión entre Seraphina y yo. Él tenía ese aire de hombre que sabía moverse en cualquier entorno, que entendía los silencios y sabía cuándo romperlos.

—Perfectamente —respondí, aunque agradecí la interrupción.

—Entonces permíteme secuestrarte un momento. —Se volvió hacia Seraphina con una inclinación de cabeza—. Sera.

—Cam —dijo ella, seca, aunque le regaló una mirada que casi goteaba veneno.

Cameron me ofreció el brazo, y yo lo acepté. Mientras nos alejábamos, sentí su mano en la parte baja de mi espalda, cálida, firme, como una promesa de protección o quizá de juego. No lo sabía aún.

Pero cuando estábamos a punto de cruzar la puerta, otra figura nos interceptó. Lachlan MacDuncan.

La imponente figura de Lachlan se alzó frente a nosotros con su porte arrogante, su cabello oscuro revuelto por el viento y esa expresión inescrutable que parecía medirlo todo sin mostrar nada.

—Iba a acompañarla —dijo, dirigiéndose a mí. Su voz era grave, profunda, con un acento escocés marcado pero elegante.

—Ya me encargo yo, hermano —respondió Cameron sin perder la sonrisa.

—No preguntaba —contestó Lachlan, seco, clavando los ojos tormentosos en los míos.

Tuve un segundo de duda. Su mirada me atrapó, como si detrás de ese gesto frío hubiese algo más. No era deseo, tampoco celos. ¿Orgullo? ¿Protección? ¿Desconfianza? No supe identificarlo. Pero me removió por dentro.

Y, aun así, tomé una decisión.

—Gracias, pero me voy con Cameron —dije.

Vi cómo los músculos de su mandíbula se tensaban ligeramente, pero Lachlan no dijo nada más. Se giró y volvió dentro con la misma energía que una tormenta que se alejaba sin descargar.

Y así, con la mano de Cameron aún en mi espalda, salimos del salón y nos dirigimos a la mansión MacDuncan, según me dijo cuando subimos a su coche.

La mansión MacDuncan se alzaba sobre una colina cubierta de brezos y robles centenarios, como un guardián de piedra que llevaba siglos observando los valles y resistiendo el paso del tiempo. Era majestuosa, pero no ostentosa. Tenía ese aire de nobleza antigua, sólida, que no necesitaba gritar su poder.

Mientras el coche de Cameron ascendía por el camino de grava iluminado por faroles de gas, yo me sentía como una visitante en una novela. El aire frío entraba por la rendija de la ventanilla entreabierta, trayendo consigo el olor a musgo, tierra húmeda y madera vieja. Cameron conducía con una mano en el volante y la otra descansando sobre su muslo, relajado, como si llevarme allí fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Te estás arrepintiendo? —preguntó, con media sonrisa, sin apartar la vista del camino.

—¿De venir contigo?

—Ajá.

—Todavía no —respondí, cruzando los brazos—. Pero eso puede cambiar en cualquier momento.

Soltó una risa leve, cálida.

—Me gusta eso de ti. No dejas que nadie te arrastre.

—Lo intentan igual.

—Sí. Especialmente algunos.

Su tono se volvió ligeramente más serio. No dijo nombres, pero sabía a quién se refería. Y no solo a Seraphina.

Llegamos a la entrada principal, flanqueada por columnas gruesas de piedra gris. Una gran puerta de madera tallada, con herrajes negros antiguos, se abrió ante nosotros cuando un mayordomo alto y delgado, que parecía sacado de otro siglo, nos recibió con una inclinación de cabeza.

—Señor MacDuncan. Señora Gómez.

—Gracias, Malcolm. Vamos al ala sur —dijo Cameron, y sin más, me guió hacia el interior.

El interior de la mansión era cálido y silencioso, iluminado por lámparas de pared y candelabros de hierro forjado. Las paredes estaban cubiertas de retratos familiares, paisajes brumosos y escenas de caza. Pero Cameron no me llevó por el pasillo principal.

Giramos hacia un ala más discreta, con techos algo más bajos y suelos de madera oscura que crujían ligeramente al caminar. El ala sur.

—Aquí es donde vivo yo —dijo—. Lachlan prefiere la parte norte, más formal, más "gran señor de la casa". Yo me quedé con esta parte… más tranquila, más mía.

La primera habitación que me mostró fue una especie de salón privado, con una chimenea encendida, estanterías llenas de libros de tapa dura y una alfombra persa desgastada en el centro. Había una guitarra apoyada contra un sillón y una manta escocesa extendida sobre el respaldo de un sofá de terciopelo verde oliva.

—¿Tocas? —pregunté con curiosidad, porque eso sí que no me lo esperaba.

—Un poco. Cuando no estoy intentando salvar el negocio familiar o esquivar compromisos matrimoniales impuestos por la alta sociedad escocesa —bromeó.

—Vaya vida llevas. Lamento que tengas que entretener a una influencer aficionada al tofu en tus ratos libres.

Cameron se rio de buena gana.

—¿A ti también te lo dijo?

—Con esa voz melosa, sí. Me entraron ganas de tirarle un pastel a la cara.

—Te habría ayudado —respondió—. Pero ya le has dado donde más duele: ignorándola.

Pasamos a un pasillo estrecho con ventanas al jardín sur, donde las sombras de los árboles se proyectaban sobre el cristal. Finalmente, llegamos a una puerta doble de roble oscuro.

—Este es mi despacho. Ven, te invito a una copa. Después de esa fiesta, te la has ganado.

Asentí, sintiendo algo de curiosidad. Al entrar, me sorprendió el contraste con lo anterior.

Era una estancia elegante, pero acogedora. Tenía un enorme escritorio antiguo de nogal frente a una ventana en arco que daba al lago. Estanterías repletas de libros, documentos, botellas de whisky, fotografías familiares enmarcadas y hasta un viejo telescopio de latón en una esquina.

—Bonito lugar —comenté, mirando alrededor—. Parece que aquí sí se puede pensar con claridad.

—O perderla, depende del whisky —bromeó, mientras se acercaba a una pequeña barra donde había una colección impresionante de botellas.

Sirvió dos vasos de una de las botellas y me ofreció uno. El cristal estaba templado al tacto, y el aroma era ahumado, intenso.

—¿No temes que me emborrache y revele mis secretos más oscuros?

—Al contrario. Me encantaría conocerlos.

Nos sentamos frente a la chimenea en dos sillones de cuero. Cameron se desabotonó el primer botón de la camisa y se acomodó como si llevara años en esa pose. Yo me mantuve algo más recta, todavía alerta.

—¿Por qué viniste conmigo? —preguntó de pronto, sin rodeos.

—¿Querías que me fuera con Lachlan?

—No. Pero lo miraste antes de decidir.

—¿Y tú lo viste?

—Claro. No se te escapa nada a ti, ¿verdad?

—No, si me están observando como si fuera un examen.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El fuego crepitaba y el whisky ardía suavemente en la garganta.

—Me gustas, Paula —dijo finalmente, bajando el tono de voz—. No por lo exótica ni por lo misteriosa. Me gustas porque no finges, porque no te tragas

las tonterías y porque tienes fuego en los ojos cuando alguien te toca la fibra.

Tragué saliva. No supe qué responder, esa era la verdad. Nadie me había dicho algo así en mucho tiempo. Y menos de forma tan directa.

—Bueno… no todo el mundo aprecia una mujer con fuego —repliqué—. A algunos les quema.

—Y a otros les calienta —susurró, acercándose un poco más.

Podía oler el whisky en su aliento, pero no era embriaguez lo que vi en su mirada. Era deseo. Honesto, sin presión.

Me miró a los labios. Yo lo noté y no me aparté.

Se acercó poco a poco, hasta que sus labios rozaron los míos con una suavidad que no esperaba. Era un beso dulce, tentativo, más promesa que conquista. Y le correspondí.

Mis dedos se apoyaron sobre su camisa, notando la firmeza de su torso, el calor de su cuerpo. Su mano se deslizó por mi cintura, despacio, sin prisa. Me sentí atraída por él, por su forma de moverse, por la conexión que surgía sin que tuviera que forzar nada.

Y entonces, justo cuando sus dedos rozaron el borde de mi espalda baja y su beso se volvió un poco más profundo, me aparté.

—Es mejor que me marche —dije, con voz suave pero firme.

Él se quedó quieto unos segundos. No insistió. No se molestó. Solo asintió, sonriendo.

—Lo entiendo. No hay prisa.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, luego me levanté, respirando hondo.

—Gracias por la copa. Y por enseñarme el ala sur de la mansión de los MacDuncan.

—Te recogeré el sábado por la noche. Te lo prometí.

—¿Para cenar?

—Y para seguir perdiendo la cabeza, si me dejas.

No respondí, pero sonreí de medio lado mientras él me acompañaba a la entrada principal. Fuera, la noche había caído completamente. El aire olía a tierra húmeda y a leña.

Cuando subí al coche de Cameron para que me llevara a mi mansión, sentí que algo había cambiado. No solo entre Cameron y yo, sino en mí.

No sabía aún si estaba jugando con fuego o si solo era un poco de calor después de un largo invierno emocional.

Pero por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de averiguarlo.

Capítulo 16



Lachlan

El aire estaba fresco aquella noche en Glencoe, pero no era un frescor que invitara a relajarse; más bien parecía un aviso sutil, un presagio que ponía en alerta. Aquel día, la fiesta en el pueblo había terminado hacía un par de horas, y mientras el último grupo de vecinos se dispersaba, yo aún no conseguía apartar de mi mente el rastro amargo que había dejado Seraphina.

Había pasado toda la velada observando, escuchando con atención. Era imposible ignorar la tensión que su presencia provocaba, esa mezcla entre admiración y recelo que se palpaba en el ambiente. Los susurros y miradas de soslayo confirmaban lo que ya sospechaba: la manipulación silenciosa de Sera iba calando entre la gente.

Me apoyé contra la pared fría del viejo almacén donde guardaban todo lo que se ponía cuando había un evento en este lugar, y repasé en mi mente cada palabra, cada gesto, cada insinuación.

Desde hacía semanas se hablaba en Glencoe sobre Paula, la recién llegada, la española que había heredado la mansión de Lady Agnes. Para muchos, era una extranjera sin raíces, alguien que podía alterar el equilibrio y la tradición del valle. Y para Seraphina, era una amenaza a sus planes.

—Dicen que Seraphina no se detendrá hasta que la eche de aquí —me comentó Duncan, mientras ayudaba a guardar las mesas plegables—. Que está empeñada en comprar la propiedad.

—¿Comprar? —respondí, con una mezcla de incredulidad y enfado—. Sabía que tenía ambiciones, pero no creí que fuera tan descarada.

Duncan encogió los hombros.

—Nunca se sabe con esa mujer. Juega a largo plazo. Y no hay que olvidar que sabe moverse en estos círculos mejor que nadie.

Las palabras de Duncan se clavaron en mi pecho como una daga. No quería imaginar que Seraphina estuviera moviendo hilos tan oscuros, pero los indicios crecían día a día.

Fue entonces cuando decidí buscarla, enfrentarme a ella y aclarar las cosas de una vez.

La encontré a la salida del pueblo, donde las piedras de la antigua fábrica reflejaban la luz de la luna, y el viento hacía bailar su abrigo de *tweed* con un aire de majestuosidad. Su cabello brillaba como un faro bajo la noche.

—No esperaba verte aquí tan tarde —dije, con mi voz firme y sin espacio para rodeos.

Ella me miró con esa mezcla de arrogancia y diversión que solía utilizar para desarmar a cualquiera.

—Lachlan —respondió, con ese tono dulce pero cargado de desafío que solía emplear—. Me alegra que finalmente te hayas decidido a hablar conmigo. Pensaba que te esconderías detrás de tu orgullo un poco más.

Me acerqué un paso más, hasta quedar a tan solo un metro.

—¿Qué pretendes con todo esto? —exigí, señalando con un gesto la villa donde se había celebrado la fiesta—. ¿Por qué sembrar dudas sobre Paula delante de todos? ¿Qué ganas con desacreditarla?

Seraphina soltó una risa corta y seca, sin ningún atisbo de humor.

—Estoy poniendo orden a las cosas, querido —dijo, paseando la mirada sobre mí como si fuera un objeto que debía evaluar—. Esa niña no puede

venir de otro país y pretender hacerse con lo que por derecho le pertenece a cualquier escocés de Glencoe.

Noté que cada palabra que pronunciaba estaba medida, calculada para herir, para sembrar discordia.

—Por derecho le pertenece a ella —repliqué, conteniendo el enfado—. Lady Agnes la nombró heredera en su testamento. Otra cosa es que alguien quiera comprar la propiedad, pero mientras esté en manos de Paula, es ella quien manda.

Los ojos de Seraphina se estrecharon con una expresión que casi parecía una mueca de desprecio.

—Claro, claro —replicó con sorna—. Pero como no te des prisa, alguien más podría adelantarse y arrebatarte lo que tanto deseas tener.

Sentí un frío que no venía del viento.

—¿Y tú qué sabes de eso? —pregunté, tratando de mantener la calma—. ¿Acaso tú vas a ser esa persona que intente arrebatármelo?

Se giró lentamente, dejando tras de sí una estela de perfume caro y de amenaza velada.

—Por ahora solo aviso, Lachlan. Solo aviso.

La observé alejarse, sintiendo cómo un torbellino de pensamientos me invadía. Aquellas palabras resonaban con una verdad inquietante, pero había algo más, algo que no lograba identificar con claridad.

Pensé en Paula. En su fuerza, en su dignidad al enfrentarse a Seraphina, y en cómo había preferido marcharse con mi hermano Cameron aquella noche. Y entonces, un sentimiento inesperado se instaló en mí. Celos. Sí, celos. Porque en ese instante, comprendí que no solo luchaba por una propiedad, sino por algo mucho más personal.

Regresé a casa con el peso de la conversación pesando en mis hombros. La noche estaba ya avanzada y la casa parecía demasiado grande y silenciosa sin

ella.

Caminaba por el despacho, con la mirada perdida en las sombras que las llamas de la chimenea proyectaban en las paredes, cuando Cameron entró, con su habitual sonrisa despreocupada.

—¿Y bien? —preguntó, con ese tono ligero que solía utilizar para disimular la curiosidad—. ¿Cómo fue la conversación con Sera?

Suspiré, frotándome la nuca.

—Más o menos lo que esperaba. Está jugando sucio, intentando poner a Paula contra las cuerdas. Dice que Paula no es de aquí y que no debería estar intentando quedarse con la casa.

Cam se rio.

—Eso es Sera en estado puro. Siempre ha querido controlar todo en Glencoe, y si hay alguien que amenaza su pequeño imperio, lo intenta destruir.

—Pero esta vez me temo que está yendo demasiado lejos —confesé—. Paula no es cualquiera. Y, además, no la ha tocado personalmente, pero ha sembrado dudas entre los vecinos.

Cam me miró serio por un momento y luego volvió a sonreír.

—Bueno, lo importante es que Paula sabe a lo que se enfrenta. Y, además, tú estás aquí para proteger la propiedad; te acabarás haciendo con ella y nadie podrá quitártela.

La idea me confortó, pero también me hizo pensar en lo que había sentido esa noche. En los celos, en la extraña mezcla de protección y posesión que despertaba esa mujer en mí.

—¿Y qué pasa con esta noche? —pregunté—. ¿Por qué Paula se fue contigo y no conmigo?

Cam me lanzó una mirada pícara.

—No sé, quizás porque soy más divertido.

La ignoré con una sonrisa forzada.

—No, es otra cosa. Lo sé.

Cam alzó las cejas, interesado.

—¿Celos?

Gruñí.

—No es eso —o al menos no solo era eso, pero no se lo dije—. Es algo más complicado.

Cam se acercó, apoyándose en el marco de la puerta.

—A veces la vida es complicada, hermano. Y las mujeres, especialmente.

Solté una risa amarga.

—Sí, especialmente.

Aquella noche, mientras el viento seguía cantando entre los pinos y la luna ascendía sobre Glencoe, me quedé despierto, dándole vueltas a todo.

A Paula, a Seraphina, a Cameron. A la propiedad. A la tierra que podría ser de mi familia durante las próximas generaciones, y que ahora, de repente, parecía más vulnerable que nunca.

Pensé en lo que Seraphina había dicho: que alguien podía adelantarse y quitarme aquello que deseaba.

¿Quién podría ser? ¿Y cómo podía proteger aquello que yo quería conseguir aunque por derecho legítimo era suyo, sin perderme en mis propios sentimientos?

Me acerqué a la ventana y miré hacia la villa iluminada a lo lejos. Sabía que la batalla no había hecho más que empezar.

Y yo estaba decidido a no dejar que nadie se interpusiera en mi camino. Ni siquiera Seraphina. Ni siquiera yo mismo.

Capítulo 17



Paula

Era sábado por la noche en Glencoe y el aire fresco de la sierra se colaba por las ventanas abiertas de la casa. Había pasado el día entre nervios y pensamientos, intentando distraerme, pero sin éxito. Sabía que aquella noche sería diferente, que algo en el aire me lo decía con insistencia. Cameron había dicho que pasaría a recogerme a eso de las nueve, y aunque siempre había sido independiente y un poco escéptica con las citas y el amor, esa expectativa contenida me hacía sentir algo parecido a la ilusión.

Cuando escuché el motor del coche detenerse en la entrada, mi corazón dio un vuelco. Él bajó del coche con esa sonrisa serena y segura que había descubierto que lograba desarmarme. Tenía esa manera de caminar que parecía decir: “Esta noche será especial”.

—¿Lista para una velada diferente? —me preguntó, ofreciéndome la mano.

Sonreí, sintiendo cómo mis dedos se entrelazaban con los suyos sin dudar. La simple conexión de la piel me hizo sentir ligera, como si el mundo se hubiera encogido para nosotros dos.

—Siempre lista —respondí, intentando esconder el temblor en mi voz.

Mientras nos alejábamos de mi casa, el camino hasta su mansión fue un silencio cómodo, roto solo por nuestras risas ocasionales y el suave ronroneo del motor. La luna asomaba tímidamente entre las nubes, creando un cielo de

sombras y plata que me hacía pensar en cuentos antiguos, en historias de misterio y magia.

Al llegar, Cameron abrió la puerta con ese gesto caballeroso que me hacía sentir única. La casa estaba en penumbra, pero él me guió por un pasillo hasta el ala sur, donde todo estaba dispuesto con una elegancia sencilla y cálida. El salón parecía salido de una novela: un mantel de lino blanco extendido sobre la mesa, cristalería fina que reflejaba la luz de los candelabros y aromas que despertaban el apetito.

Había una bandeja con marisco fresco, langostinos, mejillones y vieiras que brillaban como joyas marinas. A un lado, un suculento asado de carne, perfectamente dorado, acompañado de patatas y verduras asadas que desprendían un maravilloso olor a hogar. Para el postre, un *cranachan* típico escocés esperaba en copas de cristal, con su mezcla de frambuesas, nata, avena tostada y el toque inconfundible del whisky.

Cameron me ofreció una copa de un vino tinto profundo y terroso, con un sabor dulce y afrutado que me sorprendió.

—Para celebrar esta noche —dijo, levantando su copa con una sonrisa que hacía que mis mejillas se tiñeran de rojo.

Brindamos, y el calor del vino recorrió mi garganta, despertando todos mis sentidos.

Mientras cenábamos, la conversación fluyó con naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida. Él habló de su infancia en Glencoe, de los inviernos duros y las largas noches junto al fuego, y yo compartí recuerdos de mi vida en España, la nostalgia que a veces me envolvía y la esperanza que ahora sentía al estar aquí.

—¿Sabes? —me dijo en un momento—, pensaba que ya nada me sorprendería. Pero tú... tú lo haces cada día.

Lo miré, intentando leer en sus ojos lo que sus palabras no decían, y sentí un calor que iba más allá de la comida o el vino.

—Y tú me haces sentir que pertenezco aquí —le respondí, sin poder evitar que mi voz temblara.

Después de la cena, Cameron me sirvió un vaso pequeño con whisky de la destilería MacDuncan, una joya familiar que cuidaba con mimo junto a su hermano. Lo tomamos despacio, dejando que el sabor intenso y ahumado nos envolviera.

—Este whisky tiene historia, igual que este lugar —comentó, mirándome con una mezcla de orgullo y vulnerabilidad.

—Es como tú —bromeé—. Tradición y misterio.

Nos reímos, y ese momento de complicidad me hizo olvidar cualquier inseguridad que aún pudiera quedarme.

De repente, él se levantó y me tendió la mano.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Sin decir nada más, me llevó hasta la terraza. Fuera, la brisa acariciaba mi rostro con suavidad y el cielo nocturno se desplegaba en un manto de estrellas que parecían tan cerca que casi podía tocarlas.

El silencio del valle nos envolvía, y solo se escuchaba el susurro del viento entre los árboles y nuestros propios latidos acelerados.

Nos quedamos allí, quietos, mirándonos como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros solos.

—Paula —dijo Cameron, sosteniendo mi rostro entre sus manos—, no sé qué me pasa, pero no puedo resistirme a ti.

Sus labios rozaron los míos con una suavidad que se transformó en necesidad. Le correspondí con intensidad, dejando que todo lo que había contenido hasta entonces fluyera en ese beso profundo y lleno de promesas.

Sentí el calor de su cuerpo acercarse al mío, la respiración entrecortada, el roce de sus manos que me recorrían con un tacto ardiente y reverente a la

vez.

Mis pensamientos se mezclaban con la sensación del momento, recordándome que a veces la vida te sorprendía cuando menos lo esperabas.

¿Cómo puede alguien hacerme sentir tan viva? Eso era lo que me preguntaba mientras me entregaba a ese instante.

El beso se fue haciendo más intenso, más urgente, y no pudimos evitar que nuestros cuerpos se unieran en una danza de deseo contenido durante demasiado tiempo.

Finalmente, y sin más palabras, me llevó de la mano hasta su habitación, donde sabía que acabaría pasando lo que los dos parecíamos estar esperando desde el primer beso que nos dimos, días atrás.

Cameron deslizó sus dedos bajo mi blusa, acariciando mi piel con una ternura que me estremeció. Desabroché lentamente los botones de su camisa, sintiendo la calidez de su pecho, fuerte y vibrante bajo mis manos.

Nos dejamos llevar, sin prisa, disfrutando de cada caricia, cada suspiro, cada roce que nos pedía más.

Cuando finalmente nos dejamos caer en la cama, el mundo desapareció por completo. La habitación se volvió un refugio íntimo, un santuario donde solo existíamos Cameron y yo, entrelazados en una corriente de deseo que nos envolvía sin remedio.

Sus manos, firmes pero delicadas, exploraban mi cuerpo con un conocimiento que me desconcertaba y excitaba al mismo tiempo. Sentí el calor de su aliento contra mi piel, el temblor de sus dedos mientras deslizaba la camisa por sus brazos y dejaba al descubierto un torso marcado, vibrante.

Cada caricia era un incendio lento, una promesa contenida en sus dedos que recorrían mi cuello, mis hombros, y bajaban lentamente hacia la curva de mi cintura, mientras yo me perdía en el tacto de su piel contra la mía.

—Paula —susurró, con una voz ronca y profunda, como un fuego que se avivaba—. Eres increíble. No puedo creer que estés aquí, conmigo.

Le miré a los ojos, buscando la verdad en su mirada, y encontré algo que me desarmó: una mezcla de deseo, respeto y una vulnerabilidad que me hizo querer acercarme aún más.

Me acerqué a él, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo, y nuestros labios se encontraron de nuevo en un beso largo, húmedo, urgente. El sabor de su boca, la textura de su lengua que pedía mi entrega, me hicieron olvidar todo lo demás.

Sus manos bajaron con determinación por mi espalda, rozando la piel expuesta, acariciando cada centímetro con un fervor que me hacía temblar. Respondí con la misma pasión, desabrochando su pantalón con dedos temblorosos, sintiendo la firmeza que escondía bajo la ropa.

El roce de nuestros cuerpos desnudos fue un choque eléctrico que me dejó sin aliento. Él me sostuvo contra sí con fuerza, como si temiera que pudiera escapar, y yo me entregué a ese abrazo, dejando que su calor me envolviera.

Cada movimiento era un lenguaje silencioso, un diálogo de gemidos y suspiros que nos acercaba más, uniendo nuestros deseos en un crescendo que parecía no tener fin.

Sentí cómo me perdía en sus ojos cuando me miraba con esa intensidad que hablaba de pasión y ternura al mismo tiempo. En ese instante, no había nada fuera de aquel cuarto, nada más que la piel, la respiración acelerada, el latido de dos corazones que latían al unísono.

Sus dedos dibujaban caminos invisibles sobre mi cuerpo, mientras su boca exploraba mi cuello, mis hombros, descendiendo con suavidad, pero con una urgencia contenida.

—Nunca había deseado tanto a alguien —murmuró contra mi piel, con su voz rota por la emoción.

No podía más que responder con un gemido, arqueando mi cuerpo hacia él, buscando más, queriendo fundirme en esa unión que parecía perfecta.

Cameron siguió bajando con besos por todo mi cuerpo hasta que se detuvo y me miró fijamente. Colocado entre mis piernas, sin dudar un solo instante, comenzó a lamer mi sexo húmedo y palpitante, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera. Lamía, mordía y me penetraba con dos dedos una y otra vez, sin parar, cada vez más rápido, hasta que me dejé llevar por ese mar de sensaciones que me envolvían y me corrí con fuerza.

Tras un beso en mi vientre, me besó al tiempo que rozaba mi clítoris sensible con la punta de su miembro erecto, moviéndose y tentándome, provocándome, hasta que se apartó y sacó un preservativo del cajón que no tardó en ponerse.

Volvió a besarme unos segundos después, y me penetró.

Nos movimos al ritmo de un tiempo propio, lento pero voraz, dejando que cada caricia, cada suspiro, fuera un descubrimiento, una declaración sin palabras.

Cuando finalmente nos rendimos al placer, la sensación fue una ola que nos arrastró juntos, una explosión de calor y calma que nos dejó exhaustos, abrazados, con la piel aún ardiendo.

Después, tumbados en su cama, entrelazados y con el corazón latiendo al unísono, hablamos en susurros, compartiendo pensamientos, sueños y temores que jamás había contado a nadie.

—Nunca pensé que alguien como tú podría entrar en mi vida y cambiarlo todo —me dijo Cameron, acariciando mi cabello con suavidad.

Sentí que mi pecho se apretaba por dentro, por la intensidad de sus palabras y la verdad que en ellas había.

—Y yo nunca imaginé que encontraría aquí algo tan real —respondí, apoyando la cabeza en su pecho, escuchando el latido constante que me hacía sentir protegida.

Los latidos de su corazón se convirtieron en una melodía que me calmaba, que me hacía sentir segura en un mundo que a menudo parecía incierto.

Pero cuando el silencio comenzó a hacerse pesado, Cameron se separó un poco y me miró con cierta preocupación en los ojos.

—Quédate a dormir —me pidió con voz baja—. No quiero que te vayas.

Sentí el calor de sus palabras, pero también una punzada de dudas que me asaltaban. Mi mente, siempre alerta, intentaba buscar razones para frenar aquello que parecía escaparse de mi control.

—Creo que es mejor que me marche —contesté con suavidad—. No sé qué está pasando, pero no quiero complicarlo más.

Él no insistió, simplemente me besó una última vez, con una ternura que me rompió por dentro.

Mientras me vestía, nos prometimos con la mirada que aquello no era un adiós, sino un "hasta pronto". Después, salimos de la mansión de los MacDuncan y subimos al coche de Cameron, que me llevó de vuelta a la mía.

Al llegar a mi casa, con las manos aún temblorosas y el corazón latiendo con fuerza, me senté en el borde de la cama. La oscuridad de la habitación me envolvía y los ecos de la noche me perseguían, haciendo que mi mente diera vueltas sin descanso.

¿Qué había hecho? ¿Había sido una locura entregarme así? Pero al mismo tiempo, una parte de mí sabía que ese momento no era el final, sino el principio de algo más.

Capítulo 18



Lachlan

El aire fresco de la mañana se colaba por las ventanas entreabiertas, y la luz tenue del alba jugaba con las cortinas de lino en mi habitación. Me había despertado temprano, sin dormir del todo, con el pensamiento pesado. Algo había cambiado anoche, aunque no lograba ponerlo en palabras claras todavía. Me revolvía en la cama, con el ceño fruncido, tratando de identificar qué había sido exactamente, pero la imagen que me perseguía era demasiado borrosa y confusa.

Me levanté con lentitud, el cuerpo dolorido por la falta de descanso y la mente dando vueltas sin parar. Bajé las escaleras con pasos silenciosos, intentando ordenar mis ideas, pero al llegar al salón, la imagen que encontré me dejó congelado.

Allí estaba Cameron, apoyado contra la chimenea, una sonrisa ancha y satisfecha dibujada en su rostro. Parecía otro hombre. Su mirada brillante y relajada me hizo fruncir el ceño, mientras mi estómago se encogía en una mezcla de sorpresa y resentimiento.

—Buenos días —dije, con la voz más seca de lo que pretendía—. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué estás tan contento?

Él se encogió de hombros, relajado, y me ofreció una copa de whisky, que rechacé con un gesto.

—Anoche cené con Paula —respondió, con esa tranquilidad despreocupada que siempre conseguía irritarme—. Y la noche terminó mejor de lo que pensaba.

Sentí que el aire me faltaba. Tragué saliva con dificultad y pregunté sin rodeos, tratando de mantener la calma, aunque sabía que me estaba fallando.

—¿Os acostasteis?

Cameron me miró con una sonrisa ladeada, la misma que tenía cuando ganaba una apuesta.

—Sí —contestó, sin titubear—. Y no me arrepiento.

Me quedé helado. La mandíbula se me tensó, y tuve que apoyarme en el respaldo de una silla para no caer.

—Cameron —empecé con voz tensa—, tenías que acercarte a ella y convencerla para que nos vendiera la propiedad, no para que te la follaras.

El ceño se le frunció, pero no con arrepentimiento, sino con una mezcla de desafío y diversión.

—Ya te dije que mandarme a mí para negociar era peligroso —dijo, acercándose un poco—. Esa mujer me atrae, y si ella también siente lo mismo, ¿por qué no podemos tener algo? No todo tiene que ser un negocio, hermano.

Apreté la mandíbula con mucha más fuerza esta vez; la tensión en mi pecho se hacía insoportable.

—No es tan simple, Cameron. Paula no es una más. Ni tú eres un juguete para hacerle perder la cabeza.

Él negó con la cabeza, divertido, mientras daba un sorbo a su whisky.

—Eres demasiado cuadriculado, Lachlan. A veces hay que dejarse llevar, y quizá eso sea lo que pasa entre nosotros. No quiero hacerle daño, pero tampoco puedo ignorar lo que siento.

Me giré hacia la ventana, mirando cómo los primeros rayos del sol iluminaban la finca. Por un instante, sentí que todo el control se me escapaba de las manos.

—No sé qué harás, pero no quiero que estropees lo que hemos estado intentando conseguir.

Cameron se encogió de hombros, con esa sonrisa arrogante.

—No te preocupes. Sé lo que hago. O al menos, eso creo.

Me quedé un momento en silencio, dejando que sus palabras hicieran eco en mi cabeza. Luego, sin despedirme, salí del salón sin desayunar, con la mandíbula apretada y un nudo en el estómago.

Salí de la mansión sin mirar atrás, con el peso de una tormenta interna que parecía crecer con cada paso. El aire fresco de la mañana no lograba calmar la presión en mi pecho, ni disipar ese maldito sentimiento que me retorcía las entrañas: celos, rabia, incertidumbre… algo que nunca antes había experimentado, y que me resultaba insoportable. Me sorprendía a mí mismo con la intensidad de esas emociones, tan desconocidas y a la vez tan reales.

Mientras conducía hacia la destilería, mis manos apretaban el volante con fuerza, como si pudiera ahogar allí dentro la rabia que me quemaba la garganta. La finca se extendía ante mí, la destilería al fondo, con sus grandes barriles y el aroma característico de la madera y la malta que se colaba por las rendijas.

Al llegar, aparqué el coche con brusquedad y salí antes de que el motor se apagara del todo. Necesitaba hundirme en el trabajo manual, perderme en la rutina y el ruido sordo de la producción, el único lugar donde podía sentir que tenía el control. Pero ni siquiera allí, rodeado de maquinaria y olores familiares, conseguía despejar la mente.

Recorrí la destilería en silencio, con los ecos de mis pasos resonando en las paredes de ladrillo. El olor a cebada fermentada y madera vieja me envolvía, pero no lograba tranquilizarme. Ajustaba las correas de las barricas con movimientos mecánicos, mientras mis pensamientos volvían una y otra vez a

Paula y Cameron, juntos, riendo, tocándose, besándose. La idea de que él hubiera estado con ella, que sus manos y labios hubieran recorrido su piel, me hacía sentir enfermo, con un frío que me calaba hasta los huesos.

No podía sentir esto, me decía a mí mismo con voz dura y tajante. Ella era solo un problema, un obstáculo que debía superar. No un deseo por el cual dejarme arrastrar.

Pero ese pensamiento no me calmaba. Al contrario, parecía encender una llama que no quería controlar.

Cuando escuché pasos acercándose, me volví con brusquedad. Era Adam, uno de los maestros destiladores, un hombre robusto y de pocas palabras que llevaba más años en la destilería que yo mismo.

—Buenos días, Lachlan —dijo con su voz grave, mientras examinaba unas barricas—. ¿Todo en orden? Te ves… tenso.

Intenté disimular, pero la expresión en mi rostro no podía mentir.

—Solo es un día complicado —respondí con un suspiro—. No quiero distraerme.

Adam asintió, mirando hacia otro lado.

—Ya te conozco, no es la primera vez que te veo así. Este trabajo puede ser un refugio, sí, pero también te obliga a enfrentarte a lo que llevas dentro. No puedes huir de eso.

La verdad dolió. Adam tenía razón. No podía escapar de mis sentimientos con trabajo duro.

—¿Y tú qué haces cuando todo te supera? —pregunté, dejándome llevar por la necesidad de hablar con alguien.

Él se encogió de hombros, dándome una mirada cargada de comprensión.

—Trabajo en la destilería, claro. Pero también me enfrento a lo que no me gusta. Hablo con gente de confianza. No permito que el resentimiento crezca

en mí.

Pensé en Cameron, en cómo él parecía nadar en la corriente sin preocuparse por nada. Y en Paula, en sus ojos verdes, en cómo habían cambiado mis sentimientos hacia ella.

—¿Y tú? —pregunté, un poco desafiante—. ¿Nunca te sientes perdido?

Adam sonrió, mostrando un lado más amable.

—Claro que sí. Pero aprendí que la diferencia está en no hundirse en la confusión. Cuando me siento así, vuelvo a lo básico. La destilería me ancla. El trabajo, la rutina. Y luego hablo. Siempre hablo.

Sus palabras se quedaron conmigo mientras seguía moviéndome por la destilería, tratando de ordenar mi mente.

Más tarde, mientras revisaba las mezclas de fermentación, se unió a mí Aileen, una joven con una sonrisa luminosa y una pasión evidente por el arte de la destilación.

—¿Lachlan? —preguntó con timidez—. Te noto raro hoy, ¿todo bien?

No pude evitar una sonrisa amarga.

—No, Aileen, no está todo bien. Es complicado.

Ella frunció el ceño, preocupada.

—Si quieres, puedo ayudarte. A veces hablar con alguien nuevo puede cambiar la perspectiva.

Me sorprendió su sinceridad y amabilidad. A menudo me cerraba a los demás, pero algo en ella me hizo querer confiar.

—Gracias —dije con sinceridad—. Quizá tengas razón.

Mientras hablábamos, el sol empezó a colarse por las ventanas altas, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire. Por un momento, me

sentí menos solo, menos atrapado en mi tormenta interna.

Aquella noche, cuando ya cerré la destilería y regresé a la mansión, la noche había caído completamente. La luna brillaba con una claridad fría, como testigo de mis pensamientos tormentosos.

Entré en mi despacho, cerré la puerta con fuerza y me senté frente a la mesa, con la cabeza entre las manos.

Sabía que necesitaba un plan. Algo para hacerme con esa propiedad que quería que fuera mía, para no perder a Paula, aunque fuera solo en el sentido de la propiedad que ambos deseábamos.

Las alianzas, las negociaciones, los movimientos en la sombra… todo eso cobraba ahora un significado más urgente y personal.

Y mientras repasaba mentalmente cada posible estrategia, una parte oscura de mí se hizo presente: no solo era una cuestión de negocio, sino de orgullo, de deseo, de miedo a perder algo que no sabía si quería admitir.

Cerré los ojos y respiré hondo. La lucha no había hecho más que empezar, y esta vez, no podía permitirme fallar.

Capítulo 19



Paula

Aquella mañana desperté con un peso en el pecho que no era solo por el cansancio. Desde hacía días, un pensamiento insistente me atormentaba: ¿sería posible restaurar la casa sin arruinarme? Me incorporé lentamente, notando cómo el frío de la habitación se colaba por las ventanas entreabiertas. El sol apenas comenzaba a teñir el cielo de un gris pálido, pero mi mente ya estaba despierta, enredada en números y preocupaciones.

Me levanté y caminé hacia la cocina; el suelo de madera crujía bajo mis pasos. Mientras preparaba el café, mi mirada se posó en la vieja mesa de roble, aquella que había sido testigo de generaciones enteras de mi familia. Sentí una mezcla de orgullo y temor: esa casa, ese legado, era todo lo que me quedaba.

Me senté con el portátil abierto y comencé a revisar las cuentas una vez más. Cada presupuesto de reparación parecía una losa más pesada, una carga que amenazaba con hundirme.

—¿Cómo voy a hacer esto? —murmuré para mí misma, mientras los números bailaban en la pantalla.

Las facturas, los impuestos, los materiales, los pagos a los albañiles… parecía un agujero sin fondo. El precio de cada arreglo podría ser mayor del que había previsto, y los imprevistos no dejaban de aparecer. La casa necesitaba más de lo que podía costear. En algún momento, la idea de vender

la propiedad había rondado mi mente, pero ahora me revolvía el estómago solo pensarlo.

—No puedo venderla —me repetí con voz firme, aunque una sombra de duda se instalaba en mi interior—. No puedo dejar que esta casa se convierta en algo que no es. No puede acabar siendo solo una inversión para Lachlan MacDuncan o cualquier otra persona.

Pasé las manos por el rostro, cansada y frustrada, y me apoyé en la mesa. La casa no era solo ladrillo y madera para mí, era la historia viva de mi abuelo Alastair, de mis antepasados, de sus luchas, sus amores y sus sacrificios. Entregarla a un desconocido, que la tratara como un negocio frío y sin alma, era impensable.

En ese momento, el timbre de la puerta resonó con fuerza, sacándome de mi ensimismamiento. Pero seguí en el mismo sitio, dado que Eloisa o cualquiera de la casa se encargaría de ella.

Suspiré poniéndome en pie y caminé hacia el ventanal, abrazándome a mí misma mientras pensaba en qué haría el abuelo en esta situación.

Un par de golpes resonaron en la puerta y, cuando di paso, esta se abrió.

—Vaya recibimiento de mierda que me has hecho.

Me giré con los ojos muy abiertos al escuchar la voz de Martina, y ahí estaba mi mejor amiga.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunté acercándome.

—Auto invitarme a pasar unos días en la mansión gótica encantada de mi mejor amiga, ya que ella no ha dicho ni una sola vez que viniera.

—Dios, Tina, estás loca —reí mientras la abrazaba.

—Y aun así me quieres, no lo niegues —correspondió a mi abrazo.

Nos separamos y me quedé mirándola; estaba como siempre, y estaba ahí conmigo, que era lo más importante.

—Paula, ¿qué tal estás? —preguntó mientras íbamos hacia el sofá—. Te he visto medio hundida últimamente.

Empecé a desahogarme, contándole mis temores, mis dudas, las noches sin dormir pensando en la casa, en la restauración, en si todo valía la pena.

—No paro de hacer cálculos, Tina. Y siempre termino pensando que es un agujero sin fondo. No sé si podré hacerlo sola, ni siquiera sé si debería intentarlo —confesé, con un hilo de voz—. Y mi madre dice que no viene de momento, que lo hará cuando me decida. Si hasta la lectura del testamento oficial la hicimos hace unos días por videollamada. Es como si no quisiera saber nada de esta casa.

Martina me escuchaba con atención, asintiendo sin interrumpir, dejando que las palabras salieran de mi boca como un torrente. Luego, cuando terminé, me miró a los ojos con firmeza.

—Paula, eres la mujer más luchadora que conozco. No puedes dejar que el miedo te paralice. Esta casa es tuya, es tu historia, la de tu abuelo. Y sé que encontrarás la forma.

Sus palabras me reconfortaron más de lo que esperaba. Fue como si un peso se aliviara un poco, como si en su confianza yo pudiera encontrar una esperanza para seguir adelante.

Me permití un suspiro largo y luego le confesé algo que había guardado solo para mí.

—Martina, anoche… estuve con Cameron.

Ella levantó las cejas, sorprendida y divertida.

—¿Cameron MacDuncan? ¿El hermano de Lachlan? ¡Vaya, eso sí que es noticia!

Asentí, sin poder ocultar una sonrisa tímida.

—Sí. Cenamos juntos, y la noche… bueno, terminó mejor de lo que imaginaba.

Martina soltó una carcajada y me miró con complicidad.

—Bueno, ¡eso sí que es un buen comienzo para el fin de semana! Pero cuéntame, ¿qué tal? ¿Cómo fue?

Me relajé un poco y le conté detalles, sin esconder nada. La química entre nosotros había sido inmediata. Hablamos durante horas, entre risas y silencios, hasta que la noche se volvió íntima y sincera, con momentos intensos que me hicieron sentir viva y esperanzada.

Martina me escuchaba fascinada, y yo me sentía liberada, como si al compartirlo, esa carga que llevaba dentro se hiciera un poco más ligera.

—Paula, tienes que confiar en ti misma y en lo que sientes. Y si Cameron te hace sentir así, no dejes que nada te lo quite —me dijo con sinceridad.

Sus palabras me llegaron directo al corazón. Aquella conversación con Martina fue un respiro en medio de la tormenta que sentía dentro. Pero también, mientras ella me animaba, una parte de mí sabía que no podía bajar la guardia. Había demasiado en juego, y las consecuencias de lo que estaba empezando a sentir podían ser impredecibles.

La acompañé a instalarse en la habitación que ocuparía esos días; después le hice un recorrido por la mansión y quedó fascinada y horrorizada a partes iguales. Coincidió conmigo en que había mucho por hacer y dijo que, si lo necesitaba, se quedaría conmigo el tiempo suficiente para ayudarme con lo que estuviera en su mano.

Pasamos el resto del día hablando, hasta que me pidió que saliéramos esa noche diciéndome que necesitaba desconectar un poco de la realidad y disfrutar de una buena cena y unas copas con ella.

No lo dudé, así que decidí salir con Martina esa noche a una de las tabernas de Glencoe. Necesitaba desconectar, soltar el peso que llevaba encima desde hacía días. La música suave y el bullicio del lugar me ayudaron a olvidarme, aunque fuera por un rato, de las cuentas, las reparaciones y las complicaciones.

Nos reímos, brindamos con cervezas y bromeamos como solo nosotras sabíamos, sintiendo que la vida podía ser ligera, aunque fuera solo por unas horas.

—Aquí hay hombres que merecen mucho la pena —me dijo Martina, lanzándome una mirada cómplice mientras miraba alrededor, llena de picardía—. No sé cómo aguantas sin lanzarte a alguno.

Reímos a carcajadas, y yo jugué con el vaso, sintiendo ese calor extraño en el pecho que no sabía muy bien de dónde venía. La noche anterior con Cameron estaba muy presente en mi mente, pero no podía dejarme llevar por eso ahora.

Mientras hablábamos, el camarero se acercó con una bandeja, sirviendo una ronda de cervezas a nuestra mesa.

—Esto es de parte de Lachlan MacDuncan —anunció, señalando hacia el otro lado de la barra con una sonrisa traviesa.

Martina y yo nos miramos, sorprendidas. Allí estaba él, con esa presencia imponente que te arrollaba sin necesidad de hacer nada, esa mandíbula marcada, los ojos oscuros que parecían quemar con una sola mirada.

Mi corazón se aceleró, y sentí que me ponía nerviosa y a la vez extrañamente atraída.

—Está buenísimo —susurró Martina, guiñándome un ojo—. Si te atreves, la noche es joven.

Él se acercó con pasos firmes, dejando atrás la barra, y me saludó con una cordialidad que escondía una tensión palpable.

—Señorita Gómez —dijo, con voz baja y profunda, como si pronunciara una promesa o una advertencia.

Intenté controlar los latidos que golpeaban con fuerza en mi pecho, e ignorar esa electricidad que sentía en el aire entre nosotros.

Martina, sabiamente, se levantó y se alejó a hablar con el camarero, dejándonos solos.

El silencio entre Lachlan y yo estaba cargado, como una cuerda tensada a punto de romperse.

—Me gustaría que llegáramos a un acuerdo sobre la propiedad —empezó, serio y directo—. No quiero que esto se alargue más de lo necesario.

Lo miré fijamente, con toda la determinación que pude reunir.

—No estoy dispuesta a vender, ya se lo dije —respondí con firmeza.

Él sonrió, ese tipo de sonrisa que se guardaba para momentos peligrosos. Y entonces se acercó más, hasta que su aliento cálido acarició mi oído. Su voz se volvió un susurro oscuro, sugerente.

—Quizás podría convencerte invitándote a cenar... y luego, a follar en mi mansión.

Me quedé paralizada. Mi mundo pareció detenerse en ese instante. El latido de mi corazón se hizo ensordecedor, el calor de su cercanía me envolvió, y la sorpresa me atravesó como un puñal.

Cuando se apartó, sin darme tiempo a reaccionar, le di una bofetada que lo dejó parado y congelado en el sitio ante mí.

—No soy ninguna cualquiera —le dije, con voz firme, pero con el temblor contenido de una mezcla de ira y deseo.

Di un paso atrás, alejándome de él, y llamé a Martina.

—Nos vamos —le susurré, con voz decidida.

Salimos de la taberna en silencio. La noche parecía más oscura que antes. En mi cabeza, la tormenta rugía: miedo, rabia, confusión, deseo.

La idea de que Cameron le hubiera contado a su hermano que se había acostado conmigo me parecía una locura.

No podía creer que todo estuviera sucediendo tan rápido y de una forma tan inesperada.

Mientras caminaba hacia la mansión, sentía que algo dentro de mí se rompía y, al mismo tiempo, se encendía una chispa peligrosa, una fuerza que me decía que no me dejaría pisotear por nadie.

Con Lachlan y su arrogancia había cruzado una línea que no pensaba volver a permitir.

Ya en mi habitación, mientras me quitaba el abrigo, no pude evitar que los recuerdos de la noche se agolparan en mi mente. La cara de Lachlan al recibir la bofetada, la sorpresa y la ira contenida, pero también esa chispa oscura que vi en sus ojos, me hizo temblar. No solo por miedo, sino por una mezcla extraña de adrenalina y desafío.

Me senté en el borde de la cama, con el corazón todavía latiendo con fuerza, intentando ordenar mis pensamientos.

—¿Qué está pasando conmigo? —me pregunté en voz baja—. No puedo permitirme distraerme con esto.

Pero el recuerdo de Cameron, su sonrisa cálida y su manera de hacerme sentir viva, me vino a la mente y me sacó un suspiro. Había algo en él que me atraía, algo diferente a la arrogancia y la amenaza que representaba Lachlan.

Sabía que debía mantener los pies en la tierra. La restauración de la casa era mi prioridad, mi responsabilidad, mi herencia. Y, sin embargo, la vida me lanzaba estas tormentas inesperadas: pasiones, conflictos, alianzas peligrosas.

Sentí una mezcla de miedo y rabia, de deseo y decisión. Aquel encuentro con Lachlan me había dejado claro que no podía bajar la guardia, que debía ser fuerte, que no me dejaría manipular ni intimidar por nadie.

—No voy a ser una víctima —me prometí—. Esta casa es mi legado, y yo voy a protegerla.

Pero también sabía que esa promesa no iba a ser fácil de cumplir. Porque en esa batalla que ahora comenzaba, no solo estaba mi patrimonio, sino mi

corazón y mi alma.

Cerré los ojos y respiré hondo, dispuesta a enfrentar lo que viniera, con todas mis fuerzas.

Capítulo 20



Lachlan

Habían pasado dos días desde la última vez que vi a Paula en aquella taberna en Glencoe, desde aquel instante en que, sin pensarlo demasiado, solté aquellas palabras que ahora me pesaban como una losa sobre el pecho. Aún recordaba la mezcla de furia y desafío en sus ojos verdes, la tensión palpable entre nosotros, como si ambos fuéramos dos volcanes a punto de estallar. No sabía qué esperaba conseguir, pero no podía frenar esa urgencia que me empujaba a provocarla, a quebrar ese muro de orgullo que la rodeaba.

Pero las cosas nunca eran tan sencillas como parecían en la primera impresión. Desde entonces, el nombre de Paula no había abandonado ni un instante mis pensamientos. Había algo en ella que me atraía, una fuerza salvaje que me desarmaba y me irritaba a partes iguales. Era como si llevara años intentando resistirme, y ahora, en apenas unas horas, estuviera cayendo sin remedio.

Peor aún, estaba la noticia que me había soltado Cameron, mi hermano pequeño, con una naturalidad que me dejó helado.

—*Lachlan* —me dijo con esa sonrisa arrogante que tan poco me gustaba —*, he vuelto a ver a Paula.*

Aquello era solo el principio. Porque al instante, sin ni siquiera medir el efecto de sus palabras, añadió:

—Y sí, nos hemos acostado otra vez.

Sentí un golpe en el estómago, una mezcla de rabia y celos que me quemaba por dentro. ¿Cómo podía ser tan imprudente? ¿Qué demonios estaba haciendo mi hermano con la mujer que yo, de alguna manera, empezaba a considerar… mía?

Cameron no entendía que esto no era un juego para mí. No podía permitirme que una simple aventura, por muy bonita que fuera, trastocara todo el plan. Paula era el obstáculo más importante para que la destilería que había heredado siguiera creciendo. Esa propiedad que ella se negaba a vender era la clave para ampliar el negocio, para asegurarnos un futuro estable y próspero. Pero con cada encuentro entre ella y mi hermano, mi paciencia se esfumaba un poco más.

El día había amanecido frío y gris, típico de Escocia, y yo me encontraba en mi despacho, sentado ante la mesa con un montón de documentos, hojas con cifras y contratos que había repasado hasta el cansancio. La presión de Seraphina y de los inversores se hacía cada vez más insoportable. No podía fallarles. Necesitaban resultados, y yo debía cumplir.

Seraphina era inflexible. Ella no entendía de sentimentalismos ni de debates internos. La única cosa que le importaba era la rentabilidad y la expansión de la destilería que sabía que yo podía conseguir, pero debía haber algo más que se me escapaba. Los inversores, por su parte, exigían que la oferta que hiciéramos a Paula fuera contundente, un ultimátum claro y firme, pero sin pasarnos para no perder la posibilidad de un acuerdo.

Yo sabía que debía prepararme para lo peor. Mi primera oferta había sido baja, incluso podría considerarse una provocación, y esta vez debía jugar bien mis cartas, subir la oferta y esperar que ella aceptara, pero era la última oportunidad que Paula tendría para vender la propiedad en condiciones que nos interesaban. Si se negaba, entonces las cosas podrían complicarse.

—¿Tienes todo listo? —me preguntó Fergus, mi hombre de confianza, mientras se acercaba con su habitual paso tranquilo y su mirada incisiva.

Asentí, sin apartar la vista de las hojas.

—Estoy terminando de ajustar los números. Quiero que la oferta sea firme. No hay margen para más concesiones.

—Lo entiendo —respondió Fergus—. Pero sabes que Paula es una mujer dura. Y lo que ha pasado con Seraphina y esos rumores que seguramente también hayan llegado a sus oídos, no va a ayudar.

—Haz la llamada —ordené—. Quiero que contactes con la mansión de los McAlister y pidas una reunión con Paula. Que sepa que estoy dispuesto a hablar en persona, pero también que no aceptaré un no por respuesta.

Fergus sacó el teléfono y marcó el número mientras yo me reclinaba en la silla, cerrando los ojos por un instante para intentar aclarar mis ideas. Pero el recuerdo de Paula me impedía concentrarme. Su risa, el brillo en sus ojos, su forma de negarse a rendirse… Todo eso me hacía perder la razón.

—Está hecha —me avisó Fergus—. Me han dicho que te recibirá en dos horas.

Asentí con decisión, sintiendo el peso de esa cita acercándose como una tormenta imparable.

Las dos horas siguientes las pasé caminando por la destilería, rodeado de barricas y maquinaria antigua, intentando ordenar mi mente y prepararme para el enfrentamiento que se avecinaba. Trabajé sin descanso, aunque cada paso que daba estaba marcado por pensamientos sobre Paula y la terrible duda que me corroía: ¿habría vuelto a acostarse con Cameron? ¿Cuántas veces? ¿Qué significaba eso para mí?

Nunca había sentido algo así. La rabia, la inquietud y esa atracción profunda que me impedía pensar con claridad. Joder, ni siquiera había sentido celos de mi propio hermano ni una sola vez en mi vida.

A medida que el sol comenzaba a ocultarse tras las colinas, mi decisión se fue consolidando. Iba a presentarme en la mansión, a hablar con ella, a tratar de hacerle entender que era mejor para todos que aceptara la oferta. Pero también sabía que algo dentro de mí esperaba que no lo hiciera, que la tensión entre nosotros solo podía terminar explotando.

Cuando el reloj marcó la hora señalada, me puse la chaqueta con firmeza y salí de la destilería, con el frío de la tarde calándome hasta los huesos, pero con el fuego interno ardiendo con intensidad.

La mansión de los McAlister se alzaba ante mí como un gigante silencioso. Recordaba cada rincón, cada detalle de aquella casa, pero esta vez no la veía como un enemigo, sino como el territorio de alguien que había empezado a ocupar demasiado espacio en mi mente y en mi vida.

Después de que me llevaran hasta el despacho, llamé a la puerta con determinación, sabiendo que, al otro lado, Paula me esperaba. Y yo estaba listo para enfrentarla, para mostrarle mi mejor carta y también para enfrentar mis propios demonios.

Cuando dio paso, abrí con la oferta en la mano, decidido a todo lo que iba a hacer y decir, pero al cruzar la puerta de su despacho, todo lo que había planeado se desvaneció. Ella estaba allí, imponente, vestida con un vestido negro que abrazaba cada curva de su cuerpo como si fuera una segunda piel. Era elegante, sí, pero también absolutamente sexy, con una seguridad en la mirada que me dejó sin aliento. Su porte irradiaba un poder magnético, y de repente todo lo que quería era perderme en ella.

—Lachlan —dijo, sin apartar los ojos de los míos, tuteándome por primera vez—. Ya te he dejado claro que esta casa no está a la venta.

Su voz era suave, pero firme, con un matiz que retaba cualquier intención que pudiera tener. Y yo no podía apartar la vista de esos labios que, sabía, podrían provocar mi perdición.

—Paula —respondí, acercándome un paso más, tomándome la misma confianza que ella tuteándola—. No he venido a aceptar un no.

Ella sonrió con ironía, pero sus ojos se oscurecieron, llenos de desafío.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Obligarme?

La tensión entre nosotros crecía con cada segundo. Sentía su cuerpo tan cerca que podía oler su perfume, sentir el calor de su piel. Mi mano se deslizó

lentamente hasta su cintura, y ella no la apartó. Fue como una invitación silenciosa.

—No pienso rendirme —susurré, tocando su mejilla con la yema de los dedos.

En ese instante, sus ojos se cerraron un poco, su respiración se aceleró y, sin poder contenerlo más, la atraje hacia mí y la besé. Al principio fue un roce lento, una exploración de labios, pero enseguida la pasión explotó entre nosotros. Sus manos se enredaron en mi cuello, mientras yo la apretaba contra mí con una necesidad que crecía sin control.

—Lachlan —jadeó Paula, temblando bajo mi tacto.

La acorralé contra el escritorio, sintiendo cada curva, cada músculo bajo ese vestido que ahora parecía demasiado fino para contenerla. Mis manos recorrieron su espalda, bajando hasta sus caderas, explorando, dominando, pero con un respeto y deseo que me consumían.

—No quiero luchar contra esto —murmuró entre besos, con la voz cargada de deseo. Pero tuve la sensación de que era un pensamiento que había escapado de sus labios sin pretenderlo.

La besé con intensidad, con hambre; cada caricia incendiaba su piel y la mía. Su cuerpo se curvaba contra el mío, entregada y al mismo tiempo salvaje, como si luchara contra la pasión que la dominaba. Mis dedos encontraron la cremallera de su vestido y la bajaron lentamente, dejándola vulnerable y perfecta ante mí.

—Estamos cruzando una línea peligrosa, Lachlan —me dijo, y la vi mirándome con los ojos brillantes y el pulso completamente acelerado.

—Me gusta el peligro —contesté, y volví a besarla con más hambre y urgencia esta vez.

La desnudé y contemplé su cuerpo, la senté en el escritorio y me acomodé en una de las sillas, colocando sus piernas flexionadas sobre mis hombros. La miré, vi cómo se mordía el labio con los ojos cargados de deseo, y me lancé a

su sexo, lamiendo y mordiendo con avidez, saboreando cada gota de su esencia.

La escuchaba gemir mientras notaba cómo movía las caderas, disfrutando de mis atenciones, de mi lengua deslizándose entre sus pliegues y haciendo que cada centímetro de su piel se estremeciera.

Añadí un par de dedos al juego y comencé a penetrarla mientras mi lengua lamía su clítoris, mientras la llevaba al borde de la locura a cada segundo que pasaba.

Y entonces se corrió en mi boca, jadeando y gimiendo mientras sus caderas se movían con fuerza, una y otra vez.

Me aparté cuando liberó el clímax por completo y, cuando me incorporé, Paula cogió mi corbata, atrayéndome hacia ella para besarme con un hambre y una urgencia que me hicieron soltar un leve gruñido.

Comenzó a desabrocharme el pantalón y, cuando quise darme cuenta, su mano envolvía mi miembro, subiendo y bajando, masturbándome mientras seguía besándome y moviendo las caderas, mientras una de mis manos jugaba en su sexo.

—Lachlan —jadeó entre besos y eso fue más que suficiente para mí.

Liberé mi miembro y, sin dejar de besarla, me puse un preservativo. La recosté en el escritorio, me deleité con su cuerpo desnudo ante mí, con su sexo húmedo esperándome, y me enterré en ella con una profunda y fuerte embestida que la hizo soltar un grito casi ahogado.

Agarré con fuerza sus caderas y comencé a moverme una y otra vez, dentro y fuera, profundamente, fuerte y hasta lo más profundo de su cuerpo. Paula se movía y me miraba, se mordía el labio, me provocaba, e incluso vi cómo se llevaba las manos a los pechos y comenzaba a pellizcarse los pezones.

—Tócate mientras te follo —le ordené, y ella simplemente cedió a esa petición de un modo tan natural que fue como si hubiéramos hecho esto toda la vida.

La vi tocarse el clítoris con dos dedos, gimiendo y moviéndose mientras mi miembro entraba y salía de ella. Dios, aquello era lo más excitante que había vivido en semanas.

Me incliné y lamí un pezón, lo mordí tirando de él y ella gimió de nuevo. Me lancé a por el otro y seguí lamiendo y mordiendo sin dejar de penetrarla, haciendo lo que, sin ser consciente, había deseado desde la primera maldita vez que la vi.

—Lachlan —jadeó—. No pares, por Dios, sigue.

—No pensaba hacerlo, preciosa —confesé, y me lancé a sus labios.

La besé de nuevo y seguí embistiendo sin parar, una y otra, y otra vez.

Y nos perdimos en aquel encuentro voraz, salvaje, lleno de gemidos ahogados y caricias que recorrían cada centímetro de piel. La lujuria nos consumía, y el despacho se transformó en el escenario de un fuego que ninguno de los dos quiso apagar.

Después, tumbados, entrelazados, mi mano acariciaba su cabello mientras su respiración se calmaba. Mirándola, con esa mezcla de ternura y deseo, le pregunté lo que necesitaba saber.

—¿Has vuelto a acostarte con mi hermano?

Ella cerró los ojos un instante, y su voz tembló al responder:

—Solo han sido dos veces.

Mi agarre se hizo más firme.

—Desde ese momento, no quiero que estés con nadie más que conmigo.

Intentó protestar, pero la callé con un beso largo y profundo, un pacto sin palabras.

Cuando nos separamos, con la piel todavía ardiendo, la invité a cenar.

—Este viernes —le dije.

—Allí estaré —contestó con una sonrisa que prometía más.

Me vestí lentamente, con la mente todavía atrapada en cada instante con ella, y salí de la mansión con la certeza de que nada volvería a ser igual.

Capítulo 21



Paula

No podía concentrarme. Me senté en mi despacho, delante de aquella montaña de papeles, hojas con números, informes de obras, presupuestos para la reforma de la mansión, y todo lo que implicaba tener a medias ese proyecto que debía ser mi obsesión. Pero no lo era. No, al menos ese día. Porque mi cabeza estaba en otro lugar. Un lugar donde solo estaba Lachlan MacDuncan, con sus ojos intensos y su cuerpo tan cerca del mío, y con la memoria fresca del fuego que había incendiado mi piel.

Habían pasado solo unas horas, y sin embargo sentía que todo lo vivido había cambiado algo dentro de mí. Algo que no había sentido con su hermano. Con Cameron todo había sido confuso, tibio en comparación con la tempestad que me había provocado Lachlan. Me sentí débil por pensarlo, pero era así. Aquella pasión que había explotado con Lachlan no tenía nada que ver con la confusión fría de mi noche con Cameron, ni con la decepción que había sentido luego. Lo que había pasado con Lachlan había sido… intenso, real, visceral. Y me aterraba reconocerlo.

¿Cómo se me había ocurrido? Me preguntaba mientras intentaba forzarme a revisar un informe de costes, aunque los números me bailaban ante los ojos. Me había acostado con el hombre que quería arrebatarme la propiedad, con el hermano de aquel con quien había estado apenas unos días antes. Un error de los grandes, un error que podía costarme caro, y, sin embargo, no podía lamentarlo del todo. Porque, en el fondo, había sido el momento más vívido, el más intenso y ardiente que recordaba en mucho tiempo.

—¿Qué te pasa? —me pregunté en voz alta, mientras me frotaba las sienes —. ¿Por qué no dejas de pensar en eso?

Me levanté y di una vuelta por la habitación, intentando calmar la tormenta que me dominaba. La mansión me miraba con sus paredes impasibles, como si supiera que estaba a punto de perder algo más que unos metros cuadrados de terreno.

Los números, las facturas, los presupuestos. Todo tenía que estar listo para empezar con las obras, pero mi mente no me dejaba. Cada vez que veía las cifras, imaginaba a Lachlan con esa mirada de fuego, y el roce de sus manos recorriéndome la espalda, la forma en que me había sujetado contra él en el despacho.

Era un peligro. Un peligro del que no sabía cómo apartarme. Pero no podía negar que parte de mí quería dejarse arrastrar, dejar que aquella pasión me envolviera sin frenos.

Negué con la cabeza, tratando de reenfocar mis pensamientos.

—Concéntrate, Paula —me ordené—. No puedes permitir que esto se te escape de las manos.

A pesar de mi esfuerzo, mi cuerpo recordaba con cada detalle lo ocurrido. La forma en que sus labios habían bajado por mi cuello, el calor de su aliento, la urgencia en su mirada… Era imposible no dejarse llevar.

Por un momento, pensé en Cameron. En su sonrisa tranquila, en las noches que habíamos compartido. Pero no había comparación. Con él había sentido algo, sí, pero no era esto. No era ese fuego abrasador que me quemaba por dentro, que me hacía sentir viva y vulnerable a la vez.

—¿Qué estás haciendo, Paula? —me pregunté, resignada—. Te estás metiendo en un juego que puede destrozarte.

La responsabilidad y el miedo se mezclaban en mi pecho, pero la atracción seguía ahí, latente, una llama que no lograba apagar.

Volví a sentarme, intentando concentrarme en el trabajo, repasando los planos, imaginando las reformas que quería hacer en la mansión. Quizá cambiar la fachada, modernizar el interior, darle ese toque de vida que la casa necesitaba. Pero todo parecía un sueño lejano, una tarea imposible mientras mi mente estuviera atrapada en aquella mezcla de deseo y culpa.

Miré por la ventana hacia el lago. La tranquilidad del agua era un contraste brutal con la tormenta que sentía dentro. Y pensé en Lachlan, en cómo había sido capaz de desarmarme con una simple mirada, en cómo su presencia me había hecho olvidar el mundo por un instante.

Un escalofrío recorrió mi espalda. No podía negar lo que sentía, ni lo que había pasado. Pero tampoco podía permitirme caer en esa tentación sin saber a dónde me llevaba.

Así pasó el resto de la tarde. Entre números y recuerdos, planes y fantasmas. Y aunque intenté mantenerme firme, sabía que estaba perdida en un mar de emociones que no controlaba.

Media hora después, mientras intentaba volver al ritmo de trabajo, Martina irrumpió en mi despacho sin llamar, con esa sonrisa de complicidad que siempre tenía cuando olía algo que yo intentaba ocultar.

—Paula, ¿te has peleado con un pájaro? —me soltó sin más, señalando mi melena revuelta—. Porque esos pelos… madre mía, parece que te ha caído un rayo.

Me sonrojé al instante, incapaz de disimular mi vergüenza.

—No, no es eso —contesté tratando de aparentar normalidad mientras me pasaba las manos por el pelo—. Es que me estoy volviendo loca con tanto por hacer.

Martina no me creyó ni por un segundo. Se acercó y me miró con una mezcla de picardía y complicidad.

—Vamos, Paula, no me tomes el pelo. Algo me dice que no ha sido con un pájaro con quien te has peleado. Y que la persona que te ha dejado hecha un

desastre es Cameron MacDuncan. Te ha puesto mirando para el lago, y te ha dejado sin ganas de volver a esta realidad, ¿me equivoco?

Resoplé, resignada, y me crucé de brazos.

—No ha sido exactamente así —dije—. En realidad, ha venido otro.

Martina arqueó una ceja, y me di cuenta de que había abierto una puerta que no podría cerrar.

—¿Otro? ¿Quién?

—Lachlan —le confesé con la voz más baja de lo que pretendía.

Ella me miró fijamente y le brillaron los ojos.

—¿Y os habéis peleado o qué?

Me mordí el labio y, antes de que pudiera arrepentirme, lo solté.

—No. Lo que ha pasado es que… bueno, que hemos follado. Aquí mismo, como dos animales en celo.

Martina se quedó con la boca abierta, incapaz de ocultar la sorpresa.

—¿Qué? ¡¿Pero qué me estás contando?! —exclamó—. ¡Eres mi heroína! Desde este momento, te nombro diosa suprema. Ni en mis mejores sueños habría imaginado que acabarías follando con los dos Highlanders MacDuncan.

Me cubrí la cara con las manos, entre sonrojada y avergonzada.

—Me siento fatal —confesé—. Esto no puede estar pasando. No sé qué hacer.

Martina me miró con una mezcla de incredulidad y ternura.

—Paula, no seas idiota. Que te quiten lo follado, que eso es lo que te vas a llevar de este viaje. Además, cuéntame, ¿cómo fue? Quiero detalles.

Suspiré y me dejé caer en la silla, permitiéndome un momento de relax.

—Mucho mejor que con Cameron —le dije con sinceridad—. Lachlan es diferente. Me dijo que desde ahora no quiere que me acueste con nadie más que con él.

Martina soltó una carcajada y me dio un codazo juguetón.

—¿Ves? La historia se pone cada vez mejor. Ahora el Highlander no solo quiere la propiedad, quiere paquete completo. Y ese paquete, cariño, eres tú.

La miré y supe que, por mucho que todo pareciera una locura, había una verdad que no podía negar: Lachlan me había atraído desde el primer instante. Con Cameron, las cosas eran diferentes, más fáciles, más cómodas, pero no sentía esa electricidad que me quemaba por dentro.

—Esto se va a volver un juego muy peligroso —le confesé—. Si sigo viéndome con los dos, no sé cómo acabará todo esto.

Martina me sonrió con complicidad.

—Pues prepárate, porque en esta historia aún quedan muchas cartas por jugar.

Capítulo 22



Paula

Había algo en el olor a humedad vieja que se colaba por las grietas de las paredes que me ponía los pelos de punta. No era desagradable, no exactamente. Pero cada mañana, al bajar por esas escaleras de madera que crujían bajo mis pies, me recordaba que la casa aún no era mía del todo. Legalmente, sí. Emocionalmente, estaba por ver.

Aquel martes amaneció gris, con un cielo bajo que parecía aplastar los techos de piedra de Glencoe. Los abetos que rodeaban la finca se mecían con el viento como si susurrasen secretos. Me serví un café fuerte en la cocina; el viejo hervidor de cobre seguía funcionando, gracias a Eloisa, y me senté en uno de los taburetes con el portátil abierto, esperando a los contratistas. Había citado a tres. Tres empresas locales recomendadas por Duncan, cada una con fama de ser "honesta, pero cara".

—¿Vas a querer que esté presente? —preguntó Duncan asomándose por la puerta. Iba con su chaqueta de lona verde oliva y las botas cubiertas de barro seco.

—Sí, por favor. No me fío de entender del todo lo que digan —admití, tragando el último sorbo de café.

Él asintió sin juzgarme. Me gustaba eso de él.

El primero en llegar fue un tal Robert McDougall, un hombre alto, con el rostro curtido por el viento y el ceño fruncido de quien ya había visto demasiadas casas venirse abajo. Llegó con su cuaderno de notas, su metro láser y una actitud profesional que rozaba la indiferencia. Empezamos por el ala este, donde la humedad había devorado parte del papel de pared y el suelo se sentía blando en algunos puntos.

—¿Quiere mantener el estilo original o buscar algo más moderno? —me preguntó mientras inspeccionaba los marcos de las ventanas.

—Original, si es posible —respondí. Me oí a mí misma con más seguridad de la que sentía.

—Va a costar.

No dijo más. Solo eso. "Va a costar". Y lo repitió, con distintas inflexiones, en cada estancia en la que entrábamos. Cuando finalmente se despidió, con una hoja garabateada que apenas entendía, Duncan y yo nos quedamos en silencio en el vestíbulo.

—¿Ese era el barato? —pregunté con una media sonrisa cansada.

—Ese era el directo —me respondió Duncan.

Los otros dos no fueron mucho mejores. Uno parecía más interesado en venderme sus servicios que en escuchar lo que necesitaba, y el otro se pasó la mitad del recorrido quejándose de las normativas de restauración de patrimonio. "Esto en Glasgow no pasa", decía. Pero esto no era Glasgow, era Glencoe, y *Dunrannoch* House, la mansión de Lady Agnes, de la familia McAlister, tenía reglas no escritas, además de las escritas.

Al final del día, tenía tres presupuestos en la bandeja de entrada de mi correo. Me senté en el escritorio de lo que había sido el despacho de Lady Agnes, abrí el portátil y leí el primero. Ochenta y dos mil libras esterlinas. El segundo era de noventa y seis mil libras. El tercero… ciento cuatro mil libras.

Cerré el portátil de golpe, me froté las sienes y solté un bufido largo. No era que no tuviera algo de dinero ahorrado, ni que el canal no me diera

ingresos decentes, pero... ¿Cien mil libras? ¿Solo para dejar la casa habitable y segura? Eso sin contar con gastos imprevistos, calefacción, impuestos y todo lo que conlleva mantener una propiedad de ese tamaño en un lugar donde el invierno entraba con los dientes afilados.

Salí al jardín, buscando aire. Euan estaba cerca del invernadero, podando unos arbustos viejos que, según él, podían revivir si les daba "una oportunidad y mucho amor". Yo no estaba tan segura de que lo mismo se aplicara a esta casa.

—¿Todo bien? —me preguntó, limpiándose las manos con un trapo.

—Solo los números bailando en la cabeza —respondí.

—¿Te han llegado los presupuestos?

Asentí con un suspiro.

—Te advertí que aquí todo es más lento y más caro de lo que uno espera —dijo, encogiéndose de hombros.

—No lo suficiente, al parecer.

Pasé el resto del día en piloto automático. Hice algunas fotos nuevas para redes, intenté editar un vídeo pendiente, pero mi cabeza volvía una y otra vez a las cifras. Había algo cruel en que la herencia que tanto revuelo había causado viniera con semejante carga. La mansión era preciosa, sí. Tenía historia, carácter, un encanto que me atrapó desde el primer minuto. Pero también era un monstruo hambriento de recursos.

¿Y si era un error? ¿Y si debía venderla? Había recibido una oferta insultante de Lachlan MacDuncan, y después una más informal de un agente que había sabido de la herencia, ya que, como me dijo Eloisa, las noticias volaban en los pueblos, y aunque no era nada formal aún, rondaba las seiscientas mil libras. Una parte de mí lo veía como una salida fácil.

Esa noche, me costó dormir. Me revolví entre las sábanas, escuchando los ruidos viejos de la casa: un crujido aquí, un goteo allá, el ulular lejano de un búho. Había creído que esto sería una aventura, una forma de reconectar con

mis raíces, incluso de reinventarme. Pero en ese momento, lo único que sentía era un peso en el pecho. Soledad. Incertidumbre. Miedo.

Había cocinado muchas veces sola. Había viajado sola. Había reconstruido mi vida sola tras el divorcio. Pero esto... esto era distinto. No era solo soledad física. Era emocional. No tenía claro si esta casa era un nuevo comienzo o un error monumental.

A la mañana siguiente, abrí el portátil de nuevo. Miré los presupuestos otra vez. Volví a hacer cuentas. Cogí un papel y empecé a anotar posibles soluciones: buscar ayuda del gobierno local para restauración patrimonial, buscar patrocinadores, hacer una serie especial en el canal sobre la restauración… Todo parecía insuficiente.

Justo cuando iba por el tercer café, escuché unos pasos suaves detrás de mí. Era Fiona, la mujer de la limpieza.

—Te he dejado las sábanas limpias en la habitación —dijo, con esa voz casi susurrante suya.

—Gracias, Fiona.

Iba a marcharse, pero se detuvo un segundo.

—Lady Agnes también dudó. Al principio. Cuando se quedó sola aquí. —Me miró con esos ojos suyos que parecían ver más de lo que mostraban—. Pero nunca vendió.

Y se fue.

Me quedé paralizada. ¿Cómo sabía eso? ¿Y por qué me lo decía ahora?

La casa parecía susurrar, como si también esperase mi decisión. Me puse en pie, cerré el portátil de nuevo y me fui a la cocina. Allí, el olor del pan que Eloisa había horneado esa mañana me dio un pequeño consuelo. Pequeño, pero suficiente.

Me prometí esperar. Al menos un poco más. No tomar ninguna decisión impulsiva porque quizá, solo quizá, todavía había algo aquí que valía la pena

salvar.

El teléfono sonó mientras yo aún tenía las manos húmedas. Había estado fregando las tazas del desayuno, una rutina que me servía para ordenar ideas, como si al limpiar los restos de té y mermelada también pudiera quitarme de encima la ansiedad del día.

Vi el nombre en la pantalla: Mamá.

Respiré hondo antes de contestar. Últimamente, cada conversación con ella traía una mezcla de apoyo y presión.

—Hola, mamá.

—¡Hola, cariño! ¿Te pillo bien?

—Sí, sí. Bueno, más o menos. He tenido un par de días… intensos.

La escuché suspirar al otro lado. Ese suspiro que conocía tan bien. El que usaba cuando no sabía si preguntar o dejarme espacio.

—¿Te han llegado ya todos los presupuestos? —preguntó al fin, sin rodeos.

—Sí. Tres. Y todos parecen querer reformar la casa como si fuera el palacio de una familia real.

—Ay, hija. Ya me lo temía. ¿Cuánto?

—El más barato, ochenta y dos mil libras. El más caro, ciento cuatro mil. Sin contar imprevistos.

—Jesús bendito.

Hubo un silencio. De esos en los que las dos pensábamos lo mismo sin decirlo: que era una locura.

—He hecho cálculos. Con mis ahorros y lo que me entra del canal, podría cubrir una parte —dije—. Pero no sé si es sostenible a largo plazo. Y, sinceramente, hay momentos en los que me siento desbordada.

—Lo entiendo, Paula. Créeme, lo entiendo.

Su voz sonaba cálida, pero también distante. Como si estuviera haciendo un esfuerzo por no intervenir demasiado. La conocía. Sabía que había más.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Me han llamado del bufete que lleva el asunto de la herencia. —Se aclaró la garganta—. Hay una nueva oferta por la mansión. Esta vez es seria. De un fondo que quiere convertirla en una casa rural de lujo.

—¿Una casa rural? —repetí, como si me hablara en otro idioma.

—Con spa, rutas de senderismo organizadas, incluso visitas gastronómicas. Les interesa el enfoque "autenticidad escocesa con herencia familiar". —Hizo una pausa—. La cifra es buena. Podríamos repartirlo y te quedarías con suficiente para montar lo que quisieras.

Me apoyé en la encimera. Tenía las piernas flojas de repente.

—¿Y tú qué piensas? —pregunté.

—Cariño… —Suspiró otra vez—. No me malinterpretes. Esa casa representa muchas cosas. Tu abuela Carmen adoraba este sitio, y tu abuelo Alastair siempre decía que algún día alguien de la familia volvería. Y mira, has sido tú. Pero también sé que es una carga. Una muy grande.

—No lo es solo mía. Somos copropietarias, mamá.

—Ya lo sé. Pero tú estás allí. Tú vives ese frío, esa humedad, esa casa con goteras y fantasmas. Yo estoy en Córdoba con mi trabajo, mis papeles y mi piso pequeño sin historia. La que tiene que decidir eres tú. Yo no voy a imponer nada. Pero quería que lo supieras.

Me quedé en silencio. Tenía tantas cosas que decirle… y ninguna salía.

—Gracias por decírmelo —acerté a decir, por fin.

—¿Estás bien?

—Estoy… pensativa.

—Vale. Llámame cuando lo tengas más claro. Solo quiero que seas feliz. Ya tuviste bastante con tu ex y todo lo que vino después. No tienes que demostrarle nada a nadie, Paula.

Tragué saliva. Me dolió escuchar eso más de lo que debería.

—Lo sé.

—Te quiero, hija.

—Y yo a ti, mamá.

Cuando colgué, me quedé mirando el teléfono durante un rato. El reflejo en la pantalla me devolvía una imagen cansada. No triste. Pero definitivamente... perdida.

Me puse una chaqueta encima y salí a la terraza de la cocina. Desde allí, el valle se extendía como un tapiz verde oscuro, salpicado de niebla. La casa tenía una presencia casi viva. No era un edificio. Era un personaje más en mi vida. Uno testarudo, exigente y también fascinante.

La puerta del comedor crujió y Martina apareció con una taza de té en la mano y su eterno moño alto.

—Te he oído hablar con tu madre. ¿Todo bien?

—Oferta nueva por la casa. Buena oferta.

—Ajá. ¿Y?

—Pues… Que no sé.

Martina se sentó a mi lado sin decir nada durante un rato. Esa era una de las cosas que más me gustaban de ella: su capacidad para no llenar los silencios con frases vacías.

—¿Sabes qué pienso? —dijo al fin—. Que estás tan centrada en salvar la casa que te has olvidado de disfrutarla.

La miré de reojo.

—¿Disfrutarla?

—Sí. Eres cocinera. Comunicadora. Tienes un canal con miles de seguidores. Y estás aquí, en una mansión escocesa, con una historia brutal y una cocina antigua de piedra que parece sacada de un cuento. ¿Por qué no lo usas?

—¿Usar la casa para el canal?

—Claro. Haz una serie de recetas escocesas. Cocina tradicional, ingredientes locales, historias de la región. Puede ser un bombazo.

Me quedé pensativa.

—¿Y si no funciona?

—¿Y si sí?

Volví a mirar el paisaje. El viento me revolvía el pelo. Martina tenía razón. Siempre la tenía cuando se trataba de hacerme ver lo que yo no veía.

—¿Y Eloisa? —pregunté—. ¿Crees que querría participar?

—¿Tú qué crees? Lleva aquí más tiempo que las tejas del tejado. Seguro que tiene recetas hasta del siglo XIX.

Me levanté de golpe, como impulsada por una energía nueva.

—Voy a hablar con ella.

Fui directa a la cocina. Eloisa estaba limpiando unas zanahorias en el fregadero, con su moño blanco tan bien armado como siempre.

—Eloisa —dije—, ¿puedo proponerte algo?

—Depende —respondió sin mirarme—. Si tiene que ver con cambiar el horno, la respuesta es no.

Solté una pequeña risa.

—No, no. Tiene que ver con cocinar. Y con vídeos.

Me miró entonces, con una ceja arqueada.

—Explícate.

Le conté la idea de hacer una serie de recetas tradicionales escocesas, aprovechando la cocina de la mansión y sus conocimientos. Le dije que sería una colaboración, que podría decidir qué platos mostrar, qué ingredientes usar. Que la gente adora ver tradición, autenticidad, historia... y buena comida.

Al final, se limpió las manos con el delantal, se lo acomodó como si fuera a salir en televisión mañana mismo y dijo:

—¿Cuándo empezamos?

Capítulo 23



Lachlan

El aire en Glencoe olía a lluvia próxima, a tierra mojada y musgo antiguo. El tipo de olor que uno aprendía a respetar, como una advertencia muda de que algo se acercaba. Lo sentí al bajar del todoterreno, las ruedas aún húmedas por el camino de grava que llevaba hasta la mansión de los McAlister. Aquella casa... vieja, orgullosa, anclada en la roca y el tiempo. Como ella. Como Paula Gómez McAlister.

Había intentado mantenerme al margen. Durante días. Pero era inútil.

No había un día en que no pensara en sus ojos verdes dorados, en la forma en que fruncía el ceño cuando algo no le gustaba, en sus manos manchadas de harina y fuego. En su boca. En su cuerpo. En su orgullo casi tan testarudo como el mío.

Sabía que no era momento. Sabía que su proyecto pendía de un hilo. Pero también sabía lo que costaba restaurar una mansión como esa, y sabía, con total claridad, que ella no tenía ni los medios ni los apoyos suficientes para enfrentarse sola a eso.

Toqué la puerta de roble con los nudillos. Tres golpes firmes. Sin rodeos.

Fue Fiona quien abrió. Me miró con sus ojos siempre alerta, como un gato que había visto demasiadas tormentas.

—Señor MacDuncan —dijo.

—¿Está Paula?

—En el despacho.

Entré sin pedir más permiso. A fin de cuentas, mi familia llevaba generaciones cruzando esos umbrales. Lady Agnes me conocía desde niño. Sabía de esta casa tanto como de mi propia destilería.

La encontré sentada frente al escritorio antiguo, con papeles por todas partes, el portátil abierto y una expresión en el rostro que oscilaba entre la frustración y la concentración absoluta. Vestía unos vaqueros y un jersey de lana que no ocultaban las curvas que recordaba demasiado bien.

Levantó la vista al oír mis pasos, y su mirada se tensó de inmediato.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin adornos.

—Vengo a ayudarte.

Frunció los labios. Ese gesto suyo, tan típico, que me encendía y me exasperaba a partes iguales.

—No necesito tu ayuda.

—Sí, la necesitas —respondí, sin rodeos.

Se levantó con brusquedad, cruzando los brazos sobre el pecho. Una defensa. No solo física.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé lo que cuesta mantener una casa así. Sé lo que implica restaurarla con dignidad. Y sé leer presupuestos inflados cuando los veo.

—¿Has estado husmeando?

—Tengo contactos —respondí con calma—. Y tengo ojos. Esta casa te va a tragar entera si no haces algo.

—Lo estoy haciendo. A mi manera.

—¿Y cuál es esa? ¿Arruinarte por orgullo?

Vi cómo brillaban sus ojos. De rabia, sí, pero también de algo más.

—¿Y tú vienes aquí como el salvador? ¿El caballero escocés con sus botas de campo y sus millones de whisky?

Me acerqué un paso. No lo hice rápido, tampoco de manera amenazante. Solo me quedé un poco más cerca.

—No he venido a salvarte. He venido porque no puedo seguir ignorando lo que está pasando aquí. —Mi voz bajó—. Porque me importas, aunque tú te empeñes en fingir que no pasa nada entre nosotros.

Vi cómo su respiración cambiaba. Pequeños detalles: las aletas de su nariz, la tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos se apretaban contra su propio codo.

—No me importa cuánto dinero tengas, Lachlan —murmuró—. No me impresiona.

—No intento impresionarte.

—¿Entonces qué quieres?

La distancia entre nosotros era mínima. Podía oler su perfume, una mezcla de algo cítrico y cálido, como canela sobre piel tostada. Mis ojos cayeron a sus labios. Ella lo notó. Se tensó más. O se rindió un poco. Nunca supe cuál fue primero.

—Quiero que dejes de fingir que no me deseas tanto como yo a ti.

Y entonces no hubo más palabras.

Nos besamos como si hubiéramos estado esperando ese momento desde hacía siglos. No fue un beso dulce. Fue salvaje, urgente, con las bocas hambrientas y las manos torpes buscando piel. Mis dedos se enredaron en su cabello, tirando ligeramente hacia atrás su cabeza para besarle el cuello, sentir el pulso vibrante bajo su piel.

Ella se aferró a mi camisa como si necesitara algo sólido a lo que anclarse, y yo la empujé suavemente contra la pared del despacho, entre estanterías llenas de polvo y documentos viejos. El contraste era perfecto. La historia nos miraba, pero no nos importaba.

Mi mano bajó por su espalda, por la curva perfecta de sus caderas. Gemía bajo mi boca, y cada sonido suyo me incendiaba por dentro. Le levanté el jersey sin pedir permiso, y ella no protestó. No lo necesitábamos.

Sus pechos quedaron expuestos, firmes, perfectos. Mis labios bajaron, mis manos la sostuvieron contra la pared mientras ella arqueaba la espalda para sentir más. Cada beso, cada caricia, era una declaración muda: te quiero aquí, ahora, sin pasado ni futuro, solo el presente ardiendo.

Ella me desabrochó los pantalones con desesperación, y yo deslicé su ropa interior sin ceremonia, sintiendo el calor húmedo entre sus muslos. La levanté con facilidad, como si no pesara nada, y la sostuve con una mano firme bajo su muslo mientras la penetraba con un solo movimiento.

Gritó mi nombre, mordió mi hombro y se aferró a mí como si todo el mundo fuera a romperse si dejábamos de estar así, cuerpo con cuerpo, alma con alma.

Nos movimos con ritmo. Lento al principio, luego más rápido. Ella marcaba el compás con sus caderas, con sus gemidos, con sus uñas clavándose en mi espalda. Yo la observaba, fascinado. Era arte y fuego y caos. Era deseo puro.

El clímax nos alcanzó juntos. Un rugido bajo en mi garganta. Un gemido roto en sus labios. Nos desplomamos sobre la alfombra, entre papeles y polvo, respirando como si hubiéramos corrido una maratón. El despacho entero parecía girar en torno a nosotros.

No hablamos durante un rato. Ella fue la primera en romper el silencio.

—Esto no cambia nada.

—¿No?

—No significa que necesito tu ayuda.

—Claro que no —dije, mirándola a los ojos—. Pero significa que no puedes seguir fingiendo que no me quieres cerca.

Ella no respondió. Solo se incorporó, buscó su ropa interior entre los papeles y me lanzó una mirada cargada de advertencias, orgullo, deseo no resuelto.

La tormenta aún no había pasado.

Volví a casa al anochecer. No porque quisiera marcharme, sino porque sabía que quedarme habría complicado aún más lo que ya era un torbellino.

Paula me había dejado claro, en silencio, con sus ojos, con su cuerpo tenso cuando se vistió sin mirarme, que lo de esa tarde no era más que una explosión contenida, no una promesa. Y tampoco un comienzo.

Y sin embargo… había algo en sus ojos que no podía fingirse.

Entré en mi despacho con el abrigo aún puesto, el cuello del cárdigan húmedo por la llovizna que había empezado a caer. Me serví un whisky sin hielo, puro. De mi propia destilería. Uno de los barriles más antiguos, el que guardaba para momentos que pedían claridad.

Me dejé caer en la butaca de cuero y contemplé el fuego de la chimenea. Las llamas bailaban como si supieran lo que hervía dentro de mí. Me obligué a recordar. A ella. A Moira.

Mi prometida de juventud. La primera mujer a la que entregué algo más que deseo. La única, hasta ahora, que había conocido mis debilidades, mis inseguridades. La que me miraba con ojos llenos de promesas que, al final, no fueron más que humo.

Teníamos planes. Teníamos futuro. O eso creía yo. Hasta que la encontré con otro. No se trató de un extraño, sino de un socio. Un traidor. El tipo de hombre que era capaz de sonreír mientras te clavaba el puñal.

Aquella traición me cambió. Me volvió duro. Cerrado. Frío. Levanté muros. Y entonces llegó Seraphina.

Brillante. Hermosa. Peligrosamente atractiva. Supe desde el principio que era fuego del que quemaba, no el que calentaba. Pero la dejé entrar. Porque era más fácil sentir deseo que amor. Más fácil controlar el cuerpo que abrir el alma.

Durante años, Sera había sido mi vía de escape. Mi sombra recurrente. Nunca me pidió amor, pero exigía atención, espacio, estatus. Se movía entre mis círculos como si ya llevara mi apellido. Sabía manipular, seducir, amenazar con sonrisas. Lo permití porque nunca se acercó a donde dolía. Nunca tocó el corazón. Solo el ego.

Pero ahora… Ahora estaba Paula. Tan distinta. Tan real. No necesitaba a nadie. No jugaba a seducir. No se rendía. Su orgullo no era una máscara: era una armadura forjada por el dolor, por la decepción. Como la mía.

Y, aun así, cuando me dejaba mirarla, pero mirarla de verdad, no veía frialdad, sino pasión. Una ternura contenida. Una llama más antigua que todo este lugar.

Ella me descolocaba.

Porque me hacía querer ser mejor. Ni más rico ni más exitoso. Simplemente, mejor.

Era absurdo. Habíamos compartido tan poco y, sin embargo, cada conversación, cada roce, incluso las discusiones, eran como grietas en una coraza que creía inquebrantable.

Pensé en cómo me había enfrentado a ella esa tarde. En cómo me había plantado cara sin miedo. En cómo se había rendido solo cuando lo deseaba, y

no antes. En cómo su cuerpo había respondido al mío con una sinceridad que no se compraba ni se fingía.

Paula no era una amante más. No era una historia más.

Apuré el whisky y cerré los ojos. Mi padre decía que los hombres se definían por lo que hacían cuando nadie los miraba. Y yo sabía lo que debía hacer.

Tenía que dejar de esconderme detrás del whisky, de la empresa, de los negocios y de la reputación. Tenía que dejar de usar el control como escudo. Porque Paula no necesitaba que la protegieran… necesitaba que la respetaran. Que la trataran como igual. Que la vieran. Y yo la estaba empezando a ver.

Y me gustaba lo que veía. No solo su cuerpo. Su coraje. Su voz firme. Su risa cuando bajaba la guardia. El modo en que acariciaba una cuchara de madera como si tuviera vida.

Me levanté de la butaca con decisión. De nuevo el viento golpeaba las ventanas. La tormenta que había olido esa tarde al llegar a su casa estaba ya encima. Pero no me importaba.

Porque la verdadera tormenta estaba dentro de mí. Y por primera vez en años, no quería escapar.

Quería quedarme. Quería enfrentarla. Quería luchar por algo más que propiedades o tradición u honor familiar. Quería a Paula. Aunque aún no supiera cómo decírselo sin asustarla. Aunque aún no supiera si ella me dejaría entrar.

Pero sí sabía una cosa. No iba a rendirme.

Capítulo 24



Paula

Aquella mañana de viernes amaneció con olor a mantequilla fundida, a mermelada casera y a pan caliente.

La cocina de la mansión, esa cocina enorme, con techos altos, alacenas que parecían guardar siglos de historia y una mesa de madera maciza que podía resistir hasta el fin del mundo, estaba más viva que nunca. Me sentía como dentro de una película de época, pero con cámara digital incluida, cortesía de Martina, que se movía como pez en el agua entre los muebles antiguos, enfocando, riendo, dando indicaciones sin dejar de sostener el móvil con una mano y una taza de té con la otra.

—¡Vale, Paula, desde el principio otra vez! Que en el anterior clip tenías harina en la nariz.

—Pues déjala —protesté con una sonrisa—. ¡Eso también es cocina real!

Eloisa, desde el otro extremo de la encimera, soltó una risita discreta mientras amasaba con energía una bola de masa que iba a convertirse en algo delicioso. Su moño blanco se movía con cada gesto, como si tuviera vida propia, y sus ojos azules brillaban más que nunca.

—Deja que lo diga ella —añadió—. Si no acabas llena de harina hasta las cejas, no estás cocinando de verdad.

—¡Exacto! —exclamé, sacudiéndome las manos—. Bienvenidas, bienvenidos, a la nueva sección de "Recetas entre nieblas". Hoy, desde el corazón de las Highlands, con una invitada de lujo: la maravillosa Eloisa MacFarlane, guardiana de todos los secretos de la cocina escocesa.

Martina hizo un zoom dramático con la cámara.

—Me encanta eso de "Recetas entre nieblas". Te pega.

—¿Verdad que sí? —respondí—. Un poco de mística, un poco de mantequilla y mucho carácter.

—Y whisky —apuntó Eloisa, levantando una botella pequeña que tenía al lado—. No olvides el toque esencial.

—¡Por supuesto! Whisky escocés, directo a la receta… y tal vez un chorrito para la cocinera.

Reímos las tres. Todo aquello se sentía tan natural, tan auténtico. Había algo terapéutico en ese momento. Después de semanas de presupuestos imposibles, dudas, emociones desbordadas y silencios incómodos con cierto escocés de ojos tormentosos, esa mañana se sentía como una bocanada de aire fresco. Como un volver a mí misma.

—¿Qué preparamos primero? —preguntó Martina desde detrás del móvil.

—Vamos a empezar con algo clásico —dije—. *Scotch broth*, una sopa tradicional escocesa con cebada, cordero, zanahoria, nabo y puerro. Caliente, contundente y perfecta para días fríos como este.

Eloisa ya tenía todo preparado en una tabla de cortar que parecía un altar de verduras recién lavadas. Mientras troceaba el puerro con precisión de cirujana, yo explicaba cada paso, bromeando sobre el origen del plato, los recuerdos familiares de mi abuela Carmen con sopas en Córdoba y las diferencias culturales que se cocinaban también en una olla.

—Y ahora, el toque de cebada —dije, mostrando el ingrediente a cámara —. Tiene que cocer despacito, para que suelte todo el almidón y espese bien. Esto no es una sopa con prisas.

—Como tú con los sentimientos —murmuró Martina, y no pude evitar lanzar una carcajada.

—¿Perdona?

—Nada, nada. Cosas de la producción —se excusó, con su sonrisa de "sé más de lo que dices".

—Vamos a seguir —interrumpí, fingiendo indiferencia—. Mientras la sopa hierve, vamos a preparar uno de mis favoritos: el *cranachan*.

—El postre más seductor de Escocia —comentó Eloisa, colocando en la mesa copas de cristal, nata montada, miel, whisky y frambuesas frescas.

—¿Seductor? —pregunté, arqueando una ceja.

—Es dulce, tiene carácter y deja ganas de más. Como ciertas personas de esta casa —dijo con su humor seco, sin mirar a nadie en particular.

Martina ahogó una risa. Yo resoplé y me concentré en mezclar suavemente la nata con la miel y el whisky. La textura era cremosa, brillante, casi pecaminosa. Añadí las frambuesas con cuidado, alternando capas como si estuviera armando un pequeño poema culinario.

—Y ahora, las *toasted oats*. Avena tostada en mantequilla y azúcar moreno. Crujiente, perfumada… —Cogí un pellizco y lo dejé caer sobre la copa—. Esto es lo que da el contraste. Lo inesperado.

—Como ciertos besos —soltó Martina, y Eloisa soltó un bufido que fue casi una carcajada.

—Voy a echarte de la cocina, Romero —advertí, entre risas—. O por lo menos a ponerte a pelar patatas.

—¡Acepto! Pero solo si me grabas desde mi mejor ángulo.

Seguimos grabando durante casi dos horas. Preparé *haggis bonbons*, una versión más "moderna" y aceptable visualmente del tradicional haggis,

shortbread con lavanda y un bizcocho especiado de jengibre con glaseado de limón.

Eloisa me enseñó un par de técnicas nuevas, como cómo envolver mejor los *bonbons* para que no se abrieran al freírlos, y cómo hacer que el *shortbread* quedase perfecto sin desmigarse. La mujer tenía una sabiduría antigua en las manos, y yo la absorbía como una esponja.

—Deberías hacer una serie completa desde aquí —me dijo en un momento Martina, mientras revisaba las tomas en el móvil—. Esta cocina tiene una luz increíble. Es acogedora, auténtica, diferente. Tiene historia. Tiene eco.

Me detuve un segundo con las manos aún manchadas de masa. Tenía razón.

Esa cocina no era solo un espacio funcional. Era una oportunidad. Una identidad visual, emocional, cultural. Algo que podía unir mi mundo digital con este legado que aún me pesaba, pero empezaba a enamorarme.

—¿Sabes qué? —respondí—. A lo mejor es justo lo que necesitaba. Algo nuevo, pero con raíces. Como yo.

Eloisa me observó desde el otro lado de la cocina. No dijo nada, pero me sonrió con los ojos.

Y yo, por primera vez en semanas, sentí que sí. Que quizá, solo quizá, todo esto tenía sentido.

Grabamos hasta pasado el mediodía.

La cocina había quedado impregnada de olores irresistibles: mantequilla derretida, especias cálidas, whisky, frutos rojos, pan horneado. El tipo de ambiente que yo siempre soñaba para un rodaje. No solo por el aroma, sino por lo que transmitía. Por lo que decía, sin palabras.

Mientras revisábamos las tomas con Martina, sentadas en los bancos altos junto a la isla central, yo ya empezaba a imaginarlo: una serie especial, con contenido exclusivo desde Escocia. Un enfoque más íntimo, más local, más

narrativo. Cada plato con su historia. Cada historia con su raíz. Y en el centro, esa cocina que parecía un personaje más.

—¿Te das cuenta de lo que tienes aquí? —me dijo Martina, dejando el móvil sobre la encimera y estirándose como un gato satisfecho—. Esto no es solo una cocina. Es un escenario. Un plató. Tiene luz natural, tiene alma… tiene madera vieja que suena a historia cada vez que se pisa.

—Y tiene un horno que tarda mil años en calentarse —respondí, bufando al mirar el panel de temperatura que aún parpadeaba.

—Sí, bueno, detalles técnicos —rio—. Pero es auténtica. No puedes fabricarlo con atrezo, Paula. Esto es oro. Te lo digo como tu mejor amiga, pero también como tu productora ocasional.

La miré y me mordí el labio. No quería decirlo en voz alta todavía, pero… sí, algo dentro de mí lo sabía. Esa cocina era mucho más que ladrillos y madera.

Era una puerta. Una oportunidad de reinventarme.

—Y tiene sentido —añadió Martina, como si me leyera el pensamiento—. Estás volviendo a tus raíces, pero también las estás redefiniendo. No eres solo “la chica de las recetas de fusión con acento cordobés”. Ahora puedes ser la que recupera sabores olvidados, la que cuenta historias a través de la comida. La que cocina con niebla en los cristales.

—¿Me estás escribiendo la bio del canal o qué?

—Lo mismo —respondió con una sonrisa—. Pero mírame y dime que no lo sientes también.

Lo sentía. Más de lo que quería admitir. Asentí con un suspiro suave y miré alrededor. Las paredes de piedra, el alfeizar ancho con botellas viejas de vidrio verde, las cortinas de lino crudo que bailaban con el aire frío que se colaba desde la puerta trasera. Todo tenía algo de hogar, incluso si aún no sabía si era el mío.

—Vale —dije—. Vamos a darle una oportunidad a esta cocina.

Martina levantó su taza como si brindara.

—Por la nueva etapa. Y por horno lento.

Reí y apuré el último sorbo de té. Luego miré el reloj.

—Mierda… Son las cinco. Tengo que arreglarme.

—¿Para?

Le lancé una mirada. Lo sabía perfectamente, pero se estaba haciendo la tonta a propósito.

—Voy a cenar con Lachlan. Ya lo sabes.

—¿Cenar con o… cenar, *cenar*?

—¡Cenar! Con comida, conversación y, supongo que tensión sexual no resuelta flotando entre los cubiertos.

Martina soltó una carcajada.

—Eso quiero verlo.

—Pues no, señorita Romero. Es una cena privada. Y necesito tu ayuda. Porque llevo desde que llegué aquí vistiendo como una mezcla entre turista perdida y viuda de siglo XIX. Y no pienso aparecer en su casa oliendo a cebolla y con las greñas llenas de harina.

—Sube. Tengo ideas.

Nos fuimos a mi habitación riendo. Martina sacó su mochila de "emergencias *fashionistas*" y la volcó sobre la cama. Pintalabios, planchas de pelo, horquillas, cremas, perfumes. Todo. Lo que yo no sabía ni que existía, ella lo tenía.

—Vale —dijo, inspeccionándome como si fuera un lienzo en blanco—. ¿Qué quieres proyectar esta noche? ¿Sofisticación? ¿Naturalidad peligrosa? ¿Despreocupación sensual?

—No quiero parecer desesperada.

—Bien. Entonces elegimos el equilibrio perfecto: misteriosa pero accesible. Con un toque de "sí, me he arreglado, pero sin esfuerzo… aunque sí, claramente he pensado en ello durante horas".

Me dejé caer en la silla frente al espejo. Ella se puso detrás y empezó a trabajar como una artista. Primero el cabello: ondas suaves, con textura, dejando mi lunar bajo la comisura de la boca medio visible. Después, maquillaje natural, pero con labios marcados, de un rojo frambuesa que no era ni demasiado inocente ni demasiado agresivo.

—¿Y ropa? —pregunté mientras ella me aplicaba el iluminador con mimo.

—Tranquila. Ya lo he robado del armario de abajo. —Fue hasta la cama y levantó un vestido de lana fino, color vino oscuro, de manga larga, ceñido en la cintura, con escote cruzado—. Este dice: "Tengo cultura, tengo pasión, y podría arruinarte emocionalmente si me das pie".

—Me representa.

Lo combinó con unas medias tupidas y unos botines de tacón medio. Mientras me vestía, ella se encargó de colgar unos pendientes pequeños y perfumarme con algo que olía a brezo y almizcle.

Me miré al espejo y… me vi. No solo guapa. Me vi presente. Con ganas. Con esa mezcla de nervios y emoción que hacía tiempo no sentía.

—Estás preciosa —dijo Martina, seria por un segundo—. Pero, sobre todo, estás… viva.

—Es él —confesé, en voz más baja—. No sé qué hace, pero cuando está cerca, todo parece más intenso.

—Porque no es solo atracción, Paula. Es que te reta. Y tú lo necesitas. Lo sabías desde el principio.

—No sé si esto va a ninguna parte.

—Lo sabrás si lo vives.

Asentí. Cogí el abrigo, la bufanda y el bolso. Martina me acompañó hasta el umbral de la puerta.

—Y si se pone demasiado escocés, le das con la cuchara de madera que te regaló Eloisa.

—¿Eso es un consejo amoroso?

—Es un consejo de defensa personal.

Nos reímos y salí al encuentro de la noche.

El aire frío me golpeó en las mejillas, pero no me importó. Porque iba a cenar con Lachlan MacDuncan. Y esta vez, no solo llevaba dudas en la cabeza.

Llevaba preguntas. Deseos. Y la sensación peligrosa de que todo podía cambiar.

Capítulo 25



Lachlan

Aquella tarde de viernes, el aire frío y húmedo de Glencoe me envolvía mientras esperaba junto a la vieja verja en la entrada de la mansión de la familia McAlister. El cielo, encapotado y gris, era un reflejo perfecto de la tormenta que sentía dentro de mí desde que había visto a Paula por última vez. Tenía que recogerla y llevarla a cenar a un sitio especial que conocía, un restaurante pintoresco donde la comida era auténtica, y el ambiente, acogedor.

Cuando apareció en la puerta, me detuve a admirarla sin poder evitar una sonrisa que quizá no debía. Paula estaba preciosa, con su cabello cayendo en ondas suaves hasta los hombros, y esos ojos verdes almendra que parecían brillar incluso con la luz tenue del atardecer escocés.

—Hola —saludó con una sonrisa que hizo que me olvidara de lo que estaba pensando.

—Estás muy guapa esta noche —dije inclinándome y le besé en la mejilla.

—¿Esta noche? —arqueó la ceja—. ¿Es que el resto del tiempo estoy fea?

—No he dicho eso, así que no pongas palabras en mi boca que no has oído. Y si me lo permites —me incliné hasta que mis labios quedaron a la altura de su oído, para poder susurrar—. Prefiero tener otras cosas en mi boca.

Sentí cómo se estremecía. Era tan fácil provocarla…

El roce de su mano contra la mía al subir al coche me provocó un cosquilleo que no sentía desde hacía mucho.

Durante el camino, las palabras fluyeron con naturalidad, como si el tiempo se hubiese detenido para nosotros dos. Me habló de Córdoba, de su vida en España, y yo le conté cómo era la rutina en Glencoe, la destilería, el silencio de las montañas y la fuerza que me transmitía aquella tierra.

Llegamos al restaurante, una pequeña joya con paredes de piedra y vigas de madera, decorado con cuadros antiguos y lámparas de hierro forjado. Pedimos ostras frescas como entrante, un plato que siempre me recordaba a la costa brumosa donde solía ir con mis padres de niño. Paula parecía disfrutar de cada bocado, y yo disfrutaba aún más de verla sonreír, de observar cómo sus mejillas se teñían de un rubor delicado cuando nuestras miradas se cruzaban.

El plato principal fue un guiso de cordero con hierbas locales, acompañado de patatas y verduras al horno. Mientras comíamos, la conversación se hizo más íntima. Le hablé de mi abuelo, Grant MacDuncan, un hombre fuerte y justo que siempre tuvo un ojo puesto en la mansión y en nuestra familia. Le comenté que su abuelo había tenido una buena relación con él, y también con mi padre, lo que de algún modo me hacía sentir un poco más cerca de ella. Recordé haber visto a Paula, siendo una niña, en la mansión de Lady Agnes. Me sorprendió al saber que solía pasar allí veranos y navidades con sus abuelos y su madre.

—Ahora entiendo por qué me pareciste familiar —le dije, sonriendo—. Te vi una vez paseando con Lady Agnes, riendo bajo la lluvia escocesa. Esa imagen quedó grabada en mi memoria.

Ella sonrió con melancolía, y en ese momento la distancia que había entre nosotros pareció desvanecerse.

Para terminar, compartimos un postre que combinaba chocolate y canela, un sabor cálido que parecía encerrar la esencia misma del invierno escocés. Mientras sorbíamos el último sorbo de whisky, la complicidad entre nosotros

era palpable. El ambiente estaba cargado de miradas furtivas y sonrisas contenidas. Cada gesto, cada palabra, parecía un puente tendido entre dos almas que se habían perdido, pero que ahora empezaban a encontrarse de nuevo.

Y a pesar de que había tenido en cuenta que existía la posibilidad de que el tema de la compra de la propiedad que ella había heredado saliera durante nuestra conversación, ese no fue el caso.

Al acabar la cena, le propuse ir a mi mansión a tomar una copa. Ella frunció ligeramente el ceño y me confesó que no le gustaría encontrarse con Cameron, mi hermano.

—No te preocupes —respondí con una sonrisa—, cada uno tenemos nuestro espacio. Él está en su ala y yo en la mía. No hay problemas.

Paula dudó un instante, pero luego aceptó. Sentí una alegría sutil, un pequeño triunfo en un juego que apenas empezaba.

Mientras conducía de regreso, el silencio entre nosotros no era incómodo, sino lleno de promesas no dichas, de deseos que crepitaban bajo la superficie. Sabía que esa noche no sería como ninguna otra, y que las sombras del pasado comenzarían a ceder ante una llama nueva y urgente.

La mansión estaba en silencio, salvo por el crepitar de la chimenea y el suave ruido de nuestras pisadas sobre la alfombra antigua. Cerré la puerta tras nosotros y la oscuridad del ala norte nos envolvió. Paula me siguió con pasos firmes, aunque podía notar la ligera tensión que se dibujaba en su expresión, mezcla de curiosidad y ese nerviosismo que siempre me encantaba provocar en ella.

—Aquí es donde paso la mayor parte del tiempo —dije, abriendo la puerta de mi habitación—. Menos la oficina, claro, pero esa ya la conocerás.

Entramos, y el calor de la chimenea nos recibió como un abrazo. El humo ambarino llenaba la estancia y hacía que todo pareciera más íntimo, más cercano.

Paula se acercó a la ventana, contemplando la lluvia que empezaba a golpear con más fuerza el cristal.

—Esto es… diferente a lo que estoy acostumbrada —musitó con voz baja, casi un suspiro.

—Lo sé —respondí, acercándome a ella—. A veces, esta casa puede parecer una prisión, pero también es un refugio. Un lugar que lleva la memoria de generaciones, igual que tú y yo llevamos las nuestras.

La miré a los ojos y vi que sus mejillas se teñían de un rojo suave. Su respiración se aceleraba ligeramente, y yo sentí cómo mi propio cuerpo respondía al latir de su corazón.

Me acerqué despacio, sin prisa, dejando que cada movimiento aumentara la tensión que flotaba en el aire.

—Paula —susurré—, nunca pensé que tú me harías sentir todo esto.

Ella giró la cabeza hacia mí, y comprobé que sus ojos verdes brillaban con esa mezcla de desafío y vulnerabilidad que me volvía loco.

—Lachlan… —dijo con voz temblorosa—. Esto… esto es imposible. No deberíamos estar aquí así.

—¿Por qué? —pregunté, acercando mis labios a su oreja—. Porque siento que cada vez que te alejas, una parte de mí se rompe.

Sus manos encontraron las mías, apretándolas con suavidad, como buscando seguridad.

—No sé cómo dejarte ir —confesé, casi en un susurro—. No porque quiera controlar tu vida, sino porque sin ti, todo pierde sentido.

La distancia entre nosotros se acortó hasta que apenas quedaba un suspiro. Nuestros labios se encontraron con una urgencia contenida, un roce que quemaba, que pedía más.

Ella respondió con igual pasión; sus manos recorrieron mi espalda, sus dedos hundiéndose en la lana gruesa de mi jersey. Sentí su cuerpo temblar contra el mío y, sin pensarlo, la cogí en brazos, llevándola hacia el sofá.

Nos dejamos caer entre cojines y mantas, el mundo reduciéndose a la calidez de nuestra piel y el latido de nuestros corazones sincronizados.

—Te he deseado —le confesé entre besos—. Más de lo que creía posible, dado que empezamos odiándonos.

—Yo también —dijo, con la voz rasgada por la emoción—. Aunque no quería admitirlo, ni siquiera a mí misma.

Nos entregamos a ese fuego que nos consumía, olvidando por un momento lo que nos había hecho conocernos, las dudas y los miedos.

Sus labios, su piel, el olor a lluvia y a madera quemada… todo se fundió en un solo instante eterno.

La desnudé poco a poco, pero con la urgencia de querer verla completamente desnuda y entregándose a mí.

Me acomodé entre sus piernas y lamí su sexo haciendo que se estremeciera, disfrutando de cada uno de los gemidos que salían de su boca cuando mi lengua se deslizaba entre sus pliegues. Ella me deseaba, ella me necesitaba, y yo estaba más que dispuesto a darle lo que quería en ese momento.

Seguí lamiendo y comencé a penetrarla con dos dedos; Paula gritaba y movía las caderas en busca de más, ofreciéndome su sexo caliente, húmedo y palpitante, que devoré a conciencia hasta que se corrió con un grito ensordecedor y la espalda arqueada.

Cuando me retiré, la vi incorporarse y besarme al tiempo que llevaba una de sus manos a mi miembro. Un gruñido casi salvaje salió de lo más profundo de mi ser cuando su mano, cálida, suave y pequeña, envolvió mi erección y comenzó a masturbarme.

Llevé mi mano a su nuca y la atraje más hacia mí para perderme en ese beso urgente que me daba mientras seguía llevando su mano de arriba abajo en un ritmo exquisito. Esta mujer no solo me hacía desesperar en ocasiones, sino que era capaz de provocarme de tal manera que mi control se iba a la mierda cuando la tenía cerca.

Tiré ligeramente de su cabello hacia atrás, rompiendo el beso y dejando su cuello más expuesto. Lamí y besé ese punto en el que su pulso era palpable, mordisqueé la piel sensible de su cuello y ella gimió mientras seguía masturbándome.

La miré a los ojos y vi el deseo brillando en ellos; se mordió el labio y por un segundo los imaginé en otro lugar. Como si me leyera la mente, Paula comenzó a inclinarse y, cuando quise darme cuenta, tenía mi miembro en su boca.

Joder, esta mujer era capaz de desarmarme por completo y sorprenderme de las maneras más insospechadas.

Siguió acogiéndome en su boca mientras sus ojos se quedaban fijos en los míos, mientras yo me perdía en ese momento, viendo mi miembro aparecer y desaparecer entre sus labios.

Y me retiré justo a tiempo para no acabar corriéndome como un adolescente.

La coloqué de rodillas en el sofá, apoyada en el respaldo, y me hundí en ella con una fuerte y profunda embestida. Paula gimió dejando caer la cabeza hacia atrás y aproveché ese momento para volver a besarla.

La penetré con fuerza una y otra vez, haciéndola disfrutar de ese momento tanto como lo estaba haciendo yo.

Nuestros cuerpos se exploraron con ansias contenidas, cada caricia despertando una oleada de sensaciones que nos hacía temblar de deseo.

Entre susurros y gemidos, nos perdimos en un universo donde solo existíamos nosotros dos. Hasta que el clímax nos golpeó con tanta fuerza que

fue inevitable no dejarnos llevar. Y lo hicimos, llegando a ese punto de no retorno al mismo tiempo, gimiendo en la boca del otro y notando cómo el cuerpo nos temblaba presa del placer.

Caímos rendidos en el sofá y nos quedamos allí, en silencio, acompañados por el fuego y el calor de la chimenea, en ese instante en el que sobraban las palabras.

En un momento, ella apoyó la cabeza en mi pecho, y yo acaricié sus cabellos mientras susurraba:

—Quizás esto sea lo que siempre hemos estado buscando, sin saberlo.

—Paula —dije, con el corazón en la garganta—, si tuviera que elegir entre *Dunrannoch House* y tú, te juro que te elegiría a ti. Porque tú eres lo que da sentido a todo.

Ella levantó la mirada y sonrió, esa sonrisa que me había enamorado sin darme cuenta días atrás y que todavía podía detener el tiempo.

Nos quedamos así, abrazados, mientras el fuego lentamente se consumía, y fuera la tormenta seguía su canto.

Aquella noche no fue solo de pasión, sino de redescubrimiento, de segundas oportunidades, de entender que a veces el deseo podía ser también el comienzo de algo mucho más profundo.

Aquella noche la volví a hacer mía en la cama, entregándome a ella de igual manera que ella se entregó a mí.

Aquella noche entendí que quizás no era la mansión lo que tanto quería tener, sino a su heredera.

Capítulo 26



Paula

Desperté lentamente, como si saliera de un sueño cálido que no quería abandonar. El aire olía a madera vieja, a lino limpio, y al perfume casi imperceptible de la piel de Lachlan.

La habitación estaba en penumbra, envuelta en esa luz suave que anunciaba que el amanecer aún se estaba desperezando. La brisa fresca de las Highlands se colaba entre las cortinas, trayendo consigo el murmullo lejano del viento entre los árboles.

Sentí el brazo de Lachlan rodeándome, y su mano descansando sobre mi cintura con una naturalidad que me hizo sonreír. No era una caricia posesiva, sino una presencia. Un ancla. Giré ligeramente el rostro y lo encontré despierto, mirándome en silencio. Esos ojos, tan grises que a veces parecían de acero, y otras, como ahora, más azules que una tormenta a punto de estallar, me observaban con ternura contenida.

—Buenos días —susurré, con la voz aún ronca de sueño.

—Buenos días, Paula —respondió, sin dejar de mirarme—. No hay un sitio mejor para despertar.

Su acento escocés, grave y pausado, me recorrió como una caricia. Nos sonreímos, y hubo un instante en el que las palabras se volvieron innecesarias. Su mano acarició mi mejilla, luego bajó por mi cuello y mis

clavículas, hasta detenerse en la curva de mi cadera. Nos besamos, despacio al principio, como si quisiéramos memorizar cada segundo, cada sabor. Luego, con más hambre, más necesidad.

Sus labios eran firmes, seguros, pero dulces. Tenía esa manera de besar que te hacía sentir que el tiempo se detenía, como si no existiera nada más allá de ese instante. Y sus manos… sabían dónde y cómo tocar. No desde el deseo solamente, sino desde un cuidado que me desarmaba.

No hablábamos. No hacía falta. La noche anterior había sido un incendio. Ahora era un resplandor que aún ardía en nuestros cuerpos, queriendo avivarse de nuevo.

Pero justo cuando sentí que el deseo empezaba a apoderarse de mí otra vez, que su cuerpo buscaba el mío con esa mezcla de impaciencia y ternura que tanto me gustaba, sonó su móvil. Un zumbido insistente, como un insecto que no podíamos ignorar.

Lachlan suspiró y apoyó la frente contra la mía por un instante.

—Lo siento —murmuró con pesar—. Tengo que contestar.

Asentí, aunque por dentro deseaba arrancarle el móvil de las manos y tirarlo por la ventana. Se incorporó, desnudo, buscando el teléfono sobre la silla donde había dejado sus pantalones la noche anterior. Observé cómo la luz grisácea de la mañana dibujaba sombras sobre su espalda musculosa. Me gustaba verlo así, con el cabello despeinado, con ese cuerpo real y fuerte que no parecía de catálogo, sino de hombre que había vivido, que había sufrido, que había amado.

Su tono cambió nada más responder.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Ahora mismo? —Hubo un silencio tenso mientras escuchaba—. Sí, estoy en camino.

Me quedé en la cama, abrazando la sábana, y observando cómo se vestía. Cada movimiento era rápido pero cuidadoso, como si no quisiera romper del todo el hilo invisible que aún nos unía.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Un problema con una de las calderas en la destilería —dijo mientras abrochaba su camisa—. Uno de los técnicos nuevos cometió un error con la válvula de presión. No puedo delegarlo.

Asentí, aunque me costó no dejar ver la decepción.

—No te preocupes. Entiendo que el trabajo es importante.

Se acercó de nuevo a la cama. Se inclinó sobre mí y me acarició la mejilla con los dedos ásperos. Su mirada tenía algo de culpa.

—Lo es —admitió—. Pero tú también lo eres. Te prometo que esta tarde estaré libre. Me encantaría… continuar donde lo dejamos.

—Eso suena a una muy buena idea —sonreí, besando sus labios suavemente.

Me besó la frente con una dulzura inesperada. Me vestí y salimos juntos de la mansión, ya que me dejaría en la mía antes de irse.

Cuando entré en *Dunrannoch House* me llegó el olor del café recién hecho desde la cocina.

Martina ya estaba allí. Su delantal azul atado con descuido, el cabello recogido en una trenza que le caía por un lado del cuello. El aroma de café y pan recién hecho impregnaba el aire.

—Buenos días, Paula —dijo, con una sonrisa que decía mucho más que esas dos palabras—. Parece que has dormido bien, ¿eh?

Me tendió una taza de té, y su mirada brillaba con una chispa de picardía que no se molestó en disimular.

—Gracias —dije, sentándome en la mesa—. Huele increíble.

—Desayuno escocés de verdad. Y bollos caseros. He tenido una mañana inspirada.

—O una noche con mucha información —respondí, arqueando la ceja.

Nos reímos, como dos amigas adolescentes compartiendo un secreto. Esa complicidad cálida con Martina era algo que había aprendido a valorar con los años.

—Y bien —dijo mientras servía más té—, ¿cómo fue la velada?

Miré la taza entre mis manos, tratando de poner en palabras algo que aún estaba procesando.

—Fue… intenso —admití—. Diferente a lo que había vivido antes. Como si el tiempo se detuviera por unas horas.

—Así que fue algo así como mágica —asintió ella, dando un bocado a un bollo.

—Sí. Pero también real. Como si algo se hubiera movido dentro de mí, algo que llevaba dormido mucho tiempo.

Martina me observó un segundo en silencio y luego dejó la taza en la mesa con suavidad.

—Es que eso es el amor, Paula. No la parte de los fuegos artificiales, sino la que te hace sentir que puedes respirar de nuevo.

Quise decir algo, pero no pude. Solo asentí. Porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Los días siguientes se deslizaron con una suavidad inesperada. Como si la mansión, con su historia de piedras viejas y silencios largos, me abrazara lentamente, aceptando mi presencia.

Por las mañanas, tras el desayuno con Martina, que siempre incluía algún manjar salido de sus manos mágicas, me ponía ropa cómoda, me recogía el cabello en una coleta improvisada y me entregaba al trabajo físico con una energía que me sorprendía.

Había algo terapéutico en el polvo, en la madera astillada, en el crujido de las vigas. Cada clavo que reemplazaba, cada ventana que lograba abrir tras décadas de encierro, cada capa de pintura vieja que raspaba era como una capa de mí misma que también se desprendía. No era solo restaurar una casa. Era restaurarme a mí.

La primera vez que me atreví a entrar sola en la biblioteca, me temblaron las manos. El olor a papel viejo y cuero reseco me golpeó como un recuerdo olvidado. Los libros, apilados en estanterías que casi tocaban el techo, parecían dormidos, esperando ser despertados. Me quedé allí un largo rato, acariciando los lomos gastados, reconociendo títulos que mi madre me había leído de niña y otros que mi abuelo solía consultar con una lupa vieja.

—¿Sabías que este lugar tiene una primera edición de *"Las flores del mal"*? —dijo Euan desde la puerta, haciéndome girar de golpe.

Llevaba las manos llenas de tierra, una camisa de cuadros arremangada y una sonrisa fácil. Tenía ese tipo de presencia que no imponía, pero que llenaba el espacio. Tranquilo. Firme. Real.

—¿En serio? No tenía ni idea —respondí, aún algo sorprendida por su repentina aparición.

—Mi madre me enseñó a reconocer los buenos libros antes que a andar en bicicleta —dijo, entrando—. ¿Puedo?

Asentí. Caminó hacia una de las estanterías laterales y, con la familiaridad de quien había estado allí mil veces, retiró un volumen delgado, de tapa negra.

—Aquí está. Baudelaire. Un loco brillante.

—¿Y tú lo leíste?

—Solo algunos poemas. Pero hay uno que siempre me ha gustado.

Abrió el libro con delicadeza, como si fuera un objeto sagrado, y leyó en voz baja:

—Tienes en tus ojos la tarde y la mañana, en tu aliento el perfume de la flor.

Lo dijo con esa cadencia particular del escocés que recitaba en francés, como si estuviera traduciéndose a sí mismo. Me estremecí. No por el poema, sino por el momento. Por la paz que emanaba de él.

—Creo que este lugar necesitaba alguien como tú —dijo, cerrando el libro.

—¿Y cómo es alguien como yo?

—Alguien que no huye del polvo. Ni de los recuerdos.

No supe qué responder. Tal vez porque, por primera vez, me sentí vista. Realmente vista.

Euan se convirtió en mi sombra silenciosa durante las jornadas de trabajo. No hablaba mucho, pero sabía cuándo hacerlo. A veces cantaba viejas canciones gaélicas mientras arrancaba la maleza que invadía los senderos del jardín. Otras veces, simplemente compartíamos el silencio.

Juntos descubrimos rincones olvidados del terreno: una glorieta escondida entre arbustos, una fuente cubierta de musgo y un viejo columpio de hierro colgando de un roble. Él me enseñaba sobre las plantas, el nombre de cada flor silvestre, los usos medicinales de algunas raíces, y yo le contaba historias de mi infancia, de los veranos que pasaba corriendo entre los pasillos interminables de la casa.

—¿Y nunca pensaste en quedarte? —me preguntó una tarde, mientras reparábamos el marco oxidado de un portón lateral.

—De niña sí —respondí, limpiándome las manos en el pantalón—. Me parecía que este lugar era mágico. Pero luego… la vida me llevó por otros caminos.

—A veces los caminos nos devuelven al principio.

Lo dijo sin énfasis, como si fuera una verdad universal. Pero me llegó al alma.

Una tarde, el cielo se llenó de nubes y un viento fresco anunció lluvia. Nos refugiamos en la antigua casa de herramientas, donde el techo de metal crujía con cada gota.

—¿Te molesta la tormenta? —me preguntó, al ver que me abrazaba las rodillas sentada en un banco de madera.

—No… En realidad, me gusta. Me recuerda a cuando me escondía aquí con James, el hijo de unos antiguos empleados de Lady Agnes. Jugábamos a que éramos exploradores atrapados en la selva.

Euan rio ante mi respuesta.

—¿Y ahora qué eres?

Lo pensé un momento.

—Una mujer tratando de entender quién quiere ser.

Euan se quedó en silencio. Luego, con ese tono sereno que lo caracterizaba, dijo:

—Yo creo que ya lo sabes. Solo que te da miedo aceptarlo.

Por las tardes, después del trabajo, volvía a la casa, me daba una ducha larga y caliente, y salía al porche con una taza de té. Desde allí, observaba cómo el sol se despedía lentamente, tiñendo de oro los tejados y las colinas lejanas. La mansión crujía, respiraba. Sentía que me hablaba. Que me contaba cosas que había callado durante años.

Una tarde, mientras el cielo se encendía con tonos anaranjados y rojizos, Martina se sentó a mi lado, envuelta en un chal de lana gruesa.

—Se ve que le estás devolviendo el alma a este lugar —dijo, sin mirarme —. Y a ti también.

—¿Tú crees?

—Lo veo en tu forma de caminar. En cómo hablas con más calma. Ya no estás de paso, Paula. Te estás quedando.

Suspiré. Me sentía dividida. Una parte de mí ansiaba esa permanencia. La otra aún temía al compromiso de pertenecer a algo.

—Es que… —Comencé—, a veces me pregunto si merezco tener esta segunda oportunidad. Este lugar, esta paz… y a Lachlan.

Martina se giró hacia mí, con su mirada sabia.

—¿Tú sabes lo que has vivido, lo que has cargado? Merezcas o no, no es la pregunta correcta. La pregunta es: ¿quieres construir algo nuevo con lo que tienes hoy?

Esa noche, me quedé despierta mucho rato en mi habitación, mirando el techo. Pensando en mi padre, en todo lo que no había podido decirle antes de perderlo. En mis errores. Pero también en Lachlan. En sus silencios. En sus promesas. En cómo me hacía sentir como si la vida aún tuviera algo hermoso que ofrecerme.

Y supe que sí. Quería construir algo nuevo.

Capítulo 27



Lachlan

El aire fresco y húmedo de Glencoe acariciaba mi rostro cuando dejé el coche aparcado cerca de la entrada de *Dunrannoch House*. La noche estaba completamente sumida en una quietud profunda, solo interrumpida por el suave susurro del viento entre los árboles. Las luces tenues de la casa se filtraban por las cortinas, marcando una presencia cálida y acogedora en medio de la oscuridad que todo lo rodeaba. No pude evitar que una punzada de curiosidad me empujara a acercarme más, y tal vez también el deseo, esa fuerza intangible que me atraía hacia Paula.

No había podido hablar con ella y verla desde que tuvimos que salir corriendo de mi mansión y la dejé aquí; hacía ya unos días.

Había algo en ella, algo profundo que había comenzado a prender una chispa en mi interior. No era solo su belleza, ni la forma en que me entendía sin palabras, sino la manera en que, sin darse cuenta, había conseguido desarmarme. Algo dentro de mí comenzaba a reconocer que, tal vez, este lugar, este caos emocional que compartíamos, no era solo un refugio. Podría ser el principio de algo más, algo más grande que la simple pasión que habíamos compartido.

Al abrir la puerta principal con suavidad, el crujir de la madera antigua me recibió, como un saludo conocido. Caminé por el pasillo con paso firme pero sigiloso, tratando de no hacer ruido. La casa, con sus techos altos y sus

pasillos oscuros, parecía vivir y respirar por sí sola, como si cada rincón contara una historia que aún no terminaba de ser escrita.

Cuando llegué a la cocina, la escena que encontré me detuvo por un momento. Paula estaba allí, iluminada solo por la luz cálida y amarillenta de una lámpara vieja, que reflejaba en su rostro una serenidad que contrastaba con el bullicio de mi mente. Estaba limpiando y ordenando utensilios, completamente concentrada en lo que hacía. La imagen era tan tranquila y simple que, por un instante, me sentí invadido por una sensación de paz que hacía tiempo no experimentaba.

—No esperaba verte tan tarde —dije, intentando que mi voz sonara casual, aunque la verdad es que algo se agitaba dentro de mí al verla allí, tan cerca, tan real.

Ella se giró rápidamente, sorprendida, y aunque no lo dijo en voz alta, vi el destello de alegría en sus ojos verdes. Esa mirada que siempre me desconcertaba.

—Lachlan... ¿Cómo has entrado? No esperaba verte —respondió, con una mezcla de sorpresa y algo más, algo que me hizo sonreír. Tal vez ella también lo sentía. Tal vez no solo éramos los dos los que quedábamos atrapados en esta conexión inexplicable.

Nos quedamos mirándonos durante un largo instante, el aire entre nosotros denso y cargado de emociones contenidas. Era como si no necesitáramos palabras para comprender lo que ambos estábamos sintiendo, como si la atracción fuera más allá de lo físico.

Finalmente, decidí acercarme, sintiendo que la distancia entre nosotros ya no era algo que debía temer. No pensé demasiado en ello, simplemente me dejé llevar por el impulso de estar cerca de ella, de compartir este momento. La necesidad de verla, de hablar con ella, de estar a su lado, era tan fuerte que no pude resistirla.

—He entrado por la puerta. La cerradura nunca funcionó bien —sonreí de medio lado—. Quería ver cómo iban las cosas —le dije con voz baja, casi un susurro—. Y también... quería verte a ti.

Paula me miró fijamente, con una pequeña sonrisa en los labios, pero sus ojos no dejaban de brillar con una luz cálida, un brillo que solo ella podía transmitir.

—Sabía que lo dirías —respondió, y en su tono había una mezcla de diversión y vulnerabilidad que me conmovió.

Nos sentamos cerca de la chimenea, el crepitar del fuego llenando el espacio con un sonido familiar y reconfortante. El calor del fuego contrastaba con el aire fresco que se filtraba a través de las rendijas de la casa. Era como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros en ese instante, un espacio suspendido donde solo existíamos nosotros dos, sin necesidad de explicaciones.

Empezamos a hablar, de manera relajada, casi como si no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que compartimos una conversación sincera. Paula me habló de su divorcio, del dolor que aún le pesaba, de cómo había tenido que aprender a reconstruir su vida, a encontrar su propio camino. Fue la primera vez que escuché su historia con tanta claridad, con tanta profundidad. Me di cuenta de lo fuerte que había sido, de las cicatrices que llevaba consigo.

Yo, por mi parte, le hablé de mi prometida, sobre la traición que me dejó marcado, cómo me hizo cerrar las puertas de mi corazón. Le hablé de la decepción que aún llevaba conmigo, de los muros que había levantado para protegerme de futuros dolores.

—Supongo que los dos llevamos cicatrices —dije, con un suspiro que escapó de mis labios, más pesado de lo que hubiera querido—. Pero también ganas de encontrar algo que valga la pena.

Paula asintió, y en ese gesto, entendí que no estábamos solos en nuestro dolor. Tampoco en nuestras esperanzas.

—Quizás esto sea el principio de algo distinto —murmuró, mientras me miraba con una mezcla de tristeza y deseo. Era como si de repente el futuro se abriera ante nosotros, lleno de posibilidades, pero también de incertidumbres.

El silencio que siguió estaba cargado de emociones contenidas. No sabíamos qué depararía el futuro, pero de alguna manera, ambos sabíamos que algo estaba cambiando. Algo profundo, algo que nos conectaba de una manera que ninguno de los dos había esperado.

La atmósfera en la habitación se volvió más densa, más eléctrica, como si la casa misma estuviera esperando lo que sucedería a continuación. La tensión entre nosotros creció a medida que nuestras miradas se intensificaban, como si el espacio que nos separaba fuera cada vez más pequeño.

Finalmente, no pudimos contenernos más. La distancia que había entre nosotros desapareció de repente, y nos lanzamos el uno hacia el otro con una urgencia que parecía latir en cada poro de nuestra piel. Cada beso, cada caricia, cada roce estaba impregnado con la necesidad de sentirnos vivos, de dejar atrás todo lo que nos había herido. Era como si el fuego de la chimenea no fuera nada comparado con la llama que comenzaba a arder en nuestros cuerpos.

Sus labios eran cálidos, suaves y tentadores, una mezcla embriagadora de dulzura y deseo. Sentí cómo sus manos temblaban al apoyarse en mi pecho, buscando algo más, buscando respuestas, apoyo. Mis manos recorrieron su piel con una mezcla de respeto y hambre, explorando cada curva, cada signo de vida en su cuerpo.

Nos dejamos llevar sin pensar en el mañana, sin considerar las consecuencias. Solo existía el presente. Solo existía ese instante compartido, el único que importaba en ese momento. Cada caricia, cada roce, cada beso, era una promesa silenciosa de que no estábamos dispuestos a renunciar a este momento, a esta pasión, a esta conexión que nos consumía.

—Lachlan —susurró, con la voz entrecortada por el deseo, mientras mis labios recorrían su cuello—, no sabía que esto podía sentirse así.

—Ni yo —respondí, con voz ronca y la respiración acelerada, mientras mis manos buscaban más de ella—. Pero no pienso dejar que se apague.

La chimenea crepitaba al fondo, pero la verdadera llama era la que ardía entre nosotros, una llama que no podíamos ni queríamos controlar. Nos perdimos en un torbellino de piel y gemidos, de suspiros y susurros, donde cada beso exploraba un territorio nuevo, donde cada movimiento era una declaración de entrega mutua.

Nos desnudamos con lentitud, como si al quitarnos la ropa también soltáramos todo el lastre de años de desconfianza, de temor, de dolor. En ese momento, todo lo que éramos, todo lo que habíamos sido, desapareció. Solo quedaba lo que estábamos creando, lo que estábamos viviendo.

Cuando finalmente nos unimos, fue un momento de pura electricidad y ternura, un equilibrio perfecto entre la pasión más desenfrenada y la delicadeza de dos almas que se habían encontrado en medio del caos. No importaba nada más. No había espacio para el pasado, ni para los miedos. Solo éramos nosotros, sin máscaras, sin barreras, entregados al instante de pura verdad.

Después, tumbados juntos junto a la chimenea, con el sudor aún pegado a la piel, Paula se acurrucó contra mí, y pude sentir su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío. Era un ritmo que parecía indicar que algo nuevo había comenzado, algo que no sabíamos exactamente qué sería, pero que, de alguna manera, ya era irreversible.

—No quiero que esto termine —murmuró, con una sonrisa soñadora que se mezclaba con algo travieso.

—Entonces no terminará —le aseguré, besándola suavemente antes de levantarme para apagar las luces, dejando que la noche nos envolviera en su manto de calma y complicidad.

Mientras ella dormía a mi lado, con la respiración tranquila y su cuerpo cerca del mío, mi mente seguía trabajando a una velocidad vertiginosa. Pensaba en esta mansión, la de Lady Agnes, en la grandeza, la historia, la tradición, mi deseo por comprarla. Y me di cuenta de que, si tuviera que elegir, renunciaría a todo eso con tal de tenerla a ella.

Todo lo demás, las riquezas, el poder, la familia, nada de eso importaba sin Paula. No me importaba la mansión ni lo que se esperaba de mí. Lo único que importaba era este momento, este amor inesperado y tan profundo que ya se estaba haciendo parte de mí.

Y supe, sin lugar a dudas, que no quería que se acabara nunca.

Capítulo 28



Paula

Aquella mañana, la luz del sol se colaba tímida a través de los ventanales de la mansión, deslizándose por las paredes de piedra, iluminando de manera suave los muebles viejos y los rincones oscuros que aún guardaban el eco de tiempos pasados. El aire era fresco, casi primaveral, y la tranquilidad que había dominado los últimos días parecía envolverme en una sensación reconfortante. Sin embargo, esa paz se vio interrumpida cuando escuché el sonido del motor en el camino de entrada. No esperaba visitas, y mucho menos tan temprano.

Me giré hacia la ventana, observando cómo el coche aparcaba cerca de la puerta principal. Cuando la figura de Cameron apareció en la entrada del despacho, con su típica sonrisa fácil y esa confianza despreocupada que parecía fluir de manera natural en él, supe que la jornada iba a cambiar de rumbo. No era una sorpresa que estuviera aquí, pero sí lo era el motivo. Cameron siempre tenía una forma peculiar de hacer que su presencia fuera tanto un alivio como un desafío, una mezcla que a veces me desconcertaba.

—Buenos días, Paula —saludó con esa voz que parecía un eco lejano de los vientos de las Highlands, cargada de serenidad y calidez.

—Buenos días, Cameron —respondí, sonriendo de manera automática, aunque una pequeña inquietud me rondaba por dentro.

Él avanzó hacia mí con su paso seguro, sin esperar invitación. Como siempre, se sentó frente a mí sin mostrar un solo signo de duda. Me hizo un gesto con la mano, como invitándome a tomar asiento.

—He venido a hablar un poco sobre las reformas —dijo, poniéndose serio —. Quiero saber cómo van las cosas. Y, de paso, para ver si estás enfadada conmigo. No has respondido a mis llamadas ni mensajes.

Me quedé en silencio un momento, midiendo cuidadosamente las palabras que debía decir. Quería ser honesta, pero también sabía que las circunstancias no eran las más sencillas. Mi relación con Lachlan, aunque profunda y cargada de emociones, no estaba exenta de complicaciones. No quería que Cameron se sintiera desplazado, ni que malinterpretara lo que había habido entre nosotros.

Finalmente, decidí ser directa, sin rodeos.

—He estado viéndome con Lachlan —solté, con la voz más calmada de lo que sentía realmente en mi interior.

La reacción de Cameron fue inmediata. Primero, un leve levantamiento de las cejas, luego un destello de sorpresa y, finalmente, una sonrisa que no pude identificar del todo. No estaba segura de si era una sonrisa de alivio o de desconcierto, pero lo cierto era que su expresión se suavizó de inmediato.

—Sabía que mi hermano acabaría moviendo ficha —confesó, como si se estuviera quitando un peso de encima—. Por cómo te miraba a ti, y por la manera en que reaccionó cuando se enteró de que habíamos estado juntos.

Lo miré fijamente, dudando un momento. Aquel comentario me desconcertó, pero me hizo pensar en algo que hasta entonces había pasado por alto: quizás, Lachlan nunca había podido ocultar por completo lo que sentía. Había sido tan claro en sus gestos, en sus palabras, aunque yo misma me negara a verlos.

—No soy así, Cameron. No me meto en la cama con el primero que conozco —dije, con una mezcla de molestia y firmeza. No quería que

pensara que estaba tomando las cosas a la ligera, ni que estaba jugando con los sentimientos de su hermano.

Cameron levantó las manos en un gesto de rendición, como si entendiera perfectamente lo que quería decir.

—Tranquila, no estoy molesto ni te tengo por una cualquiera —me aseguró, con una mirada de sinceridad que me tranquilizó, aunque me costaba creerlo completamente.

A veces, las palabras podían esconder intenciones que no se decían en voz alta. Pero su siguiente comentario me sorprendió.

—Solo espero que Lachlan sea lo que necesitas —añadió, con una suavidad en la voz que no era habitual en él.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla, un gesto inesperado y sincero, pero al mismo tiempo cargado de una profunda comprensión. A veces, la gente podía sorprenderte, sobre todo cuando pensabas que ya los conocías bien.

—Nos vemos pronto, Paula —dijo, ya dándose la vuelta para irse, dejándome sola con mis pensamientos.

La puerta del despacho se cerró tras él, y me quedé mirando el vacío durante un largo momento, pensando en sus palabras. Quizás, por fin, las piezas empezaban a encajar, o tal vez solo era el principio de algo mucho más complejo.

Los días siguientes transcurrieron entre reformas, risas compartidas y conversaciones con Euan, que se había convertido en mi compañero inseparable. Trabajábamos codo con codo, arreglando ventanas, limpiando techos, replantando jardines. Poco a poco, la casa parecía despertar de un largo letargo, como si un soplo de vida se hubiera posado sobre cada rincón.

La satisfacción de ver cómo todo empezaba a tomar forma era algo indescriptible, una sensación de logro que no había experimentado en mucho

tiempo. Era como si estuviera reconstruyendo mi propia vida, ladrillo a ladrillo, al igual que la mansión.

A pesar de que me sentía más segura, más conectada con el proyecto, algo extraño comenzó a suceder. Las pequeñas molestias que había notado en los días anteriores empezaron a acumularse. Herramientas que desaparecían sin razón aparente, daños en las zonas exteriores que no podían explicarse por accidentes. No podía dejar de preguntarme si todo esto era fruto de mi paranoia o si realmente había alguien que intentaba sabotearme.

Una mañana, mientras revisaba el estado de una de las ventanas recién restauradas, noté que faltaba una herramienta importante: un destornillador que había dejado sobre la mesa del taller. Miré a mi alrededor, con la esperanza de que fuera solo un despiste, pero la verdad era clara. Alguien había estado allí. Alguien que no debía estarlo. La frustración me invadió, pero traté de mantener la calma. No quería creer que esto fuera una simple coincidencia.

Comencé a hacer un esfuerzo consciente por estar más atenta a los detalles. Empecé a escuchar más comentarios a mis espaldas por el pueblo, susurros que se desvanecían cuando me acercaba, como si las voces se apagaran por arte de magia. Algunos hablaban sobre mí, especulando sin fundamento, sembrando dudas sobre mi capacidad para liderar el proyecto, y de alguna manera, mi presencia en la mansión parecía convertirse en un tema de conversación no deseado.

No tardé en darme cuenta de que estos rumores no eran casuales. Alguien estaba moviendo los hilos detrás de todo eso. Alguien con acceso a los trabajadores que había contratado para que nos echaran una mano a Euan y a mí, alguien que conocía demasiado bien los entresijos de la mansión y sus reformas.

Y no me equivoqué al sospechar: Seraphina estaba detrás de todo. Su resentimiento, alimentado por años de ambición y frustración, la había empujado a hacer todo lo posible para desacreditarme. Para arrebatarme lo que, en su mente, no me pertenecía.

Decidí que ya no podía permitir que esto siguiera así. No podía quedarme de brazos cruzados mientras alguien intentaba sabotear todo lo que estaba construyendo. Esa tarde, con una determinación que nunca antes había sentido, busqué pruebas. Reuní testimonios de los trabajadores, tomé fotos de los daños en el jardín y de las herramientas desaparecidas. Hasta encontré una pequeña sección de flores arrancadas, algo que solo podía ser obra de alguien con acceso a la propiedad y, más importante aún, malas intenciones.

Ya no quería esperar más. Llamé a Lachlan, necesitaba su apoyo y, sobre todo, su consejo.

—No estás sola en esto, Paula —dijo su voz al otro lado de la línea, firme y llena de convicción.

Al escuchar sus palabras, una sensación de alivio me envolvió de inmediato. Sabía que no estaba sola. Sabía que, juntos, podríamos enfrentar cualquier adversidad.

—Vamos a enfrentarlo juntos —añadió, y su tono me dio la fuerza que necesitaba en ese momento.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía respirar sin miedo. Que había alguien dispuesto a luchar a mi lado, que no me dejaría sola frente a la tormenta que se avecinaba.

Y aunque la incertidumbre seguía flotando en el aire, algo dentro de mí sabía que, con Lachlan a mi lado, todo sería posible.

Capítulo 29



Lachlan

Aquella noche, tras una jornada interminable en la destilería, conducía por la carretera que serpenteaba entre los valles oscuros de Glencoe. Las luces del tablero del coche brillaban tenuemente mientras el cielo, cubierto de nubes pesadas, amenazaba con lluvia. Pero mi mente estaba lejos de cualquier tormenta climática.

La verdadera tormenta estaba en mí.

No podía quitarme de la cabeza las palabras que Paula me había dicho por teléfono. Su voz, normalmente templada, contenía una mezcla de frustración, angustia y algo más difícil de nombrar: desconfianza.

Las piezas del rompecabezas habían comenzado a encajar de una forma que me helaba la sangre: desapariciones, sabotajes, comentarios maliciosos, la creciente inseguridad en la mansión… Todo apuntaba a una mano invisible que tiraba de los hilos con una intención clara. Y no fue necesario indagar demasiado para intuir a la autora.

Seraphina.

La conocía demasiado bien. Sabía cómo operaba: siempre desde las sombras, manipulando, seduciendo, amenazando con una sonrisa en los labios. Había visto de lo que era capaz cuando algo se interponía en su camino, y esta vez, su obstáculo tenía nombre y ojos verdes: Paula.

Ya no podía seguir ignorando lo que estaba frente a mí. Esa misma noche, me encerré en el despacho, revisando documentos, llamadas, registros internos. Tiré de contactos, hablé con personal de confianza en la destilería y con antiguos proveedores que habían trabajado con Seraphina en los años en que aún creía que su ambición era manejable.

Las pruebas comenzaron a acumularse como plomo sobre mi pecho. Correos encubiertos, recibos de pagos a terceros por "trabajos informales", mensajes de voz que no dejaban lugar a dudas. En ellos, su nombre era mencionado con temor, casi con reverencia. Y lo peor… una nota interceptada dirigida a un trabajador local, instándole a "provocar pequeños incidentes para desacreditar a la heredera de Lady Agnes frente al equipo".

Mi estómago se revolvió. Sentí una rabia que me nubló la vista. ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Cómo había confiado, aunque fuera un poco, en que Seraphina aún tenía algo de la mujer que creí conocer?

Pero lo que dolía más no era su traición. Era que, en su campaña para herirme, había tocado lo más frágil, lo más real: Paula.

Pasé el resto de la noche con el corazón atenazado por la indecisión. ¿Cómo actuar? ¿Me enfrentaba a ella públicamente? ¿La denunciaba? ¿O simplemente me alejaba y lo arreglaba todo en silencio para proteger a Paula?

Dormí poco o nada. Al amanecer, con el primer rayo de sol tiñendo las montañas de tonos dorados, supe que no podía esconderme. Paula merecía saber que no estaba sola. Que no creyera que yo era parte de todo ese mundo que la había lastimado tanto.

Cuando llegué a *Dunrannoch House*, el cielo estaba encapotado, pero aún no llovía. El silencio era casi sagrado, roto apenas por el murmullo del viento entre los árboles. Crucé el umbral como quien entraba a terreno sagrado, con el alma en vilo.

Encontré a Paula en el despacho, inclinada sobre un plano, con papeles desperdigados y una taza de té frío a un lado. No me vio de inmediato. La luz del ventanal le perfilaba el rostro, y por un instante me quedé quieto,

observándola, como si temiera que, al hablarla, esa imagen pudiera desvanecerse.

Entonces levantó la cabeza. Nuestros ojos se encontraron, y algo en su mirada se tensó.

—Lachlan —dijo, sin emoción, sin ira. Solo con esa calma contenida que dolía más que un grito—. ¿Qué haces aquí?

Respiré hondo. Tenía que hacer esto bien.

—He venido a ofrecerte ayuda —dije con sinceridad—. Sé lo que está pasando, sé que Seraphina está detrás de los sabotajes, de los rumores. No tienes que enfrentarte a esto sola.

Su ceño se frunció, y durante un instante pensé que iba a aceptar, a derrumbarse un poco en mis brazos. Pero se puso de pie de golpe, como un resorte.

—¿Ayuda? —repitió con los ojos entornados, brillando con una chispa que no era alivio, sino rabia—. ¿Me quieres ayudar, o es otro truco tuyo?

Su tono me golpeó en el pecho como una bofetada. Me dolió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No es un truco, Paula. Estoy aquí porque me importas, porque no voy a quedarme de brazos cruzados mientras Seraphina intenta destruirte.

Ella dio un paso hacia mí, desafiante.

—¿Y por qué debería creerte? —su voz era un susurro afilado—. Seraphina vino a verme. Me dijo cosas... cosas que no puedo ignorar. Que todo esto... tú y yo… fue parte de un plan. Que me sedujiste para conseguir la mansión.

Sentí el aire salirse de mis pulmones. No por la acusación, sino por el dolor que veía en su rostro. La duda que alguien había sembrado entre nosotros como un veneno lento.

—¿De verdad crees que te he usado? —pregunté, más herido que indignado—. ¿Que todo lo que sentimos ha sido una estrategia?

—No lo sé —admitió, cruzando los brazos—. Pero lo que sé es que todo esto empezó a complicarse en el momento en que tú entraste en mi vida.

Me acerqué un paso, pero respeté la distancia.

—Puede que no te lo haya dicho antes con claridad, Paula, pero todo lo que he sentido contigo ha sido real. No planeé enamorarme de ti. Ni siquiera quería. Pero sucedió. Y ahora solo quiero que estés bien. Que estés segura.

Sus ojos me escudriñaron, buscando grietas. Durante unos segundos, el silencio pesó entre nosotros como una tormenta a punto de estallar.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó, bajando la voz—. ¿Que confíe en ti como si nada? ¿Que olvide que tu mundo está lleno de gente como ella?

—No te pido que confíes ciegamente —respondí con voz ronca—. Te pido que no me pongas en el mismo saco. Yo no soy Seraphina, Paula. Yo soy yo. Y contigo soy el hombre que quiero ser. El que podría dejarlo todo si tú me lo pidieras.

Ella se estremeció, como si mis palabras fueran demasiado para procesar. Miró hacia la ventana, evitando mi mirada.

—Es demasiado… demasiado pronto, demasiado todo —susurró—. Me cuesta respirar, Lachlan. Me cuesta no pensar que esto va a acabar mal.

Me acerqué un poco más.

—Lo entiendo. Pero si me dejas, lo enfrentaremos juntos. Si no, respetaré tu decisión. Solo necesitaba que supieras la verdad.

Se giró hacia mí, y vi que en sus ojos había lágrimas contenidas, pero también fuerza.

—No puedo ahora —dijo finalmente—. No quiero más complicaciones. No puedo seguir sin saber en quién confiar.

Sus palabras fueron un puñal, pero no me moví. Solo asentí.

—Lo que quieras, Paula. Lo que necesites.

Me giré para marcharme. Cuando llegué a la puerta, me detuve y la miré por última vez.

—Solo espero que algún día puedas verme de verdad. No como el hombre que vino con intención de comprarte la mansión. No como un hombre con conexiones. Solo como el hombre que te ama.

Paula no dijo nada, pero sus ojos me siguieron hasta que desaparecí por el pasillo.

Salí al exterior, y la primera gota de lluvia cayó sobre mi mejilla como una lágrima ajena.

Me monté en el coche sin saber si volvería a entrar a esa casa. El volante se sentía frío en mis manos. Mientras arrancaba el motor, me prometí a mí mismo que esto no había terminado. No mientras aún quedara algo por lo que luchar.

Y Paula… ella era todo.

Capítulo 30



Paula

Desperté con una sensación extraña, una mezcla de ilusión, agotamiento y esa chispa eléctrica que a veces dejaba la esperanza cuando había pasado por la tormenta. Había dormido mal, con sueños entrecortados en los que la mansión de mi familia aparecía como un ser vivo: a veces majestuosa, a veces en ruinas, siempre esperando algo de mí.

Me levanté despacio, con los músculos tensos y los pensamientos ya corriendo más rápido de lo que mi cuerpo podía seguir. Me asomé a la ventana. La niebla cubría los campos, envolviendo los árboles en un silencio espeso. Escocia tenía esa forma extraña de abrazarte con su melancolía.

Bajé a la cocina y encontré a Martina ya despierta, con una taza de café en las manos y el ceño fruncido frente al portátil.

—¿Has dormido algo? —preguntó sin levantar la vista.

Negué con la cabeza mientras me servía té.

—Lo justo. He estado dándole vueltas a todo: las reformas, los papeles de la financiación, los sabotajes… Siento que me está empezando a superar.

Martina cerró el portátil de golpe, como si necesitara cortar el ruido del mundo.

—Entonces haz una cosa: para. Solo un minuto. Respira —me dijo, y su tono no era dulce, sino firme—. No estás sola, Paula. No lo has estado en ningún momento, aunque te empeñes en cargar con todo.

La miré, agradecida. La fuerza de su presencia me sostenía de formas que a veces ni siquiera entendía. En silencio, tomé un sorbo del té y dejé que la calidez se me instalara por dentro.

A media mañana me encerré en el despacho con los planos, presupuestos y una libreta llena de notas. Había identificado al menos tres programas de subvención que podrían ayudar con la restauración, pero acceder a ellos era como cruzar un pantano burocrático.

Las llamadas se sucedieron una tras otra.

—Buenos días, llamo desde la mansión de Lady Agnes Fiona McAlister, *Dunrannoch House*. Estoy interesada en aplicar a la línea de apoyo al patrimonio histórico rural…

—Sí, señora, pero debe aportar una memoria técnica visada por un arquitecto registrado en la región, además de demostrar la viabilidad turística del proyecto durante los próximos tres años.

—Entiendo. ¿Y el plazo de presentación…?

—Vence en una semana.

Colgué y solté un suspiro tan largo que Martina me oyó desde la sala contigua.

—¿Eso ha sido un “sí” o un “gracias por participar”? —preguntó asomándose con una ceja arqueada.

—Fue un “prepárate para una semana sin dormir”.

Intenté mantener la calma, pero a cada paso, nuevos obstáculos surgían: planos desactualizados, requisitos técnicos imposibles de cumplir sin gastar aún más dinero y la sensación constante de estar luchando contra un sistema

que te daba la mano con una sonrisa mientras con la otra te empujaba por un precipicio.

Y como si el universo decidiera poner a prueba mi determinación, una inspección imprevista detectó daños estructurales en la zona del ala norte. Las vigas, aparentemente firmes, estaban podridas por dentro. Repararlas costaría más de lo que teníamos presupuestado.

Me senté sola en la biblioteca esa tarde. Los libros polvorientos y los retratos de ancestros que no conocía me miraban en silencio.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —pregunté en voz alta.

Pero nadie respondió. Solo el crujido de la madera bajo mis pies.

Estaba a punto de apagar el móvil y lanzarlo por la ventana cuando sonó. Era Martina, otra vez. Me había dicho que iba a salir a recorrer Glencoe un rato.

—Paula, no te rindas —dijo, sin necesidad de saludar. Como si supiera que me estaba tambaleando en ese momento exacto—. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que haga falta. Si hace falta, me pongo a construir muros yo misma.

Sonreí, porque no pude evitarlo. Su forma directa de ser era justo lo que necesitaba. No dramatizaba. No me compadecía. Solo estaba ahí, empujándome a seguir.

—Gracias —le dije, con voz temblorosa—. No sé cómo haría esto sin ti.

—Pues no vas a tener que saberlo —dijo con ese tono seco pero cálido—. Porque no pienso dejarte sola, ni ahora ni cuando esto se convierta en el hotel más bonito de toda Escocia.

Colgué con el corazón un poco más tranquilo. Y entonces, como si la vida se pusiera de acuerdo en sincronizar apoyos, mi madre llamó desde Córdoba.

—Mi niña… Ya está decidido. En cuanto termine un par de cosas aquí, cojo el vuelo y me planto contigo en esa mansión vieja y llena de historia.

Quiero ayudarte. Quiero estar ahí.

Me quedé en silencio unos segundos, mordiéndome el labio. La idea de tenerla conmigo, de oír su risa en esos pasillos, me devolvió un pedazo de infancia que creía perdido.

—Te necesito, mamá —admití, casi en un susurro.

—Entonces allá voy —respondió sin dudar.

A partir de esa semana, algo cambió. Yo cambié.

Ya no era la mujer que había llegado al ser declarada heredera de la mansión familiar. Ahora tenía un propósito claro, y gente que creía en mí.

Martina se convirtió en una socia informal del proyecto. Revisaba presupuestos, se encargaba de contactar con nuevos proveedores, gestionaba los turnos del personal y, en sus ratos libres, tejía ideas locas para convertir una sala en un café de autor o una habitación en un rincón de lectura con chimenea y vista al bosque.

—Hay que pensar en lo que la gente quiere experimentar cuando viene a Escocia —decía con los ojos encendidos—. Niebla, historias, fuego, whisky y misterio. ¡Podemos darles todo eso!

Y tenía razón.

Los fines de semana, abrimos parte de los jardines restaurados a los visitantes locales. Cobrábamos una entrada simbólica, ofrecíamos té y pasteles caseros, y a cambio recogíamos opiniones, impresiones y contactos. La gente llegaba con curiosidad y se marchaba con entusiasmo. Algunos preguntaban si podrían reservar para una futura estancia.

Eso nos dio fuerza.

Una tarde, mientras repasábamos la contabilidad, una figura apareció en el umbral de la puerta del despacho. Era Euan, con su chaqueta de lana gruesa y las mejillas encendidas por el frío.

—Perdón por interrumpir —dijo—. Pero hay algo que creo que deberías ver.

Nos llevó hasta el invernadero, donde una antigua fuente restaurada había comenzado a funcionar tras días de trabajo. El agua brotaba tímidamente, pero clara, y su sonido llenaba el espacio con una calma inesperada.

—Esto llevaba décadas seco —murmuró Euan, con una mezcla de orgullo y nostalgia.

Me acerqué y toqué el borde de la piedra. Estaba húmedo y frío, pero era el símbolo de algo que volvía a la vida.

—Gracias —le dije—. No solo por esto… por todo.

Él asintió, pero no dijo nada. No lo necesitaba.

Una noche, ya tarde, me quedé sola en el salón principal. La chimenea lanzaba chispas suaves, y el viento golpeaba las ventanas como un susurro persistente. Me senté en el sofá con una copa de vino y los documentos del registro histórico. Ahí estaba todo: los nombres de mis antepasados, las reformas del siglo XIX, los planos originales del ala sur.

Pasé los dedos sobre las firmas antiguas. Pensé en mi abuelo. En los veranos aquí, corriendo entre los rosales, creyendo que todo esto era un castillo mágico.

Y ahora era mío. Mi responsabilidad. Mi carga. Pero también mi renacimiento.

Lachlan volvió a cruzar mis pensamientos, inevitablemente. Me pregunté si estaría bien. Si pensaría en mí. No lo había vuelto a ver desde nuestra última conversación. No sabía si algún día volvería a entrar por esa puerta.

Pero, por primera vez, no sentí que lo necesitara para seguir adelante. Lo había amado. Tal vez aún lo amaba. Pero yo también era suficiente.

A la mañana siguiente, desperté antes del alba. Salí al porche con una taza de té caliente entre las manos y vi cómo la niebla comenzaba a levantarse.

Los campos se extendían hasta donde la vista alcanzaba. La mansión, a mis espaldas, parecía respirar conmigo.

Era como si dijera: “Sigo aquí. No me he rendido. No lo hagas tú tampoco”. Y no lo haría.

Había muchas más cartas por jugar, muchos más muros que reparar, habitaciones que abrir, secretos que desenterrar.

Pero lo más importante estaba claro: ya no caminaba sola. Y esta vez, el sueño no era una fuga. Era una construcción. De piedra. De historia. De fuego. Y de futuro.

Capítulo 31



Lachlan

Aquella noche no me quedaba otra que enfrentarme a Seraphina. Había aguantado demasiado su juego sucio, sus amenazas veladas y esa capacidad suya de manipular las emociones y los pensamientos de quienes se cruzaban en su camino. Pero ya no más. Sabía que, si no ponía un límite firme, aquello se descontrolaría aún más. La mansión McAlister, mi vida, y lo poco que quedaba de mí, dependían de mi decisión.

Cogí aire profundamente antes de marcar el número. Mientras el teléfono sonaba, me sorprendí a mí mismo por lo calmado que estaba. Después de todo, esta conversación no era solo para enfrentarla, sino para dejar claro algo que no podía seguir sin resolver. No podía seguir permitiendo que Seraphina manejara mis emociones a su antojo.

Cuando escuché su voz al otro lado de la línea, una leve sonrisa se dibujó en sus labios, a pesar de que no podía verla.

—Lachlan —dijo, con su tono meloso y calculador—. Qué sorpresa recibir tu llamada. ¿Cómo estás?

No respondí a su tono cordial, lo que sabía que la cogería por sorpresa. No estaba aquí para juegos.

—Seraphina —empecé, con la voz tan dura como el viento que azotaba las ventanas esta noche—. Basta. Quiero que pares con todo esto. Que te retires

de lo que sea que pretendes conseguir, y que no vuelvas a entrometerte en mis asuntos ni en los de Paula.

Silencio al otro lado de la línea. No era el tipo de reacción que esperaba de ella, pero lo cierto era que no sabía lo que esperaba. Estaba acostumbrado a su soberbia, a su control absoluto sobre las situaciones. Esta vez, no iba a ser así.

Unos segundos más tarde, la risa que soltó fue fría, cortante, como el filo de un cuchillo.

—¿Parar? —dijo, y aunque no podía verla, supe que había arqueado una ceja—. No voy a perderte a ti ni la oportunidad de comprar la mansión de Lady Agnes por culpa de una niñata estúpida. Paula es un estorbo, un capricho que te distrae de lo que realmente importa. Si no te apartas de mi camino, te aseguro que las consecuencias no te van a gustar.

El aire entre nosotros se cargó de tensión. No era solo una amenaza vacía, lo sabía bien. Seraphina tenía recursos, conexiones, y no dudaba en usarlos para destruir a quien se interpusiera en su camino. Por lo tanto, las palabras que pronunciara ahora debían estar a la altura. No iba a retroceder.

Me esforcé por mantener la calma, aunque sentí un nudo en el estómago. No se trataba solo de Paula, sino también de mis propios fantasmas. Todo en mi vida había sido una serie de decisiones motivadas por el miedo y la falta de valentía. Si no lo paraba en este momento, Seraphina podría dominarlo todo. Paula podía perder la mansión; yo perdería mi futuro con Paula… podría perderlo todo.

—Más te vale que no hagas nada —le advertí, con una firmeza que intentaba ocultar la furia contenida en mi voz—. Olvídate de mí para siempre, y quizá salves algo de tu dignidad.

Ella se rio, un sonido frío y amargo que parecía helar el aire a su alrededor.

—¿Dignidad? —murmuró, con desdén—. No creo que sea algo que tú puedas permitirme recordarte. Sabes muy bien lo que podría sacar a la luz, y

lo haré si me da la gana. Pero no me importa. El precio es bajo para lo que quiero.

Las palabras me golpearon como una bofetada. La sombra de aquellos secretos de mi pasado que había intentado enterrar durante tanto tiempo volvía a acecharme. Sentí que el suelo bajo mis pies se desmoronaba por un instante. Pero no podía dejar que me dominara el miedo. Si quería seguir adelante, si quería a Paula y a esta vida que empezaba a construir, tenía que estar dispuesto a pagar cualquier precio, incluso si eso significaba arriesgarlo todo.

El silencio entre nosotros se alargó, pero esta vez no lo dejé llenar el espacio.

—Muy bien —le dije, con la voz firme y decidida—. Si eso es lo que quieres, adelante. Pero que sepas que yo también estoy dispuesto a perderlo todo. Porque ahora sé lo que realmente deseo, y no voy a renunciar a ello por nada ni por nadie.

Pude escuchar cómo se le detenía la respiración por un momento, como si no esperara esa respuesta. Pero lo más importante era que yo tampoco la esperaba. Sentí que el control que había ejercido sobre mi vida durante años se desvanecía. Esta vez era diferente.

Aunque no lo podía saber con certeza, intuía que en ese momento sus ojos brillaban con odio, una mezcla de respeto y desafío. La reacción fue inmediata.

—Esto no ha terminado —me advirtió—. Pero que sepas que no voy a retroceder.

Y me colgó. La tormenta rugía fuera, pero dentro de mí algo también se desataba, algo que llevaba mucho tiempo reprimido. El pasado y el presente chocaban, pero esta vez estaba decidido a que el futuro fuera distinto.

Al día siguiente, me desperté con una sensación de cansancio físico, pero también con una determinación renovada. La niebla densa cubría la mansión, haciendo que el paisaje pareciera sacado de una novela gótica. En parte, me

sentí extraño, como si todo lo que había pasado hasta entonces hubiera sido una especie de sueño borroso. Pero al mismo tiempo, la claridad estaba frente a mí. No iba a seguir permitiendo que Seraphina controlara mi vida ni que su sombra oscureciera lo que podría ser un futuro mejor.

Me senté frente a mi escritorio; los papeles, las cartas y los correos se extendían ante mí. Paula. Eso era lo que importaba ahora. Lo que realmente importaba. Sin embargo, todavía sentía que no merecía su confianza. Había hecho tantas cosas mal, y había tomado tantas decisiones equivocadas en el pasado, que temía no poder corregir el curso de nuestra historia. Pero no podía rendirme. Paula merecía algo mejor, y yo debía demostrárselo.

Con la determinación de alguien que había tocado fondo y se había levantado, cogí el teléfono y marqué su número. El sonido de la llamada me pareció interminable, pero cuando al fin me contestó, me sorprendí al escuchar mi propia voz más suave de lo que esperaba.

—Paula —dije, sintiendo que mis palabras tenían más peso del que imaginaba—. Quiero ofrecerte mi ayuda, de verdad. No como una obligación ni una estrategia, sino porque creo en lo que estás haciendo con la mansión, y porque... quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Hubo un silencio al otro lado, uno largo, casi doloroso. Podía imaginar la batalla interna que debía estar librando. No solo por lo que había dicho, sino por la persona que se había cruzado en su vida.

—Lachlan, no sé qué decir —respondió al fin, con voz baja y cautelosa—. Después de todo lo que ha pasado, no sé si puedo confiar en ti... No quiero más juegos, ni que utilices tu mundo ni tu dinero para convencerme.

Aquello fue como una puñalada directa al corazón. Sabía que, en el fondo, Paula tenía razón. Era justo lo que temía. Todo parecía haber colapsado antes siquiera de haber comenzado. Lo que había intentado hacer en el pasado, los errores cometidos… la desconfianza estaba sembrada.

Pero, a pesar de eso, las palabras salieron sin que pudiera detenerlas.

—No es un juego, Paula —le aseguré, con sinceridad en la voz—. Ni aquella noche ni ninguna otra. Lo que quiero es construir algo contigo, no derribar muros. Te propongo algo: podemos colaborar. Puedo ceder parte del terreno para que lo uses como quieras. Incluso estoy dispuesto a apoyarte con un restaurante que respete la arquitectura original, que atraiga turistas y preserve la historia.

El silencio se prolongó un poco más, y yo lo aguanté, sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, estaba haciendo las cosas de forma diferente. Sin presiones. Sin pretensiones.

—¿Y todo eso para qué? —preguntó con voz temblorosa, como si luchara contra sus propios sentimientos—. ¿Para que vuelva a confiar y luego me hagas daño de cualquier otro modo?

La respuesta no se hizo esperar, y esta vez, no era una excusa. Era la verdad.

—No, Paula —contesté con honestidad—. Porque me has hecho recordar que no todo lo que reluce es fortuna, sino carácter. Y el tuyo es de los pocos que respeto y admiro. Quiero demostrarte que puedo amar de verdad.

Al otro lado, la escuché respirar hondo antes de hablar.

—No te prometo nada —dijo al fin, con la voz más firme—. Pero estoy dispuesta a intentarlo. Eso es todo lo que puedo darte.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, una mezcla de alivio y esperanza. Esa era la primera vez en mucho tiempo que sentía que algo realmente valía la pena. Era el comienzo de algo que no había tenido en años, algo por lo que merecía la pena luchar.

—Entonces, empecemos —le dije—. Juntos.

Colgamos y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que el futuro no era una amenaza, sino una promesa.

Capítulo 32



Paula

Me desperté con la luz tímida del amanecer colándose por la ventana de la habitación en la mansión. Aquel resplandor dorado parecía un pequeño milagro entre las sombras del sueño y la realidad, como si Glencoe quisiera recordarme que, a pesar de todo, la vida seguía.

Fuera, el paisaje estaba cubierto por una bruma densa y húmeda que envolvía los árboles, los montes y la propia casa en un silencio casi reverencial, como si la tierra misma esperara un nuevo comienzo. Pero dentro de mí, la tormenta era otra: la decisión que tenía que tomar pesaba como una losa que aplastaba mi pecho.

Había recibido la oferta de Lachlan la noche anterior, esa propuesta que sonaba tan prometedora y a la vez tan complicada. Colaborar con él significaba abrir una puerta a un mundo que había prometido mantener a raya, un mundo lleno de sombras y pasados que todavía dolían como heridas abiertas.

Sin embargo, también podía ser la oportunidad que tanto había buscado para salvar la mansión y darle vida de nuevo, sin perder la esencia que tanto amaba y que había heredado con orgullo y responsabilidad.

Durante horas, me debatí entre la esperanza y el miedo. ¿Sería posible confiar en alguien que venía de un universo tan diferente, un hombre como

Lachlan, marcado por sus propios fantasmas? ¿O estaba simplemente abriendo las puertas de mi alma para que todo se desmoronara otra vez?

Finalmente, decidí que debía responder. Escribí un mensaje largo, poniendo en él todas mis condiciones, mis temores y mis esperanzas. Me senté con el papel y el bolígrafo, y fui dejando que las palabras fluyeran con sinceridad y con esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que me caracterizaba.

Paula: *Lachlan. Gracias por tu propuesta y por tu disposición a colaborar. Quiero que sepas que esta no es una decisión fácil para mí, ni mucho menos. Esta mansión no es solo una propiedad, es el legado de mi tía abuela Lady Agnes, un símbolo de nuestra familia, de nuestra historia y de un amor por este lugar que me ha acompañado desde niña. Por eso, la autenticidad es lo primero. Cualquier proyecto que emprendamos debe respetar la memoria de Lady Agnes, quien cuidó esta casa con tanto amor y dedicación. No permitiré que se convierta en un parque temático ni en un lugar saturado de turistas que no comprendan el valor real del sitio. También es fundamental para mí que el bienestar de quienes trabajan aquí, como Eloisa, Euan, Duncan y Fiona, sea una prioridad. Son parte de esta familia, de esta historia, y merecen respeto y estabilidad. Por último, quiero que se proteja el entorno natural, ese paisaje salvaje y majestuoso que me robó el corazón desde la primera vez que puse un pie en Escocia. Cada árbol, cada arroyo, cada flor tiene su importancia. Si estás dispuesto a aceptar estas condiciones, estoy dispuesta a dar este paso contigo. Paula.*

Mandé el mensaje con cierta aprensión, sabiendo que Lachlan lo leería con atención y que su respuesta definiría mucho más que una simple colaboración. Esperé horas que parecieron días, repasando cada palabra, cada frase, preguntándome si había sido demasiado exigente o demasiado tímida.

Entonces, su respuesta llegó. Fue un mensaje breve pero directo, y para mi sorpresa, aceptaba cada una de mis condiciones, sin cuestionarlas ni poner reparos.

Lachlan: *Paula, he leído tus palabras con respeto y admiración. Estoy dispuesto a cederte el espacio para que lideres este proyecto. Quiero que sea tu visión la que guíe esta restauración y conservación. No hay condiciones*

ocultas, solo el deseo sincero de que esa mansión y su legado perduren. Espero poder demostrarte que estoy a la altura de esta confianza.

Leer aquello me estremeció. ¿Cómo podía alguien tan imponente y reservado mostrarme algo tan vulnerable? Aquello era más que una oferta de colaboración; era una puerta abierta a la esperanza. Y aunque mi desconfianza seguía mordiendo mi alma, empecé a confiar en él poco a poco.

Las primeras conversaciones telefónicas no fueron fáciles. La rigidez y la reserva de Lachlan chocaban con mi carácter apasionado y, a veces, demasiado emotivo. Pero con cada llamada, sentía que esa coraza que ambos habíamos levantado a lo largo de años de dolor se debilitaba.

En una de esas conversaciones, yo estaba sentada en el porche con una taza de té entre las manos, mientras la lluvia fina mojaba las flores del jardín. Él, al otro lado del teléfono, hablaba de la importancia de respetar cada piedra de la mansión.

—Paula —dijo, con un tono diferente, menos frío—. Quiero que sepas que no estoy aquí solo para poner dinero. Quiero entender lo que esta casa significa para ti, para tu familia. Quiero ayudarte a proteger eso.

Sentí que el nudo en mi garganta se aflojaba un poco. Por primera vez, no escuchaba un empresario calculador, sino a alguien que realmente deseaba conectar.

—No es fácil —respondí—. Esta mansión ha visto mucho dolor, pero también esperanza. No quiero que se convierta en otra historia de destrucción, como tantas que he visto en mi vida. Necesito sentir que estamos en esto juntos.

—Lo estamos —me aseguró—. Y haré todo lo posible para que así sea.

Con cada visita a la mansión, con cada reunión con los trabajadores, con cada paseo por los bosques cercanos, esa sensación de esperanza fue creciendo dentro de mí. La mansión parecía despertar de su letargo, y con ella, mi voluntad de luchar por lo que quería. A veces me encontraba

simplemente sentada frente a la chimenea, pensando en cuánto había cambiado todo en tan poco tiempo.

¿Podría realmente confiar en Lachlan? ¿Podría abrir mi corazón a alguien que, como yo, llevaba cicatrices?

Pero luego, cuando lo veía caminar por los pasillos de la casa con esa mezcla de respeto y admiración, cuando sus ojos brillaban con un fuego nuevo, como si redescubriera la vida a mi lado, sentía que ese miedo se disipaba, aunque fuera solo por momentos.

Los días siguientes trajeron algo inesperado: el cálido apoyo de la comunidad de Glencoe. Al principio, había sentido cierto recelo en los vecinos, miradas suspicaces y silencios que cortaban el aire como cuchillas. No era para menos; una mujer extranjera con planes de restaurar la vieja mansión, implicada con Lachlan MacDuncan, el dueño de la destilería y de buena parte de las tierras vecinas, era una noticia que corría rápido entre los pueblos pequeños.

La primera vez que fui al mercado local, un lugar rústico pero lleno de vida, comprobé que la gente me observaba de lejos, con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que sentía como un peso invisible.

—Paula, ¿verdad? —me dijo una mujer mayor, con voz áspera, mientras vendía flores silvestres—. He oído que quieres cambiar la mansión.

Me quedé unos segundos sin saber qué responder. Pero entonces sonreí y le dije:

—Estoy aquí para preservar la historia y la naturaleza. No para destruir nada.

Ella me miró fijamente, y aunque su expresión no cambió del todo, vi una chispa de aceptación en sus ojos.

Poco a poco, esos muros invisibles comenzaron a caer. Algunos de los lugareños que antes me miraban con desconfianza empezaron a ofrecer su ayuda. Me enseñaron trucos antiguos para tratar la madera y la piedra, me

hablaron de las flores silvestres que debían conservarse y de los animales que habitaban en los bosques cercanos. Sus historias, sus voces, se entrelazaron con las mías hasta formar una melodía común.

Una tarde, Miles, uno de los trabajadores con más años, se acercó a mí mientras revisaba unos planos.

—No sabía que tenías tanta paciencia para escuchar —dijo con una sonrisa que reflejaba respeto—. Eso aquí, en Glencoe, vale más que el dinero.

Sentí que mi corazón se llenaba de una emoción que no sabía nombrar.

—Gracias, Miles —le respondí—. Quiero que esto sea nuestro hogar, para todos.

Y en medio de todo eso, estaba Lachlan. Nuestra relación fue creciendo en matices, en miradas cómplices y en palabras que empezaban a calar hondo.

Una tarde, mientras caminábamos por los jardines, él se detuvo y me miró con una intensidad que me hizo respirar más rápido.

—Paula —dijo, con voz baja—. No estoy aquí solo por la mansión. Estoy aquí porque quiero estar contigo.

Me quedé en silencio, sintiendo que mi corazón latía con fuerza, pero también con miedo.

—Lachlan… —Empecé, dudando—. No quiero que esto sea solo un capricho. Tengo miedo de que todo se rompa otra vez.

Él se acercó y cogió mis manos entre las suyas.

—No será fácil, lo sé. Pero estoy dispuesto a luchar por lo que quiero. Por ti. Por nosotros.

Aquel momento fue un punto de inflexión para mí. Sabía que el miedo seguía acechando en el fondo de mi pecho, pero también sabía que, con Lachlan, quería intentarlo.

Con cada gesto, cada palabra y cada silencio entre nosotros, sentía que el amor estaba resurgiendo, frágil pero real. Y aunque temía que cualquier soplo de viento pudiera destruirlo, estaba dispuesta a luchar para que creciera.

Capítulo 33



Lachlan

La mañana del evento local amaneció con el cielo encapotado, ese gris húmedo y denso que solía anunciar lluvia en Glencoe durante el otoño, pero que tenía una belleza única, melancólica y serena al mismo tiempo. Desde la ventana del coche, veía cómo el paisaje se cubría de niebla y hojas caídas; el aire olía a tierra mojada y musgo, y las montañas se mostraban imponentes y solemnes.

Paula iba a mi lado, en silencio, con la mirada perdida entre la multitud que ya comenzaba a reunirse en la plaza del pueblo. Llevaba un abrigo de lana gruesa, de un tono azul oscuro que resaltaba su piel clara, y su melena oscura estaba recogida en un moño imperfecto que la hacía parecer aún más hermosa, más humana, más cercana. Pude notar su nerviosismo apenas disimulado, esa tensión que solo sentían quienes llevaban en el alma un sueño y el miedo a que se rompiera.

Me acerqué a su mano y la apreté suavemente, intentando transmitirle calma, pero también esa certeza que yo mismo necesitaba para afrontar lo que el día nos deparaba.

—Paula —le susurré—, no importa lo que pase, no estás sola.

Ella me miró por encima del hombro, con esos ojos grandes y expresivos, llenos de dudas y también de una fuerza que aún no se atrevía a aceptar del todo.

—Lo sé —respondió en un susurro—. Pero me da miedo que la gente no nos acepte, que piensen que esto es solo un capricho extranjero, una amenaza para lo que siempre ha sido Glencoe.

Asentí, porque entendía esa sensación mejor de lo que ella imaginaba. No era solo una cuestión de proyectos o negocios, era una batalla por identidad, por pertenencia.

—Entonces demostraremos lo contrario —le dije con convicción—. Juntos.

La plaza estaba viva, con banderitas de colores que ondeaban al viento, y los puestos de artesanía y gastronomía llenaban el aire de aromas a pan fresco, queso curado y whisky añejo. La comunidad había volcado su alma en aquel evento local que pretendía ser una fiesta de tradiciones, pero también un espacio para construir puentes entre el pasado y el futuro.

Paula había decidido mostrar algunos de sus trabajos: fotografías y bocetos de la restauración de la mansión. Se notaba que había puesto el alma en cada imagen, en cada trazo, y me enorgullecía verla ahí, exponiendo su visión con la timidez que la hacía aún más humana.

Pero nada pudo prepararnos para lo que ocurrió a media mañana.

Un griterío surgió cerca de su puesto, un estallido de voces confusas y alarmadas. Giré la cabeza justo a tiempo para ver que varios de los paneles que Paula había colocado estaban tirados en el suelo, algunos con manchas de pintura roja que parecían manchas de sangre contra el fondo blanco de las imágenes.

El caos se desató instantáneamente.

Paula quedó paralizada, sus ojos se llenaron de lágrimas que ella misma trataba de contener, mientras el murmullo entre la gente se convertía en un ruido ensordecedor de voces indignadas y cuchicheos.

Me acerqué a ella rápidamente, le cogí el brazo con firmeza y sin pensarlo dos veces alcé la voz para que todos escucharan.

—¡Basta! —exclamé, sintiendo cómo la ira y la determinación me recorrían la espalda como una descarga eléctrica—. Esto no es solo un ataque a Paula, sino a todos nosotros, a nuestra historia y a lo que queremos preservar.

Miré a la multitud, buscando en sus ojos el reflejo de aquello que ambos defendíamos.

—Quien haya hecho esto —continué, con la voz firme pero controlada—, no conoce el valor de la comunidad ni el respeto que merece nuestra tierra.

Hubo un silencio tenso, cortado solo por suspiros y murmullos.

Vi cómo algunas personas empezaban a acercarse para ofrecer su apoyo, mientras otros lanzaban miradas de reproche hacia un grupo de mujeres que se alejaban apresuradamente, tratando de disimular una sonrisa desdeñosa.

En medio de aquel caos, mi mirada se clavó en una figura familiar: Seraphina, al otro lado de la plaza, con su habitual porte elegante, pero con una sonrisa fría y triunfante que me erizó la piel. No cabía duda, ella estaba detrás de aquel sabotaje. La malicia en sus ojos era tan evidente como la amenaza que representaba.

Sentí que la rabia empezaba a arder en mis venas, pero también que la comunidad comenzaba a abrir los ojos. Varios vecinos que antes se mostraban cautelosos comenzaron a hablar abiertamente sobre sus sospechas de las maquinaciones de Seraphina para desprestigiar a Paula y a mí.

Una voz fuerte emergió desde el fondo del grupo, la de Miles, uno de los trabajadores de la mansión, un hombre de pocas palabras, pero de gran corazón.

—Ya es hora de que sepamos quién está realmente con nosotros —dijo, y su afirmación fue seguida por asentimientos y murmullos de acuerdo.

Paula, a pesar de la humillación, estaba comenzando a recuperar la compostura. Pude ver cómo su mirada se endurecía, cómo sus manos

temblaban, pero no cedían. Su fuerza era contagiosa, un ejemplo de dignidad ante la adversidad.

Me acerqué a su lado y le susurré:

—Eres más fuerte de lo que crees.

Ella me devolvió una mirada que decía más que mil palabras.

—No puedo dejar que esto nos detenga —respondió con voz firme.

Al final del día, la verdad comenzó a abrirse paso. Seraphina quedó expuesta parcialmente; sus intenciones y maniobras salieron a la luz ante un público que ya no le concedía la confianza que antes tenía. El murmullo de apoyo hacia Paula se convirtió en un clamor colectivo, un respaldo que nos hizo sentir que no estábamos solos.

Aquel día me dejó claro algo fundamental: luchar por lo que uno creía y por quienes se amaba no solo exigía coraje, sino también la convicción profunda de que no estabas solo. Que, pese a las sombras que intentaban oscurecer el camino, la luz de la verdad y la justicia podía brillar con fuerza.

Pero la batalla no terminó ahí.

Los días siguientes al incidente fueron un torbellino de emociones y decisiones difíciles. Sabía que Seraphina no se daría por vencida. Empezó a difundir medias verdades sobre mí, manipulando a algunos para sembrar dudas y desconfianza. Su objetivo era claro: destruir no solo la credibilidad de Paula, sino también la mía, para recuperar el control sobre mis inversiones y, por supuesto, sobre mí.

Las conversaciones con mis abogados eran interminables. Cada detalle, cada posible testimonio, cada movimiento estratégico debía ser estudiado con cautela. No era solo una cuestión de limpiar mi nombre, sino de proteger lo que estábamos construyendo juntos, de defender nuestra dignidad.

Por las noches, repasaba mentalmente cada frase, cada evidencia que podríamos usar, pero también sentía la presión aplastante de que cualquier error podría darle ventaja a Seraphina.

Una noche, después de una reunión agotadora, Paula y yo estábamos sentados frente a la chimenea en la mansión. Ella me miraba con preocupación, con las manos entrelazadas, buscando mi mirada.

—Lachlan —dijo con suavidad—. No puedes dejar que ella te destruya. No solo por ti, sino por lo que estamos construyendo. No podemos ceder.

Asentí lentamente, sabiendo que tenía razón.

—He decidido algo —confesé—. Voy a rechazar todo lo que Seraphina me ofrece a cambio de mi silencio y colaboración. No puedo comprometer mi integridad ni lo que empieza a crecer entre nosotros.

Ella me tomó de la mano y apretó con fuerza.

Cuando le comuniqué mi decisión a Seraphina, vi cómo la arrogancia que siempre la acompañaba se transformaba en una amenaza apenas contenida.

—No será tan sencillo, Lachlan —me advirtió con voz venenosa—. Tengo cartas que aún no he jugado. Secretos que podrían hundirte si los saco a la luz.

La miré a los ojos, sin miedo.

—Estoy preparado para eso —respondí—. Prefiero enfrentar la verdad y vivir en paz conmigo mismo que dejar que el miedo me esclavice.

Con Paula a mi lado, sentí una fuerza renovada. La confianza que comenzaba a crecer entre nosotros era un bálsamo contra las heridas de años anteriores. Su presencia me recordaba que no todo estaba perdido, que había motivos para luchar y creer en un futuro diferente.

En medio de las tormentas que provocaba Seraphina, tomé una decisión más.

Una tarde, mientras caminábamos por los terrenos de la mansión, le propuse que avanzáramos juntos, que buscáramos la manera de colaborar para preservar la esencia de la casa y la tierra, sin sacrificar lo que realmente importaba: la autenticidad, el respeto, el amor.

—Quiero que sepas que estoy dispuesto a cambiar —le dije a Paula—. A dejar atrás viejas heridas. Esto no es solo una estrategia, es una promesa que nace desde lo más profundo de mi ser.

Ella me miró, y en sus ojos vi la mezcla de temor y esperanza que yo sentía en mi pecho.

—Entonces caminemos juntos —respondió—, aunque no sepamos qué nos espera.

A pesar de las dudas y el temor, sentí que estábamos construyendo algo real. Algo por lo que valía la pena enfrentar cualquier tormenta.

Capítulo 34



Paula

La mañana llegó gris y pesada, como si el cielo supiera lo que me esperaba. Desde hacía días, el teléfono no paraba de sonar. No eran llamadas habituales ni mensajes amistosos; eran advertencias veladas, ofertas con segundas intenciones y amenazas disfrazadas de consejo. La voz del auricular se repetía en diferentes tonos y con distintas máscaras, pero siempre igual de letal: “Vende la mansión antes de que se hunda por completo”.

Al principio, traté de ignorarlas. Intenté convencerme a mí misma de que no tenían importancia, que quienes me rodeaban confiaban en mí, que esos mensajes venían de la ignorancia o de la envidia. Pero las palabras se iban clavando, poco a poco, como agujas de hielo que calaban en lo más profundo de mi confianza.

¿Y si tenían razón? ¿Y si todo esto era una locura? ¿Si el peso de aquella casa, con sus paredes que susurraban historias y sus rincones llenos de polvo, acababa aplastándome?

Los números no cuadraban. Los presupuestos parecían jugar en mi contra; cada gasto inesperado hacía tambalear el plan que con tanto esfuerzo había elaborado. Era como si la mansión misma conspirara contra mí, recordándome que el pasado no se dejaba domar tan fácilmente. Pero había algo más. Algo que me dolía mucho más que el miedo al fracaso.

No era la ruina de la casa lo que realmente me aterraba. No. Lo que me paralizaba era la idea de perder a Lachlan.

Perder esa chispa de luz que había encendido en mi vida, esa sensación inesperada de que tal vez, solo tal vez, podía amar y ser amada de nuevo. Pensar en quedarme sin él, en volver a la soledad que me había acompañado durante tantos años, me helaba el alma.

Mientras revisaba otro montón de facturas y listas interminables, sentí el peso del silencio en la mansión. El eco de mis propios pensamientos era ensordecedor. Cerré los ojos un momento y me sorprendí preguntándome: ¿qué haría sin él? ¿Podría seguir adelante sin esa presencia que había empezado a construir puentes sobre mis heridas?

Entonces, Lachlan entró en el despacho diciéndome que solo quería ver cómo estaba. Y le conté todo, con más franqueza de la que esperaba. Las llamadas anónimas, los mensajes insinuantes, las miradas sospechosas de algunos vecinos y los pequeños sabotajes que parecían multiplicarse en la mansión. Él escuchó sin interrumpir, con la paciencia y la atención que me recordaban por qué me había dejado caer en sus brazos aquella primera noche.

—No dejaré que te destruyan —prometió al final, y su voz tenía un peso que calmó la ansiedad que me asfixiaba—. Esto es más grande que la mansión, más grande que cualquiera de nosotros. Es nuestra historia, nuestro futuro. Y vamos a protegerlo juntos.

Sus palabras me dieron un respiro, aunque sabía que la batalla no había hecho más que empezar.

Entonces, justo cuando necesitaba un refugio, apareció ella. Mi madre.

Entró en la casa con ese aire imponente que siempre había tenido, esa mezcla de fuerza y determinación que me había protegido en tantas ocasiones. Parecía un soplo del pasado, pero también una presencia que me anclaba a la realidad.

La miré, y ella me devolvió la mirada con ese brillo en los ojos que reconocí desde niña: la de una mujer lista para cualquier batalla.

Sin dudarlo, se presentó ante Lachlan con la misma naturalidad con la que yo la había aceptado en mi vida.

—Ya le conocía —me dijo después, con una mezcla de orgullo y nostalgia en la voz—. Solía verle por la mansión cuando su abuelo o su padre visitaban a mi padre.

Miré a mi madre y luego a Lachlan, y por un instante sentí que ese espacio pequeño, casi invisible, se llenaba de una fuerza nueva.

Era como si el pasado y el presente se dieran la mano en aquel despacho, en la vieja mansión que nos había reunido.

La presencia de esas dos personas en mi vida, una de mis raíces y otra de mi presente, me daba una fuerza renovada para enfrentar lo que viniera.

Mientras hablaban, yo me senté en el sillón, sintiendo cómo una pequeña rendija se abría en mi corazón, dejando que la esperanza se colara con cautela.

No sería fácil. No sería simple. Pero por primera vez en mucho tiempo, no estaba dispuesta a rendirme.

Después de que mi madre se presentara, se sentaron juntos en la biblioteca, y aunque al principio pensé en darles privacidad, no pude evitar escuchar algunos fragmentos de su conversación.

—He oído mucho sobre ti —dijo mi madre, con ese tono que mezclaba curiosidad y precaución—. Parece que estás haciendo mucho por Paula y por la mansión.

Lachlan asintió, con esa serenidad que me había enamorado.

—Es un proyecto que va más allá de las piedras y la madera —respondió —. Para mí, significa proteger la historia y el alma de este lugar, y, sobre todo, apoyar a Paula en su sueño.

Mi madre frunció el ceño, evaluándolo.

—No es fácil confiar en alguien nuevo, sobre todo después de todo lo que ha pasado —admitió—. Pero veo que estás dispuesto a luchar y a respetar lo que esta casa significa para nosotras.

Escucharlos me hizo sentir menos sola, y aunque sabía que el pasado pesaba, también sabía que no podía vivir encerrada en él.

Me acosté aquella noche con la mente llena de imágenes: las paredes agrietadas de la mansión, el rostro serio de Lachlan, la sonrisa orgullosa de mi madre. Cada pensamiento era una mezcla de miedo y esperanza, de dolor y anhelo.

Me preguntaba si podría realmente abrir mi corazón del todo. Si podía dejar que el amor entrara sin miedo a que se rompiera, sin pensar en la traición o el abandono.

Y recordé lo que Lachlan había dicho esa tarde, cuando me aseguró que no estaba sola.

Porque, de alguna forma, estaba aprendiendo a creerlo. Que, en medio de la ruina y las tormentas, la esperanza podía brotar y crecer.

Al día siguiente, mientras caminábamos por los terrenos que rodeaban la mansión, me detuve y lo miré.

—Lachlan —empecé, con voz temblorosa—, hay momentos en que siento que todo esto es demasiado. Que las fuerzas me abandonan.

Él me cogió la mano con suavidad.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo —me respondió—. Puedes caer, puedes tener miedo. Pero yo estaré aquí para ayudarte a levantarte.

Me acerqué a él, buscando refugio en sus ojos.

—No quiero perder esto —confesé—. No quiero volver a quedarme sola.

Él sonrió, y su mirada era un refugio cálido.

—Nunca estarás sola, Paula. Lo prometo.

Esa tarde, mientras el sol tímido asomaba entre las nubes, supe que estaba dispuesta a luchar, no solo por la mansión, sino por el amor y la esperanza que empezaban a florecer.

Porque a veces, para construir un futuro, había que atreverse a desafiar los fantasmas del pasado y confiar en que la luz podía vencer a la oscuridad.

Capítulo 35



Lachlan

Nunca había sido hombre de medias tintas. Lo que decidía, lo hacía con convicción, y cuando entendí que la restauración de la mansión de Lady Agnes estaba en peligro, que la sombra de Seraphina y sus maniobras oscuras no solo amenazaban el proyecto, sino también el bienestar de quienes trabajaban allí, supe que tenía que actuar sin demora.

Primero, la estrategia legal.

Me senté con mis abogados en una fría mañana, con los rayos del sol colándose tímidamente por las ventanas del despacho, y abrí el dossier con todo lo que habíamos recopilado hasta ese momento.

—Señores —comencé, mirando a cada uno de ellos con seriedad—, no vamos a permitir que esta mujer, Seraphina, destruya lo que Paula y yo estamos levantando con tanto esfuerzo. Este proyecto no es solo una inversión, es un legado.

Mis abogados asintieron, revisando minuciosamente cada documento, cada contrato y cada posible fisura legal.

—Tenemos varias opciones —dijo uno, un hombre de cabello canoso y voz pausada—. Podemos presentar una demanda por sabotaje, por difamación, e incluso explorar si hay alguna violación de las leyes de patrimonio histórico.

—Perfecto —respondí—. Quiero que lo hagamos. Que no quede ninguna duda de que defenderemos la mansión hasta el último recurso.

Mientras avanzábamos en el terreno jurídico, comencé a mover mis contactos en la industria. No solo buscaba dinero; quería aliados que compartieran nuestra visión de respeto por la autenticidad del lugar.

Rechazaba la idea de un turismo masivo, de esas transformaciones que convertían un símbolo histórico en una simple atracción vacía.

Para mí, la mansión debía ser un espacio vivo, que respirara la historia de Lady Agnes y de los abuelos de Paula, pero también un lugar que acogiera la comunidad, que promoviera la gastronomía local, los eventos culturales y el amor por la naturaleza.

Las reuniones con Paula eran casi diarias.

Ella llegaba con sus ideas firmes, a veces con el ceño fruncido de la preocupación, pero siempre con ese corazón a flor de piel que la hacía tan única.

Yo aportaba mi experiencia y mis recursos. Juntos, trazábamos planes meticulosos: desde la recuperación de las ventanas originales hasta la creación de un restaurante que ofreciera platos típicos de Escocia con un toque moderno, usando ingredientes frescos de la región.

Una tarde, mientras revisábamos unos planos en el despacho, la luz dorada del atardecer se filtraba por los ventanales, dándonos una atmósfera casi mágica.

—Paula —le dije, señalando una parte del plano—, quiero que este lugar sea más que un proyecto. Quiero que sea un refugio.

Ella levantó la vista y, cuando me miró, comprobé que sus ojos brillaban con una mezcla de cansancio y esperanza.

—¿Un refugio? —preguntó, sonriendo suavemente.

—Sí —respondí—. Un refugio para quienes valoren la historia, la naturaleza, la gastronomía y, sobre todo, la comunidad. Que aquí se sientan en casa.

—Eso es exactamente lo que quiero —susurró—. Y contigo, sé que puede ser posible.

En ese momento supe que no estábamos simplemente restaurando una mansión. Estábamos construyendo un sueño compartido.

Para mí, el proyecto no era solo una empresa; era un compromiso con las personas que formaban parte de esa casa y con el pueblo.

Aseguré contratos justos para los empleados, impulsé programas de formación continua y establecí canales para que sus voces fueran escuchadas en cada decisión que afectaba sus vidas y a la mansión.

Quería que se sintieran seguros, valorados y parte de algo más grande.

Y entonces llegó el momento de dar un paso más.

Ya no se trataba solo de negocios ni de estrategias legales. Era el momento de ser sincero con Paula, de abrir mi corazón y mostrarle lo que realmente sentía.

La encontré en el jardín de la mansión, ese rincón que ella había convertido en un pequeño paraíso de flores silvestres y árboles.

La vi mirando al horizonte, perdida en sus pensamientos, como si buscara respuestas en la inmensidad de las montañas que se recortaban contra el cielo encapotado.

Me acerqué despacio, sin querer romper aquella paz.

—Paula —empecé, con la voz firme pero suave—, he pensado mucho en todo lo que hemos vivido. En lo que tú representas para mí, y en lo que esta mansión significa. No solo para nosotros, sino para toda esta tierra, para la gente que aquí vive y trabaja.

Ella giró la cabeza lentamente, sus ojos se encontraron con los míos y sentí cómo me atravesaban el alma.

—Sé que no es fácil —continué—. Hay heridas del pasado que aún duelen y sé que temes confiar, que temes abrir tu corazón.

Me detuve, buscando cada palabra.

—Pero yo quiero estar aquí, no solo para la mansión, sino para ti. Para construir un futuro juntos.

Un silencio cargado de emociones se instaló entre nosotros. Mi corazón latía con fuerza, esperando una respuesta, una señal de que ella estaba dispuesta a dar ese salto conmigo.

—Paula, quiero que sepas que no voy a cambiar lo que eres ni lo que representas —dije con sinceridad—. Quiero respetar la memoria de tu tía abuela, tu herencia, y todo aquello que te importa.

Hice una pausa y cogí sus manos entre las mías.

—Pero también quiero que me dejes mostrarte que puedo amarte de verdad, sin condiciones ocultas ni segundas intenciones.

Ella bajó la mirada un instante, como si luchara contra sus propios miedos, pero luego levantó la cabeza con una determinación que me hizo sonreír.

—Lachlan, he aprendido a no rendirme tan fácilmente —me dijo—. Si vamos a hacerlo, tiene que ser bajo mis condiciones, las que preservan la autenticidad de la mansión y el respeto por quienes han estado antes que nosotros.

Se mordió el labio mientras me miraba fijamente, y después continuó hablando.

—Si aceptas eso, entonces sí... quiero intentarlo contigo.

Sentí cómo una oleada de emoción me invadía, una mezcla de alegría y esperanza que hacía que todo valiera la pena.

Pero justo cuando creíamos que el futuro se abría ante nosotros con promesas, la sombra de Seraphina volvió a acechar.

Recibí una llamada fría y calculadora que me heló la sangre.

—Lachlan —dijo con esa voz cargada de veneno—, crees que has ganado, pero tengo algo que podría cambiarlo todo.

Me habló de una carta antigua, un documento legal que podría cuestionar la legitimidad de Paula sobre la mansión.

Rumores, desacuerdos, disputas familiares que ella se encargaba de difundir para sembrar la duda y el caos en la comunidad.

Sabía que eso podía cambiar la percepción de todos, que podía dañar no solo nuestro proyecto, sino también la relación que con tanto cuidado estábamos construyendo.

Pero esta vez no iba a retroceder.

Sabía que la lucha iba más allá de un simple edificio o un terreno. Era por Paula, por lo que éramos juntos, y por el futuro que queríamos crear.

Tomé una decisión firme en mi interior: estaba dispuesto a enfrentar cualquier tormenta si al final del camino ella estaba a mi lado.

Me senté frente a Paula esa misma noche, con el peso de la verdad en mis ojos.

—Hay cosas que están intentando usar en nuestra contra —dije—. Intentan hacernos dudar de lo que somos y de lo que hemos construido.

La miré y vi en sus ojos la misma determinación que sentía en mí.

—Pero no voy a permitir que nadie destruya lo que hemos empezado. No sin luchar.

Ella asintió, y sus manos buscaron las mías con fuerza.

—Juntos, Lachlan. Siempre juntos.

Mientras la oscuridad de la noche se instalaba en la mansión, pensé en lo que significaba todo esto.

No era solo la restauración de una casa antigua ni la lucha contra una mujer llena de rencor. Era la lucha por un sueño, por un amor que había ido creciendo en medio de las ruinas y la incertidumbre.

Y aunque el camino estaba lleno de obstáculos, sabía que, con Paula a mi lado, ninguna sombra podría apagar la luz que habíamos encendido.

Porque en la lucha, en la pasión y en la entrega, habíamos encontrado algo más valioso que cualquier mansión: un hogar, un futuro y un amor verdadero.

Capítulo 36



Lachlan

No podía permitir que las mentiras y las medias verdades arruinaran todo lo que Paula y yo estábamos construyendo. La sombra de Seraphina se había extendido demasiado tiempo, dañando no solo a la mansión, sino a ella, a su honor, a su historia.

Esas primeras noches en vela, con la única compañía de las lámparas tenues de mi despacho y el olor a papel viejo impregnando el aire. Documentos, cartas, contratos y testimonios amontonados sobre la mesa, una montaña de incertidumbre que debía desmontar pieza a pieza.

Si vas a luchar por algo, hazlo con todas tus fuerzas, me repetía a mí mismo.

Me sumergí en archivos polvorientos, en registros históricos, en documentos que casi no se habían abierto en décadas. Llamé a abogados especializados, expertos en patrimonio y disputas hereditarias. También hablé con historiadores locales, quienes amaban Glencoe y conocían cada rincón de su historia.

—Lachlan, el caso es complicado —me advirtió Isla, una de mis abogadas más confiables—. La carta que muestra Seraphina tiene algo de verdad en su superficie, pero está manipulada, sacada de contexto.

—Eso es lo que sospechaba —respondí, sirviéndome un whisky con mano firme, aunque mis nervios apenas me lo permitían—. Tenemos que demostrarlo, con hechos irrefutables.

Llamé a algunos trabajadores veteranos de la mansión. Hombres y mujeres que habían conocido a la tía abuela de Paula, que habían escuchado historias en las cenas familiares, que habían visto con sus propios ojos la continuidad del legado.

—Lachlan, esa mujer solo quiere romper todo para sacar provecho —me dijo Angus, un jardinero de voz grave y arrugada por el tiempo—. Nosotros conocemos la verdad, y vamos a defenderla.

Sentí cómo la red de apoyo crecía a mi alrededor, una red que me daba fuerzas para seguir, a pesar de las amenazas y la incertidumbre.

Ese documento que ella exhibía con orgullo resultó ser una falsificación. Un fragmento sacado de un viejo manuscrito, alterado para insinuar que Paula no tenía derecho sobre la mansión.

Pero las verdaderas escrituras, esos registros oficiales, y los testimonios históricos confirmaban lo contrario: Paula era la legítima heredera, junto con su madre, y la disputa que Seraphina intentaba revivir había sido cerrada décadas atrás, con acuerdos claros y sellos oficiales.

Un malentendido antiguo, convertido ahora en arma de destrucción.

No quise hacerlo en privado, ni con rencor oculto. Quería que fuera público, claro, para que nadie dudara de la verdad.

Entré en la oficina de Seraphina acompañado de mis abogados y de algunos testigos que daban fe de nuestra investigación. Ella estaba allí, con su habitual aire altivo, rodeada por sus propios letrados.

La sala era fría, con ventanales grandes pero opacos, como si el sol mismo se negara a entrar.

—Seraphina —empecé, con la voz firme y sin titubeos—, tengo pruebas irrefutables de que la carta que has presentado es un documento manipulado

y sacado de contexto.

Saqué copias de escrituras oficiales, fotos de archivos, declaraciones firmadas por testigos, y las puse sobre la mesa.

—Este es el legado legítimo de Paula —continué—, la heredera real y legal de *Dunrannoch House*, la mansión de Lady Agnes, de la familia McAlister.

Ella me miró, primero con incredulidad, luego con una mezcla de rabia y sorpresa.

—No sabes con quién te estás metiendo, Lachlan —escupió con esa voz teñida de veneno—. Esto no acaba aquí.

—Eso ya lo veremos —respondí, sin un ápice de miedo—. Si no te retractas públicamente y pides disculpas, las consecuencias legales serán inevitables.

Su rostro palideció, y aunque intentó mantener su arrogancia, vi que estaba acorralada.

Por primera vez, no sentí temor ni dudas. Había enfrentado demasiados fantasmas, demasiados fantasmas personales y externos. Había aprendido que la vulnerabilidad no era debilidad, sino la forma más profunda de fortaleza.

Abrirme a Paula, confiar en ella y comprometerme con nuestro futuro había cambiado algo dentro de mí.

Finalmente, la presión y las pruebas obligaron a Seraphina a dar marcha atrás. Se vio forzada a limpiar su nombre y a retirar sus acusaciones, aunque el daño causado ya no podía borrarse del todo.

—No ganará nunca —me dijo una tarde Paula, mirando el horizonte desde uno de los ventanales restaurados—. Su odio es más grande que ella. Pero nosotros somos más fuertes.

La escuché y supe que tenía razón.

En cada paso, ella estuvo ahí, firme y apasionada. Su fortaleza me inspiraba, me impulsaba a no rendirme, a luchar por nosotros, por la mansión y por la comunidad.

Cada vez que sus ojos se posaban en mí con esa mezcla de amor y determinación, sentía que todo era posible.

La verdad salió a la luz, y con ella, la reputación de Paula quedó limpia, clara y brillante como el agua de las montañas que rodeaban Glencoe.

Fue un alivio inmenso verla sonreír de nuevo, esa sonrisa que hacía que todo valiera la pena, que borraba cualquier duda, cualquier sombra.

Cada día, al recorrer los pasillos y los jardines, sentía que aquel lugar no solo volvía a vivir, sino que renacía con una fuerza distinta, más auténtica, más nuestra.

Y por fin Paula y yo nos entregamos al amor sin reservas, como si el tiempo que habíamos perdido fuera demasiado valioso para seguir desperdiciándolo.

Nos regalábamos miradas cómplices, palabras susurradas en la penumbra, caricias que encendían un fuego cálido, capaz de quemar las heridas pasadas y curar el alma al mismo tiempo.

Esa noche, en mi ala de la mansión, la chimenea crepitaba, lanzando sombras danzantes en las paredes de piedra.

Paula estaba acurrucada a mi lado, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Nunca pensé que podría volver a confiar —me confesó con voz suave—. Pero tú me has demostrado que sí es posible.

Le acaricié el cabello, sintiendo cómo su corazón latía al compás del mío.

—Tú también me has enseñado a abrirme —respondí—. A luchar por lo que quiero, por lo que merece la pena.

Nos quedamos en silencio, envueltos en la calidez del fuego y en la certeza de que habíamos ganado algo que iba más allá de la mansión: un hogar, un futuro.

No podía evitar pensar en todo lo que nos había costado llegar hasta allí, en las heridas que habíamos sanado y en las batallas que habíamos librado.

Pero, sobre todo, pensaba en lo que ganábamos: nuestras raíces, nuestra historia y, lo más importante, nuestro amor.

Sabíamos que no sería fácil. Que la mansión, la comunidad y nuestras propias vidas aún nos lanzarían desafíos.

Pero esa noche, en ese momento, nada importaba más que la certeza de que estábamos juntos, de que lo que habíamos encontrado era verdadero y valioso.

Al fin, podíamos soñar con un futuro compartido, un futuro en el que ambos éramos protagonistas, no solo de una historia familiar o una casa antigua, sino de una vida llena de esperanza, de pasión y de compromiso.

Mientras la chimenea lanzaba sus últimas brasas, cerré los ojos y respiré hondo, agradecido por cada instante, por cada batalla, por cada beso y cada lágrima.

Sabía que el camino seguiría siendo duro, pero también sabía que juntos podríamos enfrentarlo todo.

Y eso era todo lo que necesitaba.

Epílogo



Paula

Cinco años después…

Habían pasado ya cinco años desde que puse por primera vez un pie en Glencoe, esa tierra salvaje y mágica que me atrapó sin remedio. Cinco años en los que la mansión de Lady Agnes dejó de ser solo un sueño frágil para convertirse en el hogar de una vida nueva, llena de historias, de risas y de amor.

La reforma fue dura, llena de imprevistos, de días agotadores y noches de dudas. Pero nunca estuve sola. Lachlan estuvo a mi lado en cada paso, con esa mezcla de determinación y ternura que me hizo confiar incluso cuando todo parecía perdido. Un año después de que el conflicto con Seraphina se resolviera, nos casamos en aquella misma mansión que tanto habíamos luchado por salvar. Fue una boda sencilla, rodeados por la gente que nos quería, entre la luz dorada del atardecer y el perfume de los jardines en flor.

Ahora, vivíamos en la mansión de Lachlan, un refugio que compartíamos con Cameron y Martina. Ellos también habían encontrado su hogar y su amor aquí, y su conexión fue tan inmediata como la nuestra. Cameron, con su calma firme, y Martina, con su sonrisa pícara, habían construido una vida que completaba la nuestra.

La mansión de Lady Agnes, por su parte, se había transformado en un espacio vibrante donde el pueblo celebraba sus eventos, las bodas de vecinos,

encuentros gastronómicos y, por supuesto, donde yo seguía grabando para mi canal de cocina, que ahora era todo un éxito. Por no hablar de aquel pequeño restaurante abierto en la casa, los jardines cuidados con esmero y el hotel boutique modesto pero lleno de encanto, que daban vida a un lugar que parecía siempre latir con la energía de quienes lo habitaban.

Esa mañana, mientras grababa un especial desde la cocina de la mansión, noté cómo Lachlan me miraba desde la esquina de la habitación, con una mezcla de orgullo y amor que me hizo sonreír sin darme cuenta. Teníamos mucho que agradecer, y aunque Seraphina estaba lejos, retirada y sin poder ya afectar nuestras vidas, sabía que todo ese pasado oscuro solo había fortalecido nuestra unión.

Mi madre seguía viviendo en Córdoba, pero cada verano y Navidad venía a visitarnos, disfrutando de la calma de las Tierras Altas y de la alegría de nuestra familia que crecía sin pausa. Teníamos una hija, Isla, de tres años, una niña con los ojos llenos de curiosidad y la risa contagiosa que había cambiado nuestras vidas para siempre. Y yo estaba embarazada de seis meses, esperando un niño al que íbamos a llamar Alastair, en honor a mi abuelo, ese hombre que había dejado su huella en nuestra historia y en nuestro corazón.

Martina y Cameron también tenían una niña, Fiona, de dos años, y esas dos pequeñas eran inseparables. Juntas llenaban la mansión de risas, juegos y pequeñas aventuras, mientras nosotros, los adultos, compartíamos una vida construida sobre la confianza, el respeto y un amor que había superado cualquier tormenta.

A menudo me sentaba en el porche, mirando al horizonte, pensando en todo lo que habíamos recorrido. Recordaba la ayuda invaluable de los empleados de la mansión de Lachlan y los que ahora cuidaban la casa de Lady Agnes, gente humilde y leal que había creído en el proyecto tanto como nosotros. También pensaba en el pueblo, en cómo me habían acogido, al principio con reservas, y cómo ahora me valoraban como una más, alguien que no solo restauraba paredes, sino que cuidaba las raíces y el alma de ese lugar.

Lo que habíamos logrado no fue fácil. Había costado lágrimas, desvelos y enfrentamientos, pero, sobre todo, había costado coraje. Porque luchar por lo que uno creía, por las raíces, por el corazón, nunca era sencillo. Sin embargo, al mirar a Lachlan, a Isla y al bebé que crecía dentro de mí, sabía que todo había merecido la pena.

Lo que empezó siendo un juego peligroso con el Highlander se había convertido en un amor verdadero, un amor que nadie jamás podría destruir.

Y así, entre el rumor del viento en los árboles y el crujir de la madera antigua bajo mis pies, entendí que finalmente había encontrado mi lugar en el mundo.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu